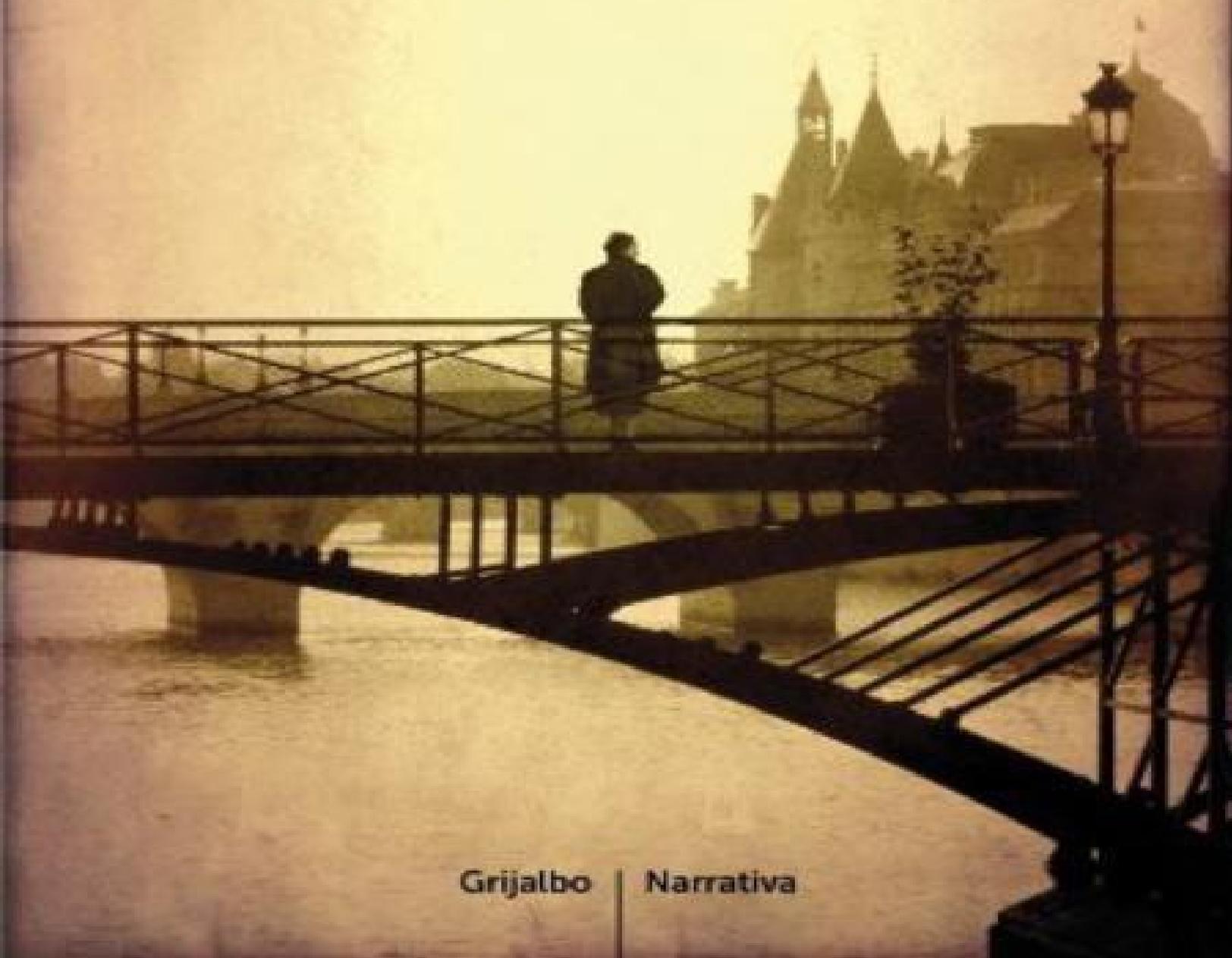


# EL CONFIDENTE

HÉLÈNE GRÉMILLON



Grijalbo

Narrativa

## Annotation

Una apasionante historia de amores imposibles y secretos de nacimiento.

París, 1975. Camille, una joven editora parisina, acaba de perder a su madre. Entre las cartas de condolencia que recibe, encuentra una, anónima y sin remitente, que le cuenta la historia de una joven desconocida ocurrida cuarenta años atrás.

A partir de entonces, Camille sigue recibiendo todas las semanas una de esas misteriosas cartas. En ellas, poco a poco se revela la apasionante historia de dos mujeres que, durante la ocupación alemana, luchan por el amor de un mismo hombre; la historia de dos mujeres que también lucharán por la hija de ese hombre.

Pero lo más sorprendente es que se trata de una historia que podría tener que ver con la suya propia.

- 
- [HÉLÈNE GRÉMILLON](#)
  - [Agradecimientos](#)
  - [notes](#)
-

**HÉLÈNE GRÉMILLON**

**EL CONFIDENTE**

Traducción de

Alfonso Sebastián Alegre

**Grijalbo**



Traductor: Alfonso Sebastián Alegre

Autor: Grémillon, Hélène

©2012, Grijalbo

ISBN: 9788425347559

Generado con: QualityEbook v0.35

*A Julien*

*El pasado se pone  
su coraza de hierro  
y tapa sus oídos  
con algodón del viento.  
Nunca podrá arrancársele  
un secreto.*

FEDERICO GARCÍA LORCA,  
«El presentimiento»

París, 1975

Un día recibí una carta, una extensa carta sin firmar. Fue todo un acontecimiento, pues nunca en mi vida había recibido mucha correspondencia. Como mi buzón se limitaba a anunciarme que el-agua-está-muy-buena o que hay-muy-buena-nieve no lo abría con demasiada frecuencia. Una vez por semana, dos veces las semanas melancólicas, en las que esperaba de ellas, como del teléfono, como de mis trayectos en metro, como de cerrar los ojos y volver a abrirlos tras haber contado hasta diez, que dieran un vuelco a mi vida.

Además mi madre había muerto. Aquello sí que me desbordó: para dar un vuelco a una vida, pocas cosas como la muerte de una madre.

Nunca antes había leído cartas de pésame. Cuando la muerte de mi padre, mi madre me ahorró esa fúnebre lectura. Tan solo me enseñó la convocatoria para la entrega de la medalla. Todavía me acuerdo de esa maldita ceremonia; hacía tres días que había cumplido los trece: un tipo alto me da la mano, me sonrío, pero lo que yo percibo es un rictus, tuerce el morro, y cuando habla es aún peor.

—Es sumamente lamentable que la muerte haya sido el desenlace de semejante acto de coraje. Su padre, señorita, era un valiente.

—¿Dice esta frase a todos los huérfanos de su guerra? Usted piensa que el sentimiento de orgullo les servirá para olvidar su pena. Es muy caritativo por su parte, pero mejor déjelo: no siento pena. Y además mi padre no era ningún valiente. Ni siquiera la enorme cantidad de alcohol que trasegaba a diario le ayudaba a serlo. Así que digamos que se equivoca usted de hombre y no hablemos más.

—Aun a riesgo de que le extrañe, señorita Werner, mantengo que es del sargento Werner, su padre, de quien le estoy hablando. Se ofreció voluntario como avanzadilla; el campo estaba minado y él lo sabía. Lo quiera usted o no, su padre hizo algo meritorio y usted debe aceptar esta medalla.

—Mi padre no hizo nada «meritorio», estúpido grandullón de jeta torcida: lo que hizo fue suicidarse, y usted tiene que decírselo a mi madre. No quiero ser la única que lo sabe, quiero poder hablar de eso con ella, y también con Pierre. El suicidio de un padre no puede ser un secreto.

A menudo me invento conversaciones para decir las cosas que pienso; es demasiado tarde, pero me sirve de alivio. En verdad, no llegué a ir a aquella ceremonia en memoria de los soldados de la guerra de Indochina y, en verdad, una sola vez he exteriorizado que mi padre se hubiera suicidado, aparte de pensarlo: fue a mi madre, en la cocina, un sábado.

El sábado era el día de las patatas fritas, y yo estaba ayudando a mi madre a pelarlas. Antes era papá quien la ayudaba. A él le gustaba mondarlas y a mí me gustaba ver cómo lo hacía. No es que hablara más cuando pelaba que cuando no, pero al menos salía de él algún sonido y aquello me hacía bien. No sabes cuánto te quiero, Camille. Yo ponía siempre las mismas palabras en cada uno de los cortes que él daba con el cuchillo: No sabes cuánto te quiero, Camille.

Pero aquel sábado, en los tajos de mi cuchillo puse otras palabras: «Papá se suicidó, lo sabías, ¿verdad, mamá? Que papá se suicidó». La freidora se cayó, rompió el embaldosado del suelo y el aceite se derramó entre las piernas paralizadas de mi madre. Por más que limpié frenéticamente, se nos siguieron pegando los pies durante varios días, haciendo rechinar mi frase en nuestros oídos: «Papá se suicidó, lo sabías, ¿verdad, mamá? Que papá se suicidó». Para dejar de escucharla, Pierre y yo hablábamos más fuerte; quizá también para tapar el silencio de mamá, quien casi había dejado de hablar desde aquel sábado.

Hoy las baldosas de la cocina siguen rotas, pensé en ello la semana pasada mientras enseñaba la casa de mamá a una pareja interesada. Cada vez que vea esa enorme grieta en el suelo, esa pareja interesada, si se convierte en pareja compradora, lamentará la dejadez de los anteriores propietarios, y el embaldosado constituirá su primera etapa de renovación y estarán muy contentos de ponerse manos a la obra; al menos habrá servido para eso, mi horrible confesión. Tienen que comprar la casa a toda costa, ellos u otros, me da igual, pero alguien tiene que comprarla. Yo no la quiero y Pierre tampoco, un lugar en que hasta el más mínimo recuerdo te hace pensar en los muertos no es un lugar para vivir.

Cuando regresó de la ceremonia en memoria de papá, mamá me enseñó la medalla. Me contó que el tipo que se la entregó tenía la jeta torcida y trató de imitarlo intentando reír. Desde la muerte de papá ya solo sabía hacer eso:

intentarlo. Y luego me dio la medalla estrechándome fuertemente las manos, diciéndome que me correspondía a mí, y se echó a llorar, eso sí que se le daba muy bien. Sus lágrimas cayeron en mis manos, pero yo las retiré bruscamente: sentir el dolor de mi madre en mi cuerpo me resultaba insoportable.

Al abrir las primeras cartas de pésame, mis propias lágrimas en mis manos me recordaron aquellas lágrimas de mamá y dejé que resbalaran para ver adónde fueron las de aquella a quien tanto quería. Sabía lo que esas cartas tenían que decirme: que mamá era una mujer extraordinaria, que la pérdida de un ser querido es algo terrible, que no hay nada más duro que esa despedida, etcétera, etcétera; no tenía necesidad de leerlas. Así que cada noche repartía los sobres en dos montones: a la de recha los que llevaban remite, a la izquierda los que no lo llevaban, y me contentaba con abrir los del montón de la izquierda y saltar directamente a la firma para ver quién me había escrito y a quién debía dar las gracias. Al final, tampoco le di las gracias a tanta gente, aunque nadie me lo tuvo en cuenta. La muerte acepta que se deje de lado la cortesía.

La primera carta que recibí de Louis formaba parte del montón de la izquierda. El sobre atrajo mi atención antes de abrirlo, era mucho más abultado y pesado que los demás. No respondía al formato de una carta de pésame.

Era una carta manuscrita de varias páginas, sin firma.

**Annie** siempre ha sido parte de mi vida, yo tenía dos años cuando nació, dos años menos unos pocos días. Vivíamos en el mismo pueblo —N.— y me cruzaba con ella sin buscarlo, el colegio, los paseos, la misa.

La misa, esa hora terrible en que siempre sucedían las mismas cosas y que yo debía soportar invariablemente, encajado entre mi padre y mi madre. El lugar que ocupábamos en la iglesia era un signo de nuestro temperamento: entre los hermanos para los más dóciles, entre los padres para los más recalcitrantes. En aquel plan de misa adoptado sin previo acuerdo por todo el pueblo, Annie constituía una excepción: la pobre era hija única, y digo «la pobre» porque se lamentaba de ello todo el tiempo. Sus padres ya eran viejos cuando llegó y su nacimiento constituyó para ellos tal milagro que no pasaba un día sin que dijeran «nosotros tres», así, en cualquier ocasión, mientras que Annie se dolía de no escuchar «nosotros cuatro», «nosotros cinco», «nosotros seis»... Con cada misa, esa constatación le resultaba más insoportable: sola en

el banco.

En cuanto a mí, si hoy día considero que el aburrimiento es el mejor caldo de cultivo de la imaginación, en aquel entonces había decidido que, ante todo, el mejor caldo de cultivo del aburrimiento era la misa. Nunca habría imaginado que pudiera sucederme nada en el transcurso de esta. Hasta aquel domingo.

Un profundo malestar se adueñó de mí desde el canto de entrada. Todo me resultaba desequilibrado: el altar, el órgano, Cristo en la cruz.

—¡Deja ya de suspirar así, Louis, que solo se te oye a ti!

Esta reprimenda de mi madre, unida al malestar que no me abandonaba, reavivó una frase oculta en mí, una frase que mi padre le había murmurado una noche: «El padre Fantin ha exhalado su último suspiro».

Mi padre era médico y conocía todas las expresiones para anunciar la muerte de alguien. Las utilizaba alternativamente, susurrando al oído de mi madre. Pero, como todos los niños, yo tenía el don de percibir lo que los mayores se dicen entre susurros y las oía todas: «pasar a mejor vida», «morir con las botas puestas», «entregar el alma», «morir de muerte natural»..., esta última me gustaba mucho, imaginaba que dolía menos.

¿Y si me estuviera muriendo?

A fin de cuentas, uno no puede saber qué es eso de morirse hasta que se muere del todo.

¿Y si el siguiente fuera mi último suspiro? Aterrorizado, con tuve la respiración y me giré hacia la imagen de san Roque para suplicarle; había curado leprosos, así que bien podía salvarme a mí.

Ni hablar de volver a misa el domingo siguiente: esa vez la muerte no me dejaría escapar, estaba seguro. Pero cuando me vi en el banco que ocupábamos todas las semanas con mi familia, mi tan temido desasosiego no se manifestó. Al contrario, me invadió cierta sensación de bienestar, reencontré con gusto ese olor a madera tan peculiar de aquella iglesia, todo estaba en su sitio. Mi mirada volvía a tener donde anclarse, se posaba en Annie, de la que sólo veía su pelo por detrás. De pronto lo entendí todo: era su ausencia lo que me había sumido en aquella horrible turbación la semana anterior. Seguramente estaría encamada en su casa, con un paño frío en la frente para calmar los espasmos, o pintando, con cuidado de no hacer movimientos demasiado bruscos. Annie era propensa a tener violentos ataques de asma que todos le envidiábamos porque la dispensaban de las cosas

desagradables. Su silueta, que todavía tosía un poco, devolvía a cuanto me rodeaba su plenitud y coherencia. Empezó a cantar, no era muy alegre de natural y a mí siempre me sorprendía ver cómo se avivaba su busto en cuanto el órgano comenzaba a sonar. Por entonces yo aún no sabía que el canto es como la risa y que en él cabe todo, hasta la melancolía.

La mayoría de la gente se enamora de una persona al verla; a mí el amor me atacó a traición. Annie no estaba presente cuando entró en mi vida. Fue el año en que cumplí los doce; Annie tenía dos años menos que yo, dos años menos unos pocos días.

Empecé amándola como un niño, es decir, en presencia de los demás. La idea de estar a solas con ella ni se me pasaba por la cabeza: no tenía edad de conversar. Amaba por amar, no para ser amado. El solo hecho de pasar por delante de Annie bastaba para alegrarme el día. Le arrancaba sus lazos para que me persiguiera y me los quitara de las manos, secamente, para dar luego media vuelta, secamente. No hay nada más seco que una niña ofendida. Fueron esas cintas de tela que ella se recolocaba torpemente en el pelo las que me hicieron pensar por primera vez en las muñecas de la tienda.

Mi madre era la dueña de la mercería del pueblo. Después del colegio, íbamos allí los dos: yo para reunirme con mi madre, Annie para reunirse con la suya, que pasaba allí la mitad de su vida, la mitad que no se pasaba cosiendo. Un día en que Annie pasó bajo el estante de las muñecas, de pronto el parecido me saltó a la vista. Además de los lazos, tenía la misma tez inhumanamente blanca y frágil. Entonces mi joven razonar se desbocó y me di cuenta de que nunca había visto de su piel más que lo que su cuello, su cara, sus pies y sus manos me permitían. ¡E-xac-ta-men-te como las muñecas de porcelana! Cuando cruzaba la sala de espera de la consulta de mi padre, a veces Annie estaba allí. Siempre iba sola a que la examinara, sentada, pequeña como era, en medio del asiento negro. Como el asma le comía el color de la tez, cuando más se parecía a ellas era con aquel colorete del ataque de tos. Pero, claro, mi padre nunca me diría que Annie tenía cuerpo de muñeca, ni aunque se lo preguntara. «Secreto profesional», me respondería dándome unas palmaditas en la cabeza antes de hacer lo mismo en el trasero de mi madre, que le sonreiría con esa sonrisa que me molestaba tanto.

Como todo parecido es recíproco, las muñecas de porcelana me recordaban a Annie, así que me dediqué a robarlas. Pero una vez a salvo en mi habitación, me sorprendían indefectiblemente su pelo demasiado rizado o demasiado lacio, sus ojos demasiado redondos, demasiado verdes, pero nunca

esas largas pestañas que Annie realizaba con su dedo índice cuando reflexionaba. Como todo el mundo, aquellas muñecas no estaban hechas para parecerse a nadie, pero yo las odiaba por ello. Entonces me iba al estanque, les ataba una piedra a los pies y veía cómo se hundían sin dificultad, absorto, pensando en la nueva muñeca de la que me iba a apropiarme, una que se le pareciera más, esperaba.

El estanque era profundo, en muy pocos sitios se podía uno bañar sin peligro.

Aquel año, en el centro del mundo estábamos Annie y yo. A nuestro alrededor sucedían montones de cosas que me daban completamente igual. En Alemania, Hitler se convertía en canciller del Reich y el partido nazi en partido único. Brecht y Einstein huían mientras se construía Dachau. Ingenua pretensión de la infancia la de creerse al resguardo de la historia.

Leí aquella carta por encima, tuve que retroceder, releer frases enteras. Desde la muerte de mamá, no lograba concentrarme en lo que leía; un manuscrito que habría terminado en una noche me exigía ahora varios días.

Debía de tratarse de un error: yo no conocía a ningún Louis ni a ninguna Annie. Le di la vuelta al sobre; sin embargo, llevaba mi nombre y mi dirección. Sin duda alguien que se llamaba igual que yo. Seguro que el tal Louis se daría cuenta de que se había equivocado. Dejé de hacerme preguntas y terminé de abrir las otras cartas, esas sí eran todas de pésame.

Como buena portera, a la señora Merleau no se le había pasado por alto aquella avalancha de correo y me había dejado una nota por debajo de la puerta: en caso de necesidad, no debía dudarle, allí estaba ella para lo que fuera menester.

Iba a echar de menos a la señora Merleau; más que a mi piso. El próximo sería más grande, pero la portera no podría ser más amable. Ya no quería mudarme. No moverme, quedarme apalancada en mi cama, en ese estudio que me resultaba insoportable hacía apenas una semana. No sabía de dónde iba a sacar la energía para trasladarme con mi vida hasta allá, pero ya no tenía elección, ahora necesitaba una habitación más. Y de todas maneras los papeles estaban firmados y la cuenta atrás había empezado: dentro de tres meses una persona estará aquí en mi lugar y yo estaré allá en lugar de algún otro, quien estará a su vez en lugar de... y así sucesivamente. Por teléfono, el tipo de la mudanza me dijo que lo tenía comprobado: si uno seguía todos los eslabones

de esa cadena, acababa dando invariablemente con uno mismo. Colgué. Me importaba un pito dar conmigo; lo único que quería era volver a dar con mi madre. Mamá se habría puesto contenta al saber que me mudaba; a ella no le gustaba este piso, vino una sola vez. Nunca entendí por qué, pero así era ella, excesiva en ocasiones.

Al menos debía avisar a la señora Merleau de que me iba y darle las gracias por su nota.

—No tiene por qué darlas. No faltaba más...

Nada sucede sin que una portera esté ya al tanto. Estaba francamente afligida y me ofreció pasar un momento por si tenía ganas de hablar. No tenía ganas, pero aun así entré, un momento. Normalmente hablábamos por la ventanilla, nunca dentro de la portería. Si aún no me hubiera percatado de que la cosa era seria, esta sencilla invitación me habría bastado para comprenderlo. Después de correr la cortina una vez hubimos pasado, apagó el televisor y se excusó.

—En cuanto abro la ventanilla de las narices, la gente se dedica a fis gar en mi casa. Es más fuerte que ellos. No creo que se trate de verdadera curiosidad. Pero es desagradable. En cambio, cuando la televisión está encendida, apenas me miran. Por suerte, la imagen basta para desviar su atención. No soportaría tenerla todo el día chillándome en la oreja.

Me sentí avergonzada y ella se dio cuenta.

—Perdón, no lo decía por usted. Usted nunca me ha molestado.

¡Uf! Me libraba de la mediocridad general.

—Usted nunca ha hecho una cosa así. Usted es miope.

Me quedé de una pieza.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé porque la mirada de los miopes es especial. Los miopes te miran siempre con más insistencia. Porque sus ojos no se distraen con otras cosas.

Estaba estupefacta. Tenía la sensación de ser una disminuida a la que todo el mundo señalaba con el dedo. ¿Tan evidente era? La señora Merleau estalló en carcajadas.

—No, mujer, le estoy tomando el pelo. Fue usted la que me lo dijo. Acuérdesse, el día que yo le conté lo de mis dedos, usted me dijo que era un poco como lo de sus ojos. «En la vida uno depende de los caprichos de su cuerpo», esas fueron sus palabras. Su explicación me pareció tremenda y, como todo lo que me parece tremendo, me quedé con la copla. Siempre hay

que recordar lo que decimos y a quién se lo decimos; si no, se corre el riesgo de que algún día se vuelva contra ti...

Se inclinó hacia mí para servirme café, pero en ese momento unos violentos temblores sacudieron su mano y el líquido hirviendo se derramó en mi hombro. Soplé en la quemadura para calmarla, pero sobre todo para no mirar a la señora Merleau, tan incómoda me sentía de haber sido testigo de su debilidad.

Antes de ser portera, la señora Merleau había sido inquilina del inmueble. Llegó poco tiempo después que yo, dos o tres meses, creo. Su piano se oía en todos los pisos, pero nadie se quejaba: sus alumnos eran avanzados y las clases nunca llegaron a suponer una tortura. Por el contrario, aquel concierto permanente resultaba más bien agradable. Pero con el correr de las semanas el piano fue sonando cada vez menos; supuse que sus alumnos se habían ido casando, la gente casada no sigue cursos de nada. Al final el piano dejó de sonar por completo y un buen día la señora Merleau me abrió la ventanilla de la portería. Se trataba de reumatismo articular agudo. Los médicos admitieron que era precoz, pero que a veces sucedía, en especial entre los músicos profesionales: a fuerza de utilizarlas, las articulaciones se cansan más rápidamente. No sabían cuándo exactamente, pero terminaría perdiendo el control y la movilidad de los dedos; no tenía por qué preocuparse, podría seguir utilizando las manos para el día a día, comer, lavarse, peinarse, limpiar la casa, pero ya no podría utilizarlas en su trabajo, al menos no con toda la sutileza de que había sido capaz hasta entonces. En unas semanas perdería la valiosa destreza que sus manos habían tardado tantos años en adquirir.

Aquella noticia la dejó completamente abatida. ¿Cómo se las arreglaría para ganarse la vida? El dinero de las clases era su única fuente de ingresos, no tenía ahorros ni nadie a quien acudir, aunque solo fuera el tiempo necesario para reaccionar. Ni parientes ni hijos.

Cuando se enteró de que la portera de la casa se iba, hacía ya varias semanas que en todos lados le repetían que no tenía ni la edad ni el perfil requeridos. Así que decidió solicitar el puesto al propietario, y este aceptó. Se separó de su piano. Consideraba que una pasión mal vivida resulta demasiado onerosa y hay que saber abandonarla para que otra pasión pueda nacer. ¿Por qué no la astrología, de hecho? Pegaba con su nuevo trabajo de portera, por aquello del lado cotilla que se entera de todo. Y le permitiría anticiparse a sus torpezas. Si hubiera sabido que hoy iba a derramar el café, no me lo habría

servido. Me sonreía.

—No puede ir al trabajo con el jersey en ese estado. Suba a casa y póngase otro. Yo llevaré este a la tintorería; lo tendrá esta noche. De verdad que lo siento.

—No se agobie, no pasa nada.

—Insisto.

Yo no insistí y volví a subir a casa. Ella no podía saber que ya no me quedaba ningún jersey limpio en el armario, que de hecho ya no tenía nada de nada en el armario, que toda mi ropa yacía por los suelos y que caminaba sobre ella con indiferencia. «Como papá», repetía cada vez que sentía un trozo de tela bajo los pies: «Recógelo, recógelo, por favor; siempre recogías los de papá, ¡recoge los míos!». Pero mamá no los recogía. Agarré una chaqueta queapestaba a tabaco; tenía que dejar de fumar ya sí o sí.

La señora Merleau me dijo adiós desde detrás de la ventanilla. Al ver la cortina flotando, se me ocurrió que el último superviviente de una familia nunca sería objeto de cartas de pésame. Con toda aquella historia, se me había olvidado por completo decirle que me mudaba, pero al menos no hablamos de mamá. La señora Merleau no parecía sentirse más cómoda que yo en el registro de las lamentaciones; mejor así.

Por la noche, cuando regresé a casa, me sorprendió no encontrar cartas en mi buzón: se habían terminado los pésames. Es caso botín, mamá. Al abrir mi piso, un olor a limpio me puso un nudo en la garganta: todo estaba ordenado, los platos que no había tenido el ánimo de lavar desde hacía varios días, mi ropa lavada y planchada, mis sábanas cambiadas. Desde la puerta del salón me llegaba una luz intermitente. Quizá el fantasma blanco de mamá, que me sonreiría en cuanto entrara en la habitación.

Era la televisión, que estaba encendida y sin sonido. La señora Merleau. Mi jersey estaba bien a la vista, colgado del tirador del armario, y había dejado el correo sobre la mesa. Una mezcla de decepción y gratitud me invadió; seguramente las lágrimas la habrían arrastrado si mi atención no se hubiera visto atraída por una carta, más grande, más abultada que las demás. La abrí: era efectivamente lo que pensaba. Otra vez él. Louis retomaba su historia donde la había dejado.

**Annie** y yo íbamos al mismo colegio. Nuestro centro constituía un único bloque, pero, tras esa aparente permisividad, el honor estaba a salvo y la división reglamentaria se respetaba a rajatabla. Abajo la planta de las chicas, arriba la de los chicos. Como resultado de ese casto estado de las cosas,

podían sucederse varios días a paso de tortuga sin que viera a Annie, obligado a imaginármela realizándose las pestañas con su aplicado índice, tratando de intuir sus pasos cuando las alumnas salían a la pizarra, feliz de pronto al oír sus tos.

Yo odiaba aquellas plantas. Y las odiaba aún más porque la distribución no siempre había sido esa. Antes las chicas estaban arriba. Mi primo Georges había podido ver las braguitas bajando por la escalera de cuatro en cuatro, blancas, rosas, azules; se ponía las botas metiendo la cabeza entre los barrotes de la barandilla para admirar mejor aquel arco iris que se desplegaba milagrosamente hiciera el tiempo que hiciese. Pero hete aquí que, como siempre, mi generación fue sacrificada por las tonterías de la anterior. Sus obscenas miradas golosas no pasaron desapercibidas a la señorita E. —la directora—, con lo que los chicos acabaron dando con sus huesos arriba: nosotros, que teníamos que quitarnos los zapatos para no hacer ruido; nosotros, a quienes ahora espiaban las chicas cuando bajábamos por la escalera para mofarse de los agujeros de nuestros calcetines, mientras nos empujábamos brutalmente para ser el primero en salir. Porque el primero en salir ganaba, claro; no había ningún premio, pero a esa edad basta con el reto... sobre todo si las chicas están mirando. La cantidad de moratones, de caídas que se siguieron de aquello tuvo que preocupar a la señorita E., pero nunca dio marcha atrás en su decisión y la moral continuó imponiéndose a la seguridad.

Hasta el bendito día en que aquella odiada disposición acabó jugando en mi favor; no había razón; yo también quería ser el primero. Una meta sin trofeo que me fracturó la tibia y me inmovilizó durante varias semanas. Pero como no hay mal que por bien no venga, mi trofeo se presentó al día siguiente al atardecer en la puerta de mi habitación. Con la excusa de que se reunía con su madre casi todas las tardes en la mercería, Annie se había ofrecido voluntaria para ayudarme con los deberes. Se había levantado, haciendo frente a los sarcasmos que se alzaban en el aula, los hipos estúpidos que la señalaban como la que tanto me habría gustado que fuera: «mi enamorada». Me pasaba los apuntes a diario. Nunca la había visto con tanta frecuencia y ahí estaba yo, alelado, con la pierna y lo de más anquilosado. Debía retenerla más tiempo que aquellos escasos minutos que ella pasaba sin saber dónde sentarse y yo sin saber dónde mirar. Ambos habíamos llegado a la edad del cuerpo: ella de lucirlo, yo de soñar con él.

Tenía miedo de que se aburriera de aquella misión sin interés y delegara en algún otro. Por eso, con la excusa de unos deberes, le pedí a mi madre que sacara de la biblioteca unos libros sobre pintura, y mientras esperaba impacientemente a que Annie apareciera —a la par que temía que lo hiciera alguna otra persona—, me sumí en la lectura de aquellas obras. A fuerza de hablarle de su pasión, albergaba la esperanza de convertirme yo mismo en una.

Las pintoras pasaron así a ser mis nuevas muñecas de porcelana, mis nuevas intermediarias en esa historia de amor para la que no siempre encontraba las palabras. Le contaba sus vidas hasta el más mínimo detalle; Annie me escuchaba atentamente sin sorprenderse jamás de que yo supiera todas esas cosas; lo había conseguido, nuestros minutos de conversación se transformaron en horas.

Aquel año, Toni Rossi cantaba «Marinella», que yo coreaba tambaleándome sobre mi pierna rota, solo en mi habitación: «¡Annieeella!». No éramos los únicos que dábamos espectáculo. En Alemania, Hitler inauguraba el Escarabajo y rechazaba la suprema cláusula militar del tratado de Versalles, pero, como no podía estar en todas partes a la vez, los Juegos Olímpicos de Berlín coronaron a un afroamericano. En España estallaba la Guerra Civil, y en Francia el Frente Popular ganaba las elecciones holgadamente.

Aquello no podía ser, el error persistía. Tenía que encontrar a aquel tipo para decirle que se equivocaba de destinatario. Pero no tenía modo alguno de dar con él, no podía devolverle sus cartas: en el sobre no figuraba ningún remite. Ni siquiera había una firma; hablaba de un «Louis», vale, pero ¿«Louis» qué más?

Y por otro lado, ¿eran siquiera cartas? Apenas tenían aspecto de serlo: nada de «Estimada señorita» o «Querida Camille» al inicio. Ninguna indicación de lugar ni fecha en el encabezamiento. Y para colmo, el «Louis» en cuestión no parecía dirigirse a nadie. De pronto el timbre del teléfono me sobresaltó. ¿Quién podría llamar en plena noche?

Era Pierre.

Me costó reconocer a mi hermano en aquel minúsculo hilo de voz que me preguntaba si me daba cuenta de que nos habíamos quedado huérfanos. Aquella palabra arrastró todo a su paso. No conseguía dormir, yo sí. ¿Podía

llevarle un paquete de tabaco? Pues claro.

No era el momento de leerle la cartilla. Además, yo también tenía ganas de fumar y había tirado el que debía ser mi último paquete esa misma mañana.

No son los demás quienes nos infligen las peores decepciones, sino el choque entre la realidad y los arrebatos de nuestra imaginación.

Annie y yo hacíamos siempre juntos el trayecto del colegio a la mercería. No salíamos al mismo tiempo, pero la distancia que nos separaba se reducía en el transcurso del camino. El paso de quien iba delante aminoraba sensiblemente, mientras que el de quien iba detrás se aceleraba también sensiblemente, hasta que el uno llegaba a la altura del otro.

Pero años después, el día de nuestro reencuentro —el 4 de octubre de 1943 en París—, Annie rió al hacerme notar que siempre era yo quien desempeñaba ambos papeles: o bien la alcanzaba o bien me dejaba alcanzar por ella; en cualquier caso, ella nunca había modulado su paso, lo juraba. No traté de defenderme, es verdad que por nada del mundo me habría perdido aquellos trayectos que yo llamaba para mí nuestros «paseos de enamorados»... Las palabras sirven a menudo para retocar la naturaleza de las cosas. Es cierto que durante mucho tiempo mantuve la esperanza en lo nuestro, pero bueno, las cosas sucedieron de otro modo; a esas alturas debía de estar casada; con veinte años, era lo normal; le eché unos años encima a propósito para zaherirla un poco. Vi que llevaba una alianza en un dedo. Fingí. Fingí ser el hombre que no persigue, que ya no espera. El hombre que no asusta. De niño nunca me serví de subterfugios para atraer su atención, pero aquel 4 de octubre de 1943, con la mirada clavada en el suelo para evitar la suya, me oí decirle exactamente lo contrario de lo que pensaba. Le despejé complaciente el camino para que me anunciara todo lo que quisiera, sin ninguna consideración hacia el pasado. ¿Qué era de su vida? ¿Era feliz?

Sorprendentemente, Annie me respondió con una confesión.

—Tengo que decírtelo, Louis: siempre has sido el primero. El primero en besarme, el primero en acariciarme la mejilla, los senos, el primero que supo que a veces no llevaba nada debajo de la falda.

Annie me recordó todas aquellas primeras veces, se acordaba de todo mejor que yo.

—¿Por qué no me lo dijiste nunca?

Alzó la mirada hacia mí.

—¿Por qué decirle a un hombre que es el primero? ¿Se le dice al

duodécimo que es el duodécimo? ¿O al último que es el último?

No encontré nada que responderle.

¿Esperaba que, vomitando todos sus recuerdos, le perdonara todo aquello que nunca había sucedido entre nosotros? En realidad, ella había empezado a cambiar cuando comenzó a frecuentar a aquella señora M.

Annie se puso en pie súbitamente, como si de pronto nuestra proximidad la molestara. Me ofreció achicoria; lo lamentaba, por culpa de las restricciones ya no le quedaba café, ni tampoco azúcar. Estaba nerviosa, abría todos los armarios como si no supiera realmente lo que estaba haciendo. Su casa era muy pequeña. Yo observaba cómo evolucionaban sus pies descalzos por los escasos metros cuadrados habitables. Su cocina —un fregadero y un hornillo— estaba junto a la cama, afortunadamente: el mero hecho de que se hubiera ido a otra habitación me habría hecho dudar de su presencia. Tres años sin verla, tres años sin noticia alguna de ella. En ningún momento llegué a imaginar que pudiera estar viviendo en París, como yo. Miraba sus uñas con el esmalte rojo descascarillado; en el pueblo no se las pintaba. Aquel reencuentro me resultaba demasiado bonito para ser verdad. Fuera estaba oscuro. De pronto la deseé enormemente. Me tendió una taza ardiente.

—Entonces, ¿te acuerdas de los M.?

¿Cómo podía Annie hacerme esa pregunta?

*Telefoneé a la oficina de correos al día siguiente por la mañana. El matasellos revelaba que las tres cartas habían sido enviadas desde el distrito 15. A lo mejor indicaba, por medio de algún código que a mí se me escapaba, desde qué buzón exactamente. Y yo podría pegar un cartel en él pidiéndole al famoso Louis que se pusiera en contacto conmigo.*

*Pero la respuesta fue clara: no había modo alguno de saberlo. Tampoco me iba a poner a empapelar todos los buzones del distrito 15, era lo único que me faltaba; por no hablar de la cantidad de tarados que me habrían llamado por todo excepto por eso.*

*Estaba claro que esas cartas eran importantes para alguien; en algún lugar de París debía de existir otra Camille Werner que las esperaba. Con ella es con quien tenía que dar. Convencida de haber encontrado por fin la solución idónea, me lancé a la caza de las que se llamaban como yo. ¡Joder! Nunca pensé que hubiera tantos Werner en París. Tengo que dejar de soltar tacos cada dos por tres, Pierre tiene razón, no es muy femenino, no es así como recuperarás a Nicolas. ¡Cállate, Pierre! ¡No me hables de él! Yo no me*

*meto con las chicas con las que te acuestas.*

*Llamé a todos los Werner del listín telefónico para preguntarles 1.º) si había alguien en su familia que se llamara Camille, 2.º) si, por casualidad, no conocían a una tal Annie. Recibí algunos «no» educados y reservados. Pero otras respuestas adoptaron formas bastante sorprendentes. Hubo una que me colgó dejándome con la palabra en la boca, aterrorizada ante una voz que no le resultaba familiar. Una que no conocía a ninguna Annie pero conocía a una Anna, ¿estaba segura de que no me refería a una Anna? Y una a la que no le dio tiempo de responderme porque su marido estaba ya a su espalda gritándole que colgara, que eran ladrones, que siempre hacían eso en temporada de vacaciones para comprobar si había alguien en casa.*

*¡Pero ninguna otra Camille Werner en el horizonte!*

*Peor para Louis: iba a continuar escribiendo en balde.*

*El martes siguiente, un nuevo sobre me esperaba, igual de abultado, pero ya solitario, en medio de mi buzón. El mismo papel de carta, una vitela muy lisa, la misma letra —siempre aquella «R» mayúscula, del tamaño de una minúscula que se colaba sin dificultad en el seno de una palabra— y siempre ese olor como a humo, ese aroma que me recordaba a algo o a alguien, pero no lograba saber qué.*

**Los M.** eran una joven pareja muy acaudalada. Sus padres habían cumplido sin falta su función de progenitores concienciados muriendo especialmente pronto y especialmente ricos. Los testamentos desbordaban de bienes inmuebles, pero decidieron instalarse en L'Escalier para nuestra desgracia.

L'Escalier era el nombre que recibía una hermosa residencia que se alzaba en medio de nuestro pueblecito, tan imprevista como un cisne en medio de una bandada de estorninos. Casa encantada para los niños, castillo romántico para los jóvenes u objeto de viles disputas familiares para quienes habían alcanzado esa edad en la que uno ya solo se distrae con las desgracias, L'Escalier pertenecía más al inconsciente colectivo que a un propietario en concreto. Cuando el matrimonio M. se instaló en ella, fue como una profanación; todo el mundo se sintió expoliado por la intrusión de aquellos forasteros. Todo el mundo excepto Annie, que se las prometió muy felices ante la ocasión de pintar nuevos lienzos. Ya había pintado la mansión desde todos los ángulos a los que el alto muro de piedra le permitía acceder; por más que

se hubiera desmoronado en algunos puntos, continuaba disuadiendo a los importunos como el más viejo de los perros guardianes.

Una mañana, dos criados —un hombre y una mujer— llegaron con gran profusión de maletas y de muebles. Lo superfluo estaba incluido en aquel viaje; era una auténtica mudanza. Los baúles rebosaban de alfombras, cuadros, arañas y objetos de todo tipo.

—Están limpiando la casa de punta a cabo, han apilado todo en el patio, ven a verlo, es un cuadro bonito.

Seguí a Annie hasta el olmo bajo el que acostumbraba instalarse. Le gustaba enseñarme sus lienzos y preguntarme qué pensaba de ellos. La pintura estaba bastante lograda. Reflejaba a la perfección todas las señales de esa nueva agitación: los postigos se abrían; el polvo salía por las ventanas; el jardín, roturado, recuperaba su aspecto de parque. Annie estaba bastante contenta, excepto en cuanto al hombre.

—Él me ha salido mal: cojea y aquí eso no se percibe. Me cuesta plasmar un movimiento, así que el movimiento de un inválido aún peor.

Le señalé que debía de tratarse de una familia que planeaba instalarse allí. Me preguntó que por qué decía eso. Le mostré en su lienzo una cuna y un cochecito. Curiosamente, aun cuando era ella quien los había pintado, no los había visto. ¿El ser humano siente el peligro hasta el punto de negarlo? Annie se sumió en un silencio soñador. Intuí que su pincel corría ya alrededor de un niño pegado a las faldas de su madre.

Cuando trato de dar con el porqué de este drama, llego siempre a la misma conclusión: si a Annie no le hubiera gustado la pintura, nada de todo aquello habría sucedido. Albergo esa certeza como otros afirman que si Hitler no hubiera cateado el examen de ingreso en bellas artes el mundo sería un lugar mejor. La señora M. se sintió atraída por una chica que pintaba, fue por eso por lo que la invitó a pasar unos minutos, el tiempo de tomar una taza de té. De no haber sido así, nunca se habrían encontrado y habrían seguido siendo, la una para la otra, dos desconocidas a las que todo, desde sus respectivos nacimientos, separaba. «La señora M. se aburre ahí sola», apuntaban unos, «y además es todavía tan joven...», remachaban otros. El pueblo entero trataba de encontrar razones para esa amistad contra natura entre aquella burguesa de buena familia y su pequeña Annie. Una vez rechazado por excesivamente humillante que «a los ricos les gustan los pobres cuando son

guapos», que «a los ricos les gustan los artistas» fue la explicación con la que se quedó finalmente el sentir popular, y yo creo que llevaba razón.

Todos se acostumbraron a aquella relación, incluso llegaron a sentir cierto orgullo. Todos excepto yo. Yo veía con malos ojos aquella amistad. Annie, de naturaleza huraña, parecía haber encontrado en aquella joven a esa persona que uno solo conoce una vez en la vida: esa que puede sustituir a todas las demás. Al adoptar la costumbre de aquella taza de té en casa de la señora M., Annie perdió todas sus otras costumbres, yo incluido. Se apartó de mi vida, o más bien me apartó de su vida. Y lo hizo sin la menor dificultad, sin darme ninguna explicación sobre su indiferencia. No es que me ignorara, era peor: me saludaba siempre con ese horrible movimiento de la mano que demostraba que me había visto, pero nunca volvió a hacerlo con uno que me invitara a reunirme con ella. El amor es un principio misterioso, el desamor lo es aún más; se puede llegar a saber por qué se ama, pero nunca realmente por qué se deja de amar.

Las cosas habrían podido quedarse ahí; seguramente habría podido hacerle tragar mi sorda irritación, mi rencor celoso, pero la llegada de los M. a L'Escalier iba a convertirse en una irreversible tragedia.

¿Conque si me acordaba de ellos? En ese 4 de octubre de 1943, aquello era como si Annie me hubiera preguntado si recordaba que habíamos perdido la guerra.

Visiblemente febril, no paraba de dar vueltas a la cucharilla en su taza. «No compares lo que no se puede comparar.» Lentamente, Annie se echó una chaquetilla por los hombros. Yo tenía la mirada fija en ella, ella tenía la mirada fija en otra parte. No era solo lo de nuestras «primeras veces» lo que tenía que contarme. Lo imaginaba. Me las había recordado sencillamente para sentirse con el derecho de contarme lo que en realidad le importaba, como cuando uno se obliga a preguntar educadamente por alguien antes de lanzarse a un monólogo que solo habla de uno mismo.

—Tengo que confesarte una cosa, Louis. Tengo que contarte qué pasó realmente en casa de los M. Eres el único a quien puedo decírselo.

Aquella carta se interrumpía ahí; iba a tener que esperar para saber cómo continuaba.

Fue precisamente ese «suspense» lo que me puso la mosca detrás de la

oreja y me incitó a releerla con una mirada diferente, esta vez con mi ojo de editora. Había en ella algo literario, y en ese momento me di cuenta de que también lo había en las cartas anteriores. ¡Qué idiota fui al no haberlo pensado antes! Realmente, la muerte de mi madre me había hecho perder los nervios. Yo era la destinataria de esas cartas: se trataba simplemente de un escritor que me enviaba su manuscrito por medio de ese ardid. Recibía demasiados para leerlos todos, se acumulaban sobre mi mesa y los autores lo sabían, sobre todo aquellos a los que nadie les publicaba nada. Por eso aquellas cartas no tenían lo que se dice la forma tradicional, eran fragmentos de un libro que recibía semana tras semana. Una idea audaz pero no descabellada: la prueba es que las estaba leyendo.

Acechaba a mis escritores, trataba de cazarlos a través de insinuaciones, con la esperanza de que alguno se delatara; por aquel entonces debieron de pensar que estaba loca. Escudriñaba su letra rastreando aquella «R» mayúscula en medio de las minúsculas. Los respiraba de cerca, al acecho de aquel aroma a madera que desprendían las cartas. No descartaba ninguna posibilidad. ¿Fulano? Le pegaba bastante eso de escribir algo sobre su infancia, escribir sobre uno mismo estaba cada vez más extendido; si se trataba de eso, se lo arrojaría a la cara: espero de ti una novela, pero una de verdad. Le apuntaría a las gafas, estaría bien que se le cayeran, siempre me he preguntado qué cara tendría sin gafas.

Estaba segura de que el remitente de aquellas cartas terminaría apareciendo por mi despacho. Un desconocido se presentaría diciendo que quería hablar conmigo y me traería el final de su manuscrito excusándose por haberme engatusado así, pero bueno, hacía cincuenta años que no engatusaba a nadie y cincuenta años que nadie se interesaba por él, ¡así que había decidido cambiar de método!

¿Y si fuera la becaria? Mélanie. «¿Se ha dado el caso ya de que una becaria se con vierta en una de sus escritoras?» Si pensaba que no me daba cuenta de por dónde iba con sus preguntas... Pero no, imposible, era demasiado joven, aquellas cartas eran obra de alguien de más edad, se notaba, y además era demasiado mona para escribir así.

Precisamente fue Mélanie la que me sacó de mi ensimismamiento, tapando el auricular del teléfono con una mano para evitar que Nicolas, al otro lado de la línea, la oyera:

—Su amigo insiste en hablar con usted.

—Dígale que estoy reunida.

—Ya se lo he dicho, pero es la quinta vez que llama en lo que va de la mañana; dice que sabe que no tiene ninguna reunión.

—Pues si no quiere que esté reunida, dígale que no quiero hablar con él. La gente es obstinada cuando se le miente, pero no cuando se le dice la verdad.

Y si le confesaba toda la verdad, estaba claro que se obstinaría aún menos, hasta pondría pies en polvorosa, el caballero.

Por otra parte, no podía continuar a ese ritmo, suponía correr riesgos. Decidí volver a casa antes, máxime porque estaba segura de que encontraría una carta en el buzón. Era martes y las cartas llegaban siempre los martes; me había percatado de que mi corresponsal tenía manías de asesino en serie.

Por aquel entonces, todavía encontraba entretenidas esas cartas, casi amistosas: una pizca de misterio en este mundo desprovisto completamente de él no podía disgustarme. Y además tenía ganas de saber cómo seguía la cosa. ¿Qué era eso tan terrible que había pasado en casa de los M.?

Ni por un instante imaginé lo que me esperaba. Lo impensable existe: yo soy la prueba.

**Iba** a su casa casi todos los días. Yo pintaba, la señora M. leía en voz alta. Era divertido, ella hacía todos los personajes. Me sentía bien en su compañía. Ni siquiera me veía en la obligación de hablar, algo que nunca me había sucedido con nadie. Se mostraba tan generosa conmigo...

Había puesto una habitación entera a mi disposición. «La sala sin paredes.» La llamaba así porque las paredes desaparecían bajo un enorme espejo y pesadas colgaduras rojas. Era demasiado bonita para convertirla en taller de pintura, pero ella no quiso ni oír hablar del tema. «Querida Annie, ya le digo que estoy encantada con ello...» Y con todo lo demás era igual. No le pedía nada: ella me ofrecía cuanto necesitaba. Cada vez que utilizaba un lienzo, aparecía otro como por arte de magia. Pensaba en todo. Incluso llegó a pedirle a un amigo suyo que me diera clases, Alberto, un pintor formidable y un formidable es cultor. Venía cada jueves desde París. Ella se portaba tan bien...

Yo me daba perfecta cuenta de que ella no era feliz, pero no lograba averiguar el porqué. A mis ojos, tenía a su alcance todo lo mejor que la vida puede ofrecer.

Al principio pensé que estaba enferma. Fue su sirvienta Sophie la que me metió esa idea en la cabeza. Cierta mañana no me atreví a entrar en L'Escalier: había un coche aparcado en la alameda y pensé que quizá se trataba de «su nuevo capricho». Con papá que no dejaba de repetirme que no debía hacerme ilusiones, que ella y yo no pertenecíamos al mismo mundo y que me sustituiría a la primera de cambio... Di media vuelta y me volví a casa. Pero dos horas después Sophie llamó a nuestra puerta y preguntó por mí: la señora M. temía que me encontrara mal. Le conté a Sophie lo del coche y ella me respondió que era tonta, que yo siempre era bienvenida en L'Escalier, que desde que me había conocido, la señora M. estaba cada vez mejor. Aquella frase me inquietó. Entonces le pregunté si la señora M. estaba enferma. Me ayudó a ponerme el abrigo, no, lo único que quería decir es que la señora estaba contenta de tenerme a su lado, con o sin coche aparcado en la alameda. Me percaté de que no me estaba diciendo la verdad.

Unas dos semanas después tuve una nueva prueba de que algo iba mal. Esta vez era el coche de su marido el que estaba en la alameda. Normalmente, cuando yo llegaba, él ya se había ido. No me apetecía demasiado encontrarme con él, pero no podía dar media vuelta: la señora M. habría tomado mi cortesía por una necesidad. Me había hecho prometerle que nunca más dudaría en entrar. Así que entré, pero me arrepentí de inmediato: estaban en plena discusión.

—¡Esto no puede continuar así! ¡Si acepté que viniéramos a instalarnos aquí, fue para que te sintieras mejor, no para dejar que te lamentaras de tu suerte!

—Yo no me lamento de mi suerte.

—Ya no te reconozco. Aislándote del resto del mundo no vas a solucionar tu problema.

—Permíteme que te recuerde que también es el tuyo.

—No. Mi único problema es que vuelvo aquí todas las noches y me encuentro con que a mi mujer ya no le preocupa nada más que saber si le he comprado su lienzo, su carboncillo, su acrílico... ¡Es que no puedo creer que ni siquiera estés al tanto de lo que ha pasado! Pronto serás peor que esas de las que huyes.

—Yo no huyo de nadie.

—No sirve de nada discutir contigo, y ahora encima llego tarde...

—¡Eso es! ¡Vete! Regresa a tu maravilloso mundo donde todos están al tanto de todo... Ve a explicarles cómo funciona el mundo a tus queridos

lectores y, sobre todo, no te tomes la molestia de explicarme a mí cómo va a funcionar nuestro mundo con lo que nos está pasando.

Sin responderle, su marido salió del salón. Parecía conmocionado; incluso me tomó por Sophie al pasar por delante de mí: «¿Y usted no tiene nada mejor que hacer en esta casa?». La señora M. se precipitó en pos de él. Vio cómo se marchaba murmurando cosas que no alcancé a oír. Cuando se dio la vuelta nos encontramos frente a frente. «¿Qué haces es cuchando detrás de las puertas?» Nunca me había hablado de ese modo. Sin intentar defenderme, me fui. Pero corrió detrás de mí. Lo sentía mucho, no debía haberse dejado llevar, yo no tenía la culpa, no quería que me marchara. Me dio pena y acepté sus excusas. No debí hacerlo.

Como sucede con ciertas disputas, aquella sirvió para unir nos. Después de aquello, empezamos a hablar más. La señora M. ya no leía novelas, sin duda por los reproches de su marido. «No hay lugar para la ficción en estos tiempos agitados, sumirse en la lectura de un libro es dar la espalda al enemigo», imitaba la voz de su esposo. Yo le pedí que continuara leyendo en voz alta, aunque fueran los periódicos. Así fue como empezamos a hablar entre nosotras, comentábamos los artículos. Estábamos sorprendidas; nos entendíamos muy bien. Nos llevábamos casi diez años, pero aquello no nos separaba realmente. Ella nunca había tratado con alguien tan joven como yo. Decía que su riqueza la había alejado de su generación. En París, todos sus amigos eran mayores que ella. Y a mí había aprendido a conocerme y le parecía que me hacía querer, al menos eso es lo que decía.

Terminábamos siempre con las cartas de las lectoras. Aquellas historias nos divertían, aun cuando no eran graciosas. No entendíamos cómo esas mujeres podían contar sus problemas a alguien a quien no conocían. Así fue como dimos con los infortunios de la pobre Geneviève.

Mi marido me engaña, por las noches nunca cena conmigo y vuelve tarde a casa. ¿Qué puedo hacer?

A lo que la periodista respondía:

Geneviève, desgraciadamente corre usted la misma suerte que muchas mujeres. Si ama a su marido, continúe recibéndolo como lo hace, sin perder la calma. Sus reproches solo servirían para alejarlo del hogar; por ello insisto en que siga siendo es posa en toda la extensión de la palabra. Su marido

acabará cansándose de su mala conducta y seguro que vuelve a su lado.

Si me acuerdo de aquella respuesta es por la reacción de la señora M.

—Pero ¿quién se ha creído que es esta periodista? Lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer, lo que hay que pensar, sentir... ¡Fuera de sus normas no hay nada más! ¡No soporto ese tipo de discurso!

Se puso hecha una furia, así sin más, de forma inexplicable. Yo estaba sorprendida: por lo general aquellas cartas más bien nos hacían reír.

Me vino a la cabeza el «Desde que te conoce, la señora M. está cada vez mejor» de Sophie y el «Si acepté que nos instaláramos aquí, fue para que te sintieras mejor» de su marido.

Aquella mujer no era desgraciada por naturaleza, sino por algo en concreto. ¿Por qué había venido a refugiarse a L'Escalier? ¿De quién «huía», como decía su marido? Intuía que no serviría de nada preguntarle. No en ese momento. Aquel acceso de cólera solo era ira, no el comienzo de una explicación y, como realmente yo no sabía qué decir, se me ocurrió una idea un poco tonta. Le propuse que escribiéramos una carta a aquella «Anne-Nicole». Para decirle lo horribles que nos parecían sus consejos. Así es como se hacía llamar aquella periodista.

Proponiéndole escribir esa carta, albergué la esperanza de que me facilitara alguna pista de lo que le había pasado a la señora M., pero no: se calmó con la misma velocidad con que había montado en cólera. En cambio, la carta a «doña Col» se convirtió en uno de nuestros hábitos. Nunca las enviábamos. El mero hecho de escribirlas nos divertía.

Puede que la señora M. no me hubiera contado nunca nada si yo no hubiera llegado una mañana, presa del pánico, a L'Escalier, en pleno ataque de asma. «Me muero, me muero, estoy sangrando, por aquí, estoy sangrando.» Enseguida se dio cuenta de qué se trataba. Me sonrió: ella tampoco se había atrevido a decírselo a sus padres el día en que le sucedió. Para calmar el dolor, pidió a Sophie que me preparara un baño caliente. No sé cuánto tiempo me quedé en aquella bañera mirándome el vientre, absolutamente desconcertada ante lo que estaba pasando ahí dentro. ¿Le quedaban todavía a la vida muchos secretos de ese tipo por revelarme? La campanilla que llamaba a la mesa sonó, la señora M. me trajo un albornoz. Al ponerme en pie, la sangre volvió a fluir abundantemente a lo largo de mis piernas. Yo miré cómo la mancha se extendía en el agua y pensé que aquello podría ser un hermoso cuadro. La señora M. tenía también la mirada fija en las vetas rojas que

pugnaban por diluirse; me miraba de una manera extraña. Cuando salí del baño, se quitó el vestido delante de mí, luego se quitó también la ropa interior y se tumbó en mi baño sucio; lo recordaré siempre por lo mucho que aquello me incomodó. Fue en ese momento cuando supe que me lo iba a contar todo.

Todo empezó justo después de su boda; la señora M. tenía diecinueve años, su marido veinte. La repentina muerte de sus padres los hizo trizas. Eran desgraciados y estaban asfixiados por onerosas responsabilidades. Su marido no quería hacerse cargo de los negocios familiares. Las fincas, los terrenos, las empresas, había decidido venderlo todo. Ya entonces solo pensaba en el periodismo. Pasaron largos meses disponiéndolo todo, sin tiempo para nada más. Y luego se activaron sus reflejos de herederos: ¿de qué les serviría su fortuna si no tenían a nadie a quien legársela?

Al principio, la señora M. no se inquietó realmente. Todas las mujeres de su círculo de amistades le decían que simplemente había que esperar a que la naturaleza estuviera preparada, que era solo cuestión de meses. Y además había sufrido la súbita muerte de sus padres, no había que subestimar aquella conmoción.

Pero pasaron dos años y la naturaleza parecía que seguía sin estar preparada. Las parejas casadas en su época ya tenían algún hijo, y otras incluso estaban esperando el segundo. La señora M. estaba desesperada. Había seguido regímenes espantosos. Había tomado medicamentos que ella misma se preparaba, pero la cosa seguía sin funcionar. Desamparada, había terminado infligiéndose auténticas torturas. Pero por más que lo intentó todo, nunca llegó a quedarse embarazada. Lo que me contó era horrible. Por eso había venido a instalarse en L'Escalier. Para alejarse de esos atroces recuerdos.

Cuando dejó de hablar, tenía los labios azules, el agua estaba fría. Sophie llamaba a la puerta. También la comida se había quedado fría. La señora M. se puso en pie, yo no pude evitar mirar su cuerpo. Tenía la piel marcada desde las nalgas hasta las rodillas. Ya se le estaba curando. Pero vi las huellas de los golpes que se había propinado. «Para despertar los órganos dormidos» los libros aconsejaban «azotarse en la parte baja de la espalda y la cara interna de los muslos hasta hacer se sangre». Yo no lograba comprender cómo había podido so me terse a aquello. Su respuesta fue glacial: «Porque son los únicos consejos que hay para las mujeres estériles». Nunca me había mirado de esa manera. En aquel momento, recuerdo haber pensado que ya no le parecía que

yo «me hacía querer», como ella decía.

Nos sentamos a la mesa. Ni ella ni yo teníamos hambre, pero nos obligamos a comer para no tener que hablar. Yo tenía la sensación de que la entendía. En cierta manera, el hermano o la hermana que nunca tuve me faltaba tanto como a ella el hijo que no lograba tener. Quise tranquilizarla diciéndole que algún día podría salir bien, que mis padres también habían esperado mucho tiempo antes de concebirme. No me contestó. Continuaba comiendo en silencio.

Después de lo de mis padres y la señora M., me parecía una extraña coincidencia tener a mi alrededor a todas esas personas ansiosas de hijos. Y como nunca había sabido para qué servía yo en la vida, aquel día, ante mi trozo de pierna de cordero, pensé que mi papel en la vida consistía en luchar contra la esterilidad. De pronto, aquello se me representó como una evidencia. «La sala sin paredes», los lienzos, las pinturas, Alberto, por fin acababa de hallar la manera de agradecerle todo lo que hacía por mí. No sabía cómo decírselo. Tenía delante las cartas de las lectoras. Cogí lápiz y papel y escribí, en voz alta: «Querida doña Col: una mujer a la que quiero con toda mi alma no puede tener hijos. Yo no quiero tener. La única cosa que me importa en la vida es la pintura, así que me gustaría tener el suyo. Así, por mi parte, podría ofrecerle aquello que le falta».

La señora M. no levantó la cabeza, yo veía cómo le caían las lágrimas en el plato, seguía comiendo sin mirarme, sacudida por horribles sollozos. Finalmente logró articular que la joven que escribía aquella carta era sumamente atenta, pero que no sabía lo que decía y que doña Col le pondría los pies en el suelo, sin duda. Luego se levantó y se marchó del comedor. Ya no volvimos a hablar del tema.

Cuando dos meses después me dijo que estaba de acuerdo, al principio no la entendí. Y luego musitó que habría que tener mucho cuidado para que nadie se enterara. En aquel momento no supe qué responderle. Le había hecho aquella proposición en el fragor de nuestra conversación porque se me había mezclado todo en la cabeza. La idea de mi recentísima fecundidad. Su esterilidad. Su pena. Mi gratitud. Ahora esa idea me parecía un poco disparatada. Pero enseguida me tranquilicé: su marido nunca aceptaría.

—He logrado convencer a mi marido; solo lo haréis una vez: si funciona, funciona, y si no funciona, no funciona. Dios decidirá.

No me preguntó mi opinión. Me explicó con el mayor lujo de detalles cómo sucedería todo. Yo no tendría que hacer nada, aquello no duraría mucho,

me lo prometía. Ya lo había dispuesto todo. Su marido volvería al cabo de una hora y a ella le parecía bien que aprovecháramos entonces.

No me podía creer que él estuviera de acuerdo.

—Esperemos a mañana.

Fue todo lo que alcancé a decir. Me daba cuenta de que me precipitaba al drama, pero solo tuve valor para dar largas. «Esperemos a mañana.» No quería que aquello tuviera lugar en esas condiciones. No con un hombre al que no conocía. No la primera vez.

La señora M. debió de pensar que intentaba escaquearme, pero no era eso. Tan solo necesitaba un poco de tiempo. Mantendría mi promesa. Ya no podía dar marcha atrás y nunca la había visto tan feliz. De todos modos, yo ni siquiera tenía miedo. Con todas sus explicaciones, tenía la sensación de haber concertado una cita con el médico. Ni más ni menos. Y a eso sí que estaba acostumbrada.

Quedarme sola. Ante un lienzo. No para meditarlo, sino tan solo para no pensar en nada. La señora M. parecía incómoda. Cuando entré en la sala sin paredes, entendí por qué. Había brotado una cama durante la noche. Y el espejo había desaparecido tras una colgadura aún más roja que las demás, más nueva. No pude permanecer en aquella estancia. Cuando volvía por la alameda, me crucé con su marido. No me atreví a mirarlo.

Pero al día siguiente acudí a la cita. Y todo sucedió como ella había esperado. Me quedé embarazada «con la eficacia de una virgen».

Nos marchamos de allí tres meses después. Antes de que mi cuerpo vestido nos delatara. Ella lo había previsto todo. Nos iríamos del pueblo lo que durara mi embarazo y volveríamos después del parto. Y reanudaríamos nuestra vida como antes. Como si no hubiera pasado nada, salvo que ella acunaría por fin al hijo que tanto necesitaba. ¿Cómo pude pensar que las cosas podrían ser tan sencillas?

Durante todo su relato, Annie había estado caminando por su habitación con grandes pasos, la taza de achicoria entre las manos. Como si de pronto se hubiera percatado de su existencia, la dejó sobre la mesa y vino a sentarse a mi lado.

—Eres la primera persona a la que le cuento esta historia, Louis. Se la escribí a mis padres en una carta. Pero nunca la recibieron. Y eso que Sophie, su criada, me juró que la echaría al correo. Nunca se lo perdonaré.

Sin duda, Annie esperaba que le preguntara: «¿Y qué pasó?», «¿Dónde

está tu hijo?». Pero a mí, pobre celoso, no se me ocurrió nada mejor que atacarla.

—El bueno del señor M. no tuvo más suerte que yo. ¡Está visto que contigo a todos nos toca una sola vez!

El rostro de Annie se crispó, las lágrimas asomaron a sus ojos. Pero por una vez me dio igual, ella, lo que le había pasado, su desgracia; solo pensaba en mí y quería hacerle pagar lo que consideraba que aún le debía pese a todos los años transcurridos: mi despecho amoroso.

Su alianza me hacía daño a la vista. No debía de saber cómo decirme que estaba casada.

En la torre de la iglesia sonaron las siete; súbitamente, Annie se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta. Había olvidado dejar las llaves a su colega, que debía echar el cierre a la tienda donde trabajaba, lo sentía mucho, tenía que volver, no podía permitirse que la despidieran. Me pidió que la esperara, tenía tantas cosas que decirme..., me suplicó que le perdonara si me había hecho daño, no lo pretendía. Se sentía desamparada. Se puso los zapatos a toda prisa y salió, arrastrando los cordones. Escuché cómo se alejaban sus pasos por la escalera, no había perdido mis hábitos del colegio.

Aquel reencuentro me trastornó emocionalmente; hacía casi tres años que la creía casada, perdida, muerta quizá, y de pronto reaparecía en mi vida sin previo aviso. Y me lo contaba todo. Estaba claro que yo no había reaccionado como ella esperaba. Pero su historia... yo ya la conocía.

Lo que ella ignoraba es que Sophie sí había cumplido su palabra y que su madre sí había recibido la carta.

Todavía puedo ver a la anciana, preocupada y chorreando agua, bajo el porche de mi casa, aferrada a un enorme paraguas. Llovía a cántaros aquel día. Me tendió la carta. Reconocí de inmediato la letra de Annie. El sobre contenía varias páginas de escritura apretada, por ambas caras, como si temiera que darse sin papel. Hacía ya varios meses que se había marchado con la señora M.

Eugénie tenía el rostro desencajado.

—¡Esta carta tan larga me preocupa! ¡Ha tenido que pasar algo!

—Para una madre, demasiado corta o demasiado larga siempre es mala señal... —repuse en un tono que pretendí que sonara jovial. Pero la enorme extensión de la carta me sorprendió a mí también. Hasta entonces, Annie se había limitado a enviarle tarjetas postales de lo más lacónico. Debió de

alterárseme el semblante.

—¿Qué pasa? ¡Louis, dime qué pasa!

El tiempo de levantar mi mirada de la carta, de cruzarme con la suya, y lo hice: mentí.

—Nada. Todo va bien. Todo va bien. Pero es que tengo prisa, discúlpeme. Vuelva a casa, pasaré a leérsela esta noche.

Y me metí en mi habitación, con la carta en la mano. Poder volver a leerla, solo. Comprender cómo había podido su ceder aquello.

*... Al día siguiente, acudí a la cita y todo sucedió como la señora M. había esperado. Me quedé embarazada «con la eficacia de una virgen». En pocos días daré a luz. Se llamará Louis si es niño o Louise si es niña. Tengo miedo, miedo a morir y no volver a veros. Os quiero. Espero que me perdonéis.*

Esas eran más o menos las únicas frases que Annie había escrito a sus padres y que no me repitió cuando me contó la historia.

Después de copiar aquel puñado de hojas en un cuaderno para dejar testimonio de ellas, me senté debajo del tejadillo y las observé retorcerse bajo la lluvia. Había decidido no leérselas a Eugénie, demasiado brutales para ella, demasiado frágil. Annie embarazada del bebé de otra, no lo soportaría. Ni siquiera yo comprendía cómo era posible aquello, ¿cómo había podido permitir que la preñara aquel tipo?

Viendo cómo las gotas reblandecían el papel, traté de reconfortarme repitiéndome que a menudo nos arrepentimos de las confidencias hechas bajo el efecto del miedo y que Annie se sentiría aliviada al saber lo que yo estaba haciendo. Además, no estaba destruyendo la verdad: la estaba aplazando. Si, a la vuelta de su viaje, seguía queriendo que su madre supiera lo que había sucedido, se lo diría entonces. En ese instante pensaba sinceramente que estaba actuando en bien de todo el mundo.

La carta resultaba ilegible. La tinta se desparramaba por la hoja en amplios manchurroneos. Una y cien veces me excusé ante Eugénie: había dejado la carta sobre mi escritorio, no me había dado cuenta de que la ventana estaba abierta, lo sentía en el alma.

Tuve que inventar otro contenido, la guerra que acababa de estallar, la confusión en el frente, todas esas cosas que de hecho me extrañó que Annie no

mencionara en su carta. Pero me dije que, con lo que le estaba pasando, debía de tener la cabeza en otra parte, y también que quizá en el sur la tensión fuera menos palpable que aquí.

A Eugénie no le pasó por alto que mi relato era muy corto para lo larga que era la carta. Entonces le respondí que las cosas siempre parecen más cortas oralmente que por escrito. Me avergonzaba aprovecharme de su debilidad, pero sabía que no replicaría nada. Estaba en lo cierto: asintió modestamente con la cabeza sin atreverse a preguntar nada más. Tomó mi regla trucada por regla de oro y se limitó a comentar, alborozada, que su hijita volvía a mostrarse tan locuaz como antes.

Nunca le pregunté a Eugénie por qué me escogió a mí para que le leyera las cartas de su hija. ¿Supuso que el joven enamorado sería fácil de engañar? ¿Esperaba que las leyera en voz alta? Maquinalmente. ¿O que le hablara de ellas, desvelándole así su precioso contenido?

—No sé leer.

No me habría preguntado la hora con más indiferencia, pero ovillada en el taburete del pasillo, acabó murmurando que aquello era una auténtica tortura. Por más que se había pasado las horas muertas mirando las cartas de Annie, no comprendía nada; por la noche, se acostaba a la espera de un milagro, pero por la mañana todo seguía igual: ella continuaba ahí, alelada ante el montón de papeles. Nunca se lo había dicho a nadie. Ni a su marido. Ni a Annie. Siempre se las había ingeniado para que no lo descubrieran.

Eugénie lloraba, se sonaba los mocos a trompicones. Incluso el día en que Annie volvió del colegio sollozando porque la señorita E. le había dicho que todas las madres que quieren a sus hijos les leen historias, incluso ese día consiguió salir del paso.

—No te leo historias..., es verdad..., pero eso no tiene nada que ver con el amor... El amor es... es más misterioso que todo eso... En el amor, cariño, no hay que pedir nada, no hay que mendigar nada. No intentes nunca que la gente te ame como tú querrías que te amaran; no es eso el verdadero amor. Hay que aceptar que la gente te ame a su manera, y mi manera no consiste en leerte historias, sino quizá en coser te todos los vestidos que puedo, todos los abrigos, las faldas, los fulares que te gustan. ¿No somos felices así? ¿Querrías otra mamá? Di, Annie, ¿te gustaría tener otra mamá?

Después de ese día, Annie nunca volvió a hacerle un reproche. Eugénie pensaba que se había quitado de encima ese problema para siempre. Ni

siquiera cuando Annie les anunció que deseaba irse unos meses con la señora M. se preocupó lo más mínimo. Por mucho que su marido había dicho que no quería volver a oír hablar de una hija que los abandonaba por una burguesa potentada, Eugénie sabía que él leería sus cartas y que le escribiría: quería demasiado a Annie para cumplir sus amenazas. Pero cuando llegó la primera carta, Eugénie se vio de nuevo atrapada en la trampa: acababan de detener a su marido y ya no tenía a nadie a quien acudir. Hizo falta que recibiera varias cartas antes de que resolviera reconocer ante mí que no sabía leer. ¿Se había decidido a hacerlo a fuerza de repetirse que yo era tan digno de confianza como los centenares de metros de tela que había comprado donde mi madre?

Estaba en lo cierto. Nunca revelé su secreto.

Siempre he pensado que los secretos deben morir con sus portadores. Seguramente estará usted pensando que estoy traicionando mis propias convicciones, puesto que ahora le estoy hablando de ello, pero a usted se lo tengo que contar todo.

*Siempre he pensado que los secretos deben morir con sus portadores. Seguramente estará usted pensando que estoy traicionando mis propias convicciones, puesto que ahora le estoy hablando de ello, pero a usted se lo tengo que contar todo.*

Una sensación desagradable me invadió. Así que el autor de esas cartas se dirigía de verdad a alguien... En un arrebato de ira que me sorprendió, mandé las hojas a la otra punta de la habitación.

Estaba palidísima ante el espejo, me vi cerrando los ojos y me escuché decir: «No te preocupes, vamos a ver, todo esto no es más que una novela». Pero al recobrar la calma, comprendí que tenía miedo.

**Por qué** quise cambiar el curso de las cosas? Me paseaba por la habitación de Annie como un león enjaulado, me sentía horriblemente culpable. Todo era culpa mía. ¿Por qué no le leí esa carta a Eugénie? Pero en aquella habitación, demasiado pequeña para mi remordimiento, no pude confesárselo a Annie. Apenas acababa de reencontrarme con ella, no habría podido soportar perderla de nuevo ni que me odiara. Tres años sin verla.

Hasta su ausencia de algunas horas por el asunto ese de las llaves me ponía enfermo.

Y además me habría visto obligado a desvelar el secreto de su madre: Annie no habría dejado de preguntarme por qué era yo quien le leía sus cartas.

Estaba estancado. Quería que Annie volviera.

Recuerdo haber fregado las tazas y la bandeja, haber mirado los pocos libros que había en un estante y haber puesto recto el crucifijo que colgaba a la cabecera de su cama. «Octubre lluvioso, año copioso»: refrán de aquel 4 de octubre de 1943. Hojeé distraído el calendario para ver qué nos deparaban los días venideros.

Todo con tal de no hacer lo que finalmente iba a hacer: abrir su cómoda. Ropa de hombre, seguramente la de su marido. Y la suya. Tres vestidos, dos chaquetas demasiado finas para esa época del año, unas medias hechas un ovillo y ropa interior, fea. Sentí tal necesidad de aspirar su olor que busqué su ropa sucia. Obsceno. Pero dado que había empezado amando a Annie de la manera más casta, no sentía el menor empacho en amarla lúbricamente, con la espalda contra la puerta, bloqueándola para no ser sorprendido. Sus senos plenos inclinados hacia el suelo. Estaba obsesionado con aquella imagen desde el día en que me pidió que la ayudara a mover un banco para preparar la representación teatral. Ella fue la primera en inclinarse, su blusa se entreabrió. No se dio cuenta de nada: ni del movimiento de la tela ni del movimiento de mis ojos. Soñé durante mucho tiempo con sus senos desde aquel ángulo, inclinados hacia el suelo, inclinados y redondos, sus senos entre los que me habría gustado... Me corrí.

*«Esperemos a mañana.» No quería que aquello tuviera lugar en esas condiciones. No con un hombre al que no conocía. No la primera vez.*

De pronto, comprendí a qué aludía Annie en su relato y aquel recuerdo me puso un nudo en la garganta.

Yo había sido, en efecto, el primero. Hacía ya varios meses que el trato con la señora M. la había alejado de mí. No esperaba para nada que pasara a buscarme por casa. Me llevó hacia el estanque rodeando el camino de sirga; tenía la impresión de que quería decirme algo. Al cabo de un rato, se detuvo.

—Ven, subamos.

Me quedé postrado en la orilla, desconcertado. «Ven, subamos.» Ya había oído esa frase en algún sitio. Otra mujer, otro lugar. Allí olía muchísimo a humedad: olía a moho, nada de extrañar, pues todas las ventanas estaban condenadas y la puerta de aquella «casa» era, de la ciudad, la que se abría y se cerraba con mayor celeridad. Violette se acercó a mí sin quitarme ojo de

encima.

—Ven, subamos.

Pese a mi ansiedad, sonreí. En realidad, había que bajar, las habitaciones estaban abajo. Pero no se renuncia a una contraseña como esa... Violette descendió y yo la seguí con la viril impresión de avanzar un paso más en mi historia con Annie. Rara es la mujer a la que le gusta ser tomada por un cuerpo que nunca haya tomado a otra.

«Ven, subamos.»

Aquella vez, la fórmula consagrada respetaba la disposición del lugar. Una vez me hube recuperado, acabé por agarrar la cuerda para acercar la barca a la orilla.

Annie subió, yo la seguí.

La barca tenía más anchura que profundidad. Nos tumbamos para que nadie nos viera. Annie parecía preocupada. Yo tenía la sensación de que quería decirme algo, pero no dijo nada. A menudo el cielo debe servir de excusa a los amantes torpes; nosotros no tuvimos esa suerte: no era hora de estrellas. Y yo, con los ojos clavados en la nada del cielo, estaba perdido. Esa vez me hallaba completamente solo. No estaba Violette para guiarme. Por más que rebusqué en mi mente, no recordaba cómo había empezado con ella. No sabía de qué gesto, de qué caricia echar mano. Violette se desnudó sola, no puso en ello ni un fervor ni una audacia particular, simplemente la lentitud de sus movimientos de migrañosa y la indiferencia de la costumbre. Desabroché torpemente la blusa de Annie, botoncito a botoncito. Su ropa poseía la prudencia de las prendas de primavera, tan delicadas como el mes de abril. Violette tenía la piel de esas mujeres que no cuidan su cuerpo porque saben que será utilizado pase lo que pase. La piel de Annie era suave y lisa. Si Annie hubiera mantenido los ojos abiertos —como Violette—, habría visto que yo miraba sus senos generosos en su busto fino. No, no lo habría visto, porque si sus ojos hubieran estado abiertos, yo no me habría atrevido a mirarle los senos. Sus manos también estaban cerradas. Violette y yo estuvimos desnudos. Annie y yo permanecemos todo lo vestidos que pudimos. Violette hizo que mi mano se deslizara sobre ella. Con los dedos descubrí aquellas asperezas, yo que siempre había pensado que era lisa. «Cuando está así mojado, está bien», me dijo en voz baja, como una observación, como una lección. Abandonó mi mano y sentí cómo la suya acudía lentamente a situarse allí donde se había concentrado todo mi cuerpo, en mi sexo, y luego su cuerpo

sustituyó a su mano. Cuando está así mojado, está bien, traté de tranquilizarme, con la mano entre los muslos de Annie. Nada en el cuerpo de Violette desvió mi atención. Todo en el de Annie me perturbó. El rostro de Violette se relajó de pronto cuando el de Annie se crispó. No pude soportarlo y menos aún su cuerpo, que se arqueó, conduciendo su pecho en un movimiento ascensional que me desbordó. Todo fue bien con Violette. Mal con Annie.

Se bajó la falda rápidamente. Me subí los pantalones rápidamente. Una vez vestidos de nuevo, uno y otro nos sentimos mejor. Y sobre todo el uno con el otro. Temí que Annie se fuera enseguida; pero no, permanecemos tumbados mirando las estrellas que seguían sin estar ahí. Una vez más tuve la impresión de que Annie quería decirme algo, pero no me dijo nada.

Todavía hoy me siento culpable por no haber encontrado el valor. Lo encontré para hacerle mal el amor, pero no para hablarle. Pude haberle impedido que acudiera a aquella cita con el señor M. y entonces nada de todo aquello habría sucedido. La emoción me desbordó. Efectivamente, siempre fui el primero. Annie no me mintió. Al menos, no en cuanto a ese punto.

Porque si se hubiera quedado embarazada del señor M. «con la eficacia de una virgen», como a ella le gustaba repetir, habría tenido que marcharse tres meses después: abril... mayo... junio... En julio, por tanto.

Pero se fue al día siguiente de Navidad, y entonces, lo recuerdo perfectamente, pasé por su casa para llevarle un regalito que acabé tirando con rabia contra un árbol mientras volvía a la mía: acababa de marcharse con la señora M.

Julio... agosto... septiembre... octubre... noviembre... diciembre...

Faltaban cinco meses en la historia de Annie, demasiados.

Si la puerta de su habitación no hubiera venido de pronto a golpearme la espalda, puede que hubiera imaginado lo que sucedió durante ese lapso de tiempo que ella escamoteó.

Me levanté a toda velocidad, arrojando la ropa interior bajo la cómoda para deshacerme de ella. Si era su marido, debería contenerme para no darle un puñetazo en la boca. Annie se precipitó en mis brazos con tal premura que se me hizo un nudo en la garganta: realmente había temido que yo ya no estuviera allí. Actuó con presteza. Sacó una extraña estatuilla de su bolso, una mujer alargada sentada en una especie de silla con las manos separadas

rodeando el vacío como si sostuviera un objeto invisible delante de su vientre, así era como se llamaba aquella escultura: «El objeto invisible», era un regalo de Alberto que había traído de la tienda, quería enseñármela. La depositó sobre la mesa, pero sin sentarse, me propuso que saliéramos inmediatamente.

Aquel era el día en que solía ir a los baños municipales, ¿podía acompañarla si no era molestia?

Me pareció un poco extraña aquella repentina prisa por querer lavarse, pero la verdad es que no me molestó. Pensé que se daba prisa por el toque de queda. Yo esperaba volver en mí con el aire fresco, pero Annie no me concedió ese respiro. Apenas llegamos a la calle, retomó su historia donde la había dejado cuando se marchó a dejar las llaves. Por supuesto, sin hablar de los misteriosos meses volatilizados. De ellos, no volveré a tener noticia en años.

**La señora M.** lo había previsto todo. Nos instalaríamos lo que durara mi embarazo en su casa de París, donde vivían antes de mudarse a L'Escalier. Era esencial que no les dijera nada a mis padres, no comprenderían que no bajara de vez en cuando a verlos. Para todo el mundo nos íbamos lejos, al sur. A Colliure, donde el clima era más benigno. Había que justificar bien nuestra marcha. Y si estallaba la guerra, aun cuando no parecía llevar camino de que así fuera, allí estaríamos seguras. La señora M. tenía respuesta para todo.

A mí me incomodaba tener que mentir a mis padres. Me propuso decírselo en mi lugar. A ella no le costaba nada hacerlo, de todas maneras tenía pensado ir a casa para hablar con ellos y tranquilizarlos. Mi padre no abrió la boca. Permaneció sentado, tieso en su sillón. La miró durante todo el tiempo que duraron sus explicaciones. Mamá ni siquiera intentó relajar el ambiente. Estaba demasiado triste para fingir. Pero la señora M. no dejó que aquello la afectara. Mentía muy bien. Eso debería haberme puesto en guardia. Mi padre me preguntó si realmente quería ir allí con esa mujer, mientras duraba su embarazo. Yo respondí que sí. Entonces, sin levantarse, le ordenó a la señora M. que se fuera de su casa de inmediato.

Después todo se volvió insostenible. Mi padre me acusó de abandonarlos por una burguesa embarazada de un capitalista. Asquerosos ricachones. Era su nueva cantinela. Cada vez que tenía la mala pata de quedarme observándolo, me decía que dejara de mirarlo por encima del hombro. Cada vez que no repetía de algún plato, saltaba con «qué melindrosa la señorita desde que comparte mesa y mantel con la duquesa». Cierta noche

fue demasiado lejos y yo me sulfuré. Tampoco había que exagerar, no los estaba «abandonando», habían podido vivir cuarenta años sin mí, sobrevivirían cinco meses de nada, y además nos escribiríamos, no era el fin del mundo...

Ahora me arrepiento de haberles hablado así. Nunca debí irme de su lado, pero no podía saberlo. Yo pensaba en todo lo que iba a descubrir en París. Si solo hubiera dependido de mí, nos habríamos marchado mucho antes. Pero mamá me daba mucha lástima. No conseguí que se quedara tranquila. Su instinto maternal, sin duda. Las últimas semanas fueron delicadas. Yo huía de su metro como de la peste. También a ella le habían crecido los pechos, se le metió en la cabeza que era por eso por lo que no le dejaba que me tomara nuevas medidas. «¡Venga, pero si soy yo quien te ha parido!» Me repetía esa frase continuamente. Qué buena era mamá. Y yo no paraba de rechazarla. En realidad no paraba de pensar en una historia que me contaste, sobre Rodin. ¿Te acuerdas? Aquella sesión de posado en que descubrió que una de sus modelos estaba embarazada cuando ni la propia chica lo sabía aún. Pues bien, yo estaba segura de que con mamá pasaría lo mismo. Lo adivinaría hasta con los ojos cerrados. Conocía demasiado bien mi cuerpo; como solía decir, ella era quien me había parido. Imposible también ocultar mi vientre comprándome vestidos nuevos, eso se lo habría tomado como una auténtica afrenta.

Por suerte, mis costuras aguantaron hasta Navidad. Mi última Navidad en compañía de mis padres. Estaba embarazada de tres meses. Papá me regaló un caballete que había construido él mismo, más grande que el otro porque yo había crecido. Bueno, no: no me lo regaló. Era demasiado orgulloso para eso. Lo encontré al pie del árbol. Recubierto con una hermosa capa de lana, verde agua. «La he tejido recordando lo que siento cuando te estrecho en mis brazos.» Dejé que mamá me estrechara fuerte en sus brazos, yo, que ya no dejaba ni que se me acercara. Papá, por su parte, ni siquiera quiso que le besara para darle las gracias por el caballete. Lloré. Pero no delante de él. Eso nunca.

Al día siguiente era el gran día. Me fui con la señora M. De noche. Nadie debía verme llegar a su casa. Lo había dispuesto todo. Me quedaría en la habitación de Sophie, justo debajo del tejado. Así podría abrir la ventana sin peligro, no había nada enfrente. Durante el trayecto me explicó que nadie debía sospechar de mi presencia. Cuando ella recibiera visitas, me quedaría en mi habitación. Y también cuando ella saliera. Porque, a pesar de las cortinas, los transeúntes o los vecinos podían ver si había alguien en alguna

estancia. Y si acababan de cruzarse con ella en la calle o donde fuera, se preguntarían entonces quién estaba en casa. Acaté aquella organización sin protestar. Pasaba el tiempo entre la habitación de Sophie y el baño que había al lado, que tampoco tenía ventana. Cuando la señora M. estaba en casa y yo quería estirar las piernas, era ella quien subía a mi habitación. El resto del tiempo, nos quedábamos allí las dos. En eso la cosa no cambiaba mucho respecto a L'Escalier. Yo pintaba. Ella leía. Solo que estábamos un poco más apretadas.

¡Y pensar que yo contaba con descubrir París!

En aquella época, las noticias que llegaban del frente aún eran buenas. La guerra ya no copaba las primeras páginas. Apenas una o dos columnas. Por aquello de demostrar a todos los soldados que se aburrían en la Línea Maginot que no nos olvidábamos de ellos. Desde que leímos que habían plantado rosas allí para reconfortar el ánimo de los regimientos, ya no había ningún miedo de que la guerra estallara. La movilización no es la guerra, leíamos por todas partes. Era la «guerra de mentira»<sup>1</sup>. Nos entreteníamos tratando de adivinar las palabras censuradas de los periódicos. Así pasábamos el rato. Los huecos en blanco eran tantos que algunos artículos resultaban ilegibles.

Doce personas han debido ser hospitalizadas en París después de haber resbalado en una placa de [ ] que cubría la calzada.

—¡Hielo!

—¡Bravo!

Estaba prohibida hasta la información meteorológica: habría podido ser utilizada por el enemigo.

La señora M. rebosaba de una alegría de vivir que yo no le conocía. Salía a menudo, pero sin por ello olvidarse de mí. Me contaba lo que hacía, las compras por Longchamp, los mercadillos benéficos a favor de los soldados... Me hablaba de la gente. Me regalaba vestidos de última moda, de nombres y colores inspirados por los acontecimientos. Un abrigo «Tank». Un picardías «Permiso de descanso». Aquello no podía valerme «en el actual estado de las cosas», quería decir con mi enorme barriga, pero podría dárselo a mi madre cuando volviéramos. Ella lo utilizaría como modelo para confeccionar otros para las mujeres del pueblo. Los vendería como rosquillas. La encontraba muy solícita.

Yo trataba de reflejar esos nuevos tonos con mi paleta. El azul

«Maginot». El gris «Avión». El beis «Tierra de Francia»... Mezclaba los colores para ahuyentar mis negros pensamientos. Ya no sabía qué pintar. Pensaba demasiado, así que me dedicaba a hacer copias. Siempre era mejor eso que nada.

Ella sabía que para mí era muy duro permanecer encerrada en aquella casa. Había colgado un plano de París en mi habitación. Para que no me sintiera demasiado lejos de todo. Me señalaba adónde iba antes de salir. Yo me pasaba horas diciendo en voz alta los nombres de las calles. Mi conocimiento de los distritos aumentaba a medida que aumentaba mi barriga. También me traía fotos, tarjetas pos tales de un montón de sitios. La Torre Eiffel, la Concorde, el Arco de Triunfo. El Louvre. Me prometió que iríamos a visitarlos juntas después del parto. Hacía multitud de planes para el futuro, «para después», como ella decía. Tenía que haber intentado adivinar sus tejemanajes, como hacía con los pasajes censurados. Pero ni por un instante sospeché lo que tramaba. Se mostraba realmente muy atenta conmigo.

Me trajo un gatito para que no me sintiera tan sola cuando ella no estaba en casa. Era gris, con una mancha rojiza en lo alto de la cabeza. Lo llamé Alto, pensando en Alberto. Echaba de menos sus clases. A él, ella le había dicho que me había quedado en el pueblo. Que retomaríamos nuestras clases cuando ella volviera a L'Escalier, después de dar a luz. Alberto vivía en París, no podía decirle que yo estaba allí, no habría entendido que no me pasara por su taller. Todo aquello me resultaba complicado. A ella no. Sorteaba todas las trampas con facilidad.

Para que tuviera compañía, también había subido una radio a mi habitación. La escuchaba mucho, sobre todo música. La ponía más alta para el bebé. Me decía a mí misma que ambos nos parecíamos: solo escuchábamos voces sin rostro.

Yo lo llamaba «el bebé». Ella lo llamaba «mi bebé». Yo no decía nada. Había muchísimas otras cosas que no le decía. Que dejara de pegar sus manos a mi tripa. Que dejara de darme consejos para su bebé. Había que comer bien por su bebé. Dormir bien por su bebé. No cerrar las ventana de mi habitación, todo aquel olor a pintura no era bueno para su bebé. Lo único que le interesaba era lo que era bueno o no para su bebé.

Teníamos la misma silueta. Los trapos que se anudaba alrededor de la tripa se espesaban a medida que la mía se inflaba. Nunca se los quitaba. Ni siquiera en casa. Había copiado todos mis gestos. Yo odiaba aquello. Cualquiera habría dicho que de verdad estaba embarazada. En todo caso, en su

círculo de amistades, todo el mundo lo creía.

No quería perderse nada de aquel embarazo que consideraba suyo. No tenía que haberme hecho tantas preguntas. No dejaba de interrogarme acerca de si las sentía. Las burbujitas de champán. Sus amigas, ya madres, siempre le planteaban esa pregunta y ella no sabía qué responderles. Yo no acababa de entender a qué sensación se referían. Quizá mi embarazo no fuera normal. Hasta me había pasado por la cabeza la idea de que no estuviera embarazada; a lo mejor había vuelto a ser una niña cuya regla se había desvanecido cuando cayó en la cuenta de lo que me disponía a hacer con ella. Pensar aquello me aliviaba. Eso quería decir que aquella farsa terminaría. Que recobraría mi libertad. Regresaría a casa. Volvería a ver a mis padres. Volvería a verte. Y entonces una noche, acurrucada bajo el edredón, las sentí. Allí, en la parte inferior de mi vientre. Mucho más abajo de lo que esperaba. Una vez al principio. Y otra. Y luego otra vez más. Pero no eran como burbujas de champán. Eran como pececitos que se agitaban. No podía ver en qué se parecía aquello a las burbujas del champán, nunca había bebido champán. En cambio sí que había visto los pececitos en la superficie del estanque bajo la lluvia.

Al cabo de las semanas, aquella agitación se transformó en borboteo. Primero muy leve. Luego cada vez más evidente. Hasta que pronto deformó mi vientre a golpes. A patadas. A manotazos. A codazos. Mi bebé se movía en un lugar demasiado pequeño para él. Como yo, pensaba.

Los únicos acontecimientos a los que yo tenía derecho eran los de mi tripa. ¿Cómo no iba a acecharlos, a estudiarlos? A encariñarme de ellos. Antes de que mi vientre aumentara, todavía era honrada. Fue después cuando las cosas se me escaparon. Y cuanto más respondía a todas las preguntas de la señora M., más me alejaba de mi promesa. Pero quizá me habría alejado pasara lo que pasase. Quizá esa idea de querer concebir un hijo para otra no fue más que una ilusión desde el principio. No lo sé. Sin embargo, otras lo han hecho.

Por la noche no podía dormir. Aquello me consumía por dentro. Para no aburrirme, ejercitaba la memoria. Deambulaba por la casa, debía acordarme del lugar de todos los objetos de una habitación antes de poder pasar a la siguiente. Me decía a mí misma que era un buen ejercicio para la copia. Pero, sobre todo, aquello me permitía hablarle al bebé sin hablarle de nosotras. Le enseñaba el mundo de las cosas. «Mira, esto es un libro, esto es un jarrón, esto no sé lo que es, lo llamaremos “el objeto azul”, esto es de bastante mal gusto,

esto es un cajón, esto son municiones, esto es una pistola.»

Repasaba los rasgos del rostro de mis padres, de mi madre sobre todo. No podía evitar decirle: «Mira, estos son tus abuelos». Son los únicos seres humanos de quienes le hablé.

Me preguntaba cómo sería su cara. Sus ojos. Su pelo. Su cuerpo. Esperaba que se pareciera a mí en todos sus rasgos. Que saliera de mí con mi cara para que a ella le faltaran arrestos para quitármelo, demasiado segura de que cuando la gente los viera a los dos le dirían: «Es su amiga Annie, que se ha encogido».

Le propuse algunos nombres; ella estaba de acuerdo. Eso no tenía importancia para ella. Quería un hijo. No un nombre. No me gustó el tono en que me respondió. Me contuve para no replicarle que no era un hijo lo que ella quería, sino MI hijo. Me habría gustado retirar mi promesa, pero sabía que era imposible, ella no lo aceptaría jamás. Ya no me cortaba a la hora de pedirle que me comprara material: ahora estábamos empatadas. Me habría gustado que se cansara de soportar todas mis peticiones y me echara de casa. Tuve ganas de huir. Aun a riesgo de dar a luz en la calle. ¿Y luego? La vergüenza. Madre soltera. Lo peor. Había oído demasiadas historias de esas como para no saber. Si mis padres no hubieran sido tan mayores, podríamos haber dicho que era suyo. No habría sido la primera en convertirse en hermana de su hijo. «Qué contenta debe de estar Annie de haber dejado de ser hija única —diría la gente—, llevaba tanto tiempo lamentándose...»

Pero no era posible, nadie lo creería. Y el verdadero problema es que en el fondo yo estaba convencida de que mi hijo tendría más oportunidades de ser feliz en su mundo que en el mío. ¿Acaso no era por eso por lo que me fui con ella? Y tachaba los días que me separaban del parto, con pena en el alma. Se diría que ella podía leerme el pensamiento. Una tarde vino tranquilizarme. Podría ver al niño siempre que se me antojara, si así lo quería permaneceríamos juntas, al menos hasta que su marido volviera de la guerra, e incluso después, seguramente él estaría de acuerdo, solo dependía de mí el que ella me contratara como niñera, y más tarde, cuando ya tuviera edad para entenderlo, ya se vería, trataríamos de explicárselo. Ella no creía ni una sola palabra de cuanto decía. Yo sí. Ya no podía soportar la idea de perder a mi hijo. Necesitaba creerla. Me sentía tan sola...

Durante esos largos meses en París, no recibí ni una carta de mis padres. Pensé que mi padre estaba cumpliendo su palabra. «Así que quieres comprobar qué es eso de estar lejos, ¿eh? Muy bien, pues te vas a enterar, no

esperes que te escribamos.» Me espetó eso justo después de regalarme el caballete. Conocía su temperamento, pero aquello me pareció demasiado rencoroso. Al mismo tiempo, como nunca había desatado su cólera tanto como con aquel viaje, pensé que estaba descubriendo la ira de su carácter. Y compadecía a mamá. Debía de pasarse los días defendiéndome. La echaba mucho de menos. Me habría gustado compartir esos momentos con ella, saber qué había sentido cuando yo estaba en su vientre.

«Tus padres están bien.» La señora M. me transmitía siempre aquel mensaje. Con una gran sonrisa. «Tus padres están bien.» Sucia mentirosa.

Jacques se había quedado en L'Escalier. «Para mantenerla en buen estado hasta que volvamos», decía. Debido a su pierna inútil, no había sido llamado a filas. Era él quien subía una vez a la semana para traerme noticias de ellos, pero no lo veía nunca, solo oía su voz. Ella tampoco quería que él lo supiera. La única que estaba al corriente aparte de nosotras dos era Sophie. La señora M. le daba mis cartas a Jacques y él, correo improvisado, se las llevaba a mis padres. Porque yo sí les escribía. No muy extensamente. Pero con frecuencia. Era difícil dar con un tema de conversación. Hasta hablar de la lluvia o el buen tiempo resultaba complicado. Tenía que hacer como si estuviera en Colliure. Y, ante todo, como si no estuviera embarazada.

Mis padres creían que mis cartas formaban parte de un paquete que la señora M. enviaba a Jacques. Todo para evitar que el matasellos de correos nos delatara. No dejaba nada al azar. Antes de nuestra marcha, incluso había conseguido hacerse con una veintena de tarjetas postales de Colliure. Había algunas repetidas, pero a ella le parecía que así aún parecía más de verdad, siempre pasa, mucha gente envía dos veces la misma tarjeta de un sitio sin darse cuenta.

Ella leía mis cartas antes de dárselas a Jacques, estoy segura. No se habría arriesgado a que escribiera algo que nos desenmascarara. No me lo decía, pero yo lo sabía. Yo la llamaba «la Giraudoux» de mi correspondencia.<sup>2</sup> Aquello era lícito, había cosas que yo tampoco le decía.

Con frecuencia me pedía que le dejara ver mi barriga. La miraba fijamente hasta que aparecía la pequeña protuberancia recorriéndola. Yo veía la turbación que esas visiones le provocaban. Me miraba con ojos de desamparo. Yo no la disuadía. A cada cual su tormento, pensaba. A ella, los de hoy. A mí, los de mañana. Cuando el bebé estuviera en sus brazos.

Y le mentía. Conforme las semanas pasaban, más le mentía ante sus invasoras preguntas. Cuando me preguntaba si notaba algo cuando el niño daba

aquellos golpes, yo le respondía que no, que no sentía nada en absoluto. Lo que era completamente falso. Pero ella me creía. No tenía ningún otro medio de saberlo. Y yo disfrutaba imaginándola en sus cenas en la ciudad repitiendo que «no, que no sentía nada». Y me deleitaba pensando en las miradas suspicaces que las mujeres pudieran lanzarle.

Lo único que me hacía ilusión pintar era mi cuerpo. Pero sabía que ver que la habitación se llenaba con cuadros de mi embarazo le resultaría insoportable, así que aprovechaba para hacerlo cuando ella no estaba. Y me apresuraba, apenas terminaba mis bocetos, a recubrirlos con una imprimación lisa, con otra cosa. A menudo con un cielo. Le debía de parecer que pintaba muchos cielos. Pero como era lo único que me llegaba desde el exterior por la ventana, no debía de extrañarle tanto.

Aquella siniestra comedia duró ciento setenta y cuatro días. Ciento setenta y cuatro días de prisión, menos dieciséis días. Me despertó en plena noche. Tenía una sorpresa para mí. El coche nos esperaba delante de la casa. Apenas una hora después, nos parábamos ante un molino. Creí que se trataba de una etapa del viaje: era nuestro destino. Ella quería que me diera un poco el aire. No era nada lujoso, pero le sentaría bien a su bebé. Había una cocina. Una estancia principal a lo largo. Una especie de baño para lavarse. Y una habitación. Las estancias del sótano eran inhabitables. Todas llenas de polvo y cacharros para moler. Me sorprendió que nos quedáramos en aquel molino. Ni cómodo, ni limpio. Pero podía salir. Me sentí un poco como si reviviera. Me pasaba el tiempo fuera. Era a finales de marzo, la naturaleza despertaba. Me había llevado mi cuaderno de bocetos y carboncillos. Volvía a tener algo de inspiración. Era la única que disfrutaba de aquel lugar. Con Alto, que me seguía a todas partes. Ella nunca salió del molino. Se pasaba los días postrada en una silla tras la ventana haciendo crucigramas. Se quedaba allí, tumbada, sobresaltándose con el menor ruido. Yo veía a las claras que tenía miedo de que nos descubrieran. También veía a las claras que tenía miedo de que yo huyera. Me habría gustado. Pero estaba embarazada de siete meses. Y ya había tenido contracciones. Seguir el arroyuelo hasta dar con alguien que pudiera ayudarme habría supuesto correr muchos riesgos. Eso sin contar con que ahora la conocía. Si estábamos allí era porque no había nadie en menos de diez kilómetros a la redonda.

Nunca estuvimos más alejadas la una de la otra. Y eso que, sin embargo, dormíamos en la misma cama. Solo había una. Sophie dormía en un catre en la cocina. La señora M. venía a acostarse cuando yo ya estaba dormida y se

levantaba al alba. Nunca llegamos a rozarnos. Cada una a su lado de nuestra particular «Línea Maginot». Yo no dormía bien. Pensaba en esa extraña estampa. Dos mujeres embarazadas acostadas en la misma cama. Nuestras dos enormes barrigas deformaban las mantas. Hay un camello durmiendo en esa habitación. El camello tiene dos jorobas y el dromedario una sola, pensaba por mi tripa. Tendré que saber responder a todas sus preguntas. Ella tampoco dormía bien. Estaba agitada y hablaba en sueños. Me daban ganas de asfixiarla con su tripa, arrancarle todos esos trapos mentirosos y metérselos en la boca hasta que muriera. Por la mañana, su lado estaba completamente mojado. Sudaba. No podíamos lavar las sábanas y aquel olor acre invadía toda la habitación. Me daban ganas de decirle que su hedor no era bueno para su bebé. Un día bromeé a propósito de ello con Sophie. A la noche siguiente me desperté por el contacto de una pierna contra la mía. El camello se había transformado en dromedario. Levanté con cuidado la sábana, extrañada de que se hubiera quitado la tripa. No se había quitado nada: era Sophie, que había ocupado su lugar a mi lado. Al día siguiente, la señora M. me dijo que si hablaba en sueños, no debía de dejarme dormir y que eso no era bueno para su bebé.

Permanecimos allí dieciséis días y luego regresamos a París. Di a luz menos de dos meses después.

Entró en mi habitación tendiéndome una muñeca.

—Mire lo que acabo de comprar.

—Es bonita.

—Es más que eso... Apriete el botón que lleva en el cuello, por detrás.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Ante aquellas palabras de la muñeca, me dio una violenta contracción.

Cualquier mujer embarazada se habría turbado ante la lectura de esas cartas, eso me decía la voz de la razón.

Había vuelto a considerar esa correspondencia con cierta distancia; estaba convencida de que se trataba de una novela, seguramente unas memorias. Pero el autor seguía sin mostrarse.

Yo también echaba mucho de menos a mamá, yo también habría querido saber lo que sintió cuando estaba en su vientre, yo también me sentía sola.

Me he dado cuenta con frecuencia de que todo nacimiento exige una muerte. Como si hubiera un *númerus clausus* de almas sobre la faz de la tierra.

No tuve que esperar mucho tiempo para que ese horrible juego de toma y daca se confirmara. Mamá murió cuatro días después de que le anunciase que estaba embarazada. Perder a tu madre a pocos días de convertirte en madre es un terrible exilio.

Aún no consigo asimilar que mi hijo no la conocerá jamás.

Hay que joderse, ¿qué necesidad tenía de ir tan rápido por esa carretera secundaria?

Al guardar aquella carta estuve a punto de llamar a Nicolas. Después de todo, huir de él puede que no fuera una buena solución; ocultarle mi embarazo, tampoco. Al menos, dejarle la responsabilidad de decir «no». Yo sabía que él no quería, pero al menos dejar que me lo dijera. Para curarme de él también.

Cuando le oyera suplicarme de rodillas que abortara, repetirme que no hacía tanto que nos conocíamos, que más tarde quizá, pero que hoy era demasiado pronto, mis sentimientos hacia él no lo resistirían.

Antes me parecía bien lo del aborto: modernidad, libre decisión de la mujer..., ahora me debato en una trampa que, como todas las trampas, al principio sonaba bien, a libertad. ¡Valiente progreso para la mujer! Si quiero el bebé, soy culpable ante Nicolas, que no lo quiere. Si aborto, soy culpable ante el bebé. Al pretender salvar a la mujer de la esclavitud de la maternidad, el aborto le impone una nueva forma de esclavitud: su culpa. Más que nunca, la maternidad se convierte en nuestra virtud o nuestro pecado.

Yo habría preferido no tener la opción. Joder, si con treinta y cinco años no soy capaz de asumir el resultado de una noche de folleteo a la que nadie me ha forzado, ¿qué voy a ser capaz de asumir entonces? Si ya no somos responsables de la vida que damos, ¿adónde nos dirigimos? ¿De qué vamos a sentirnos responsables?

Así fue como le anuncié mi embarazo a mamá. Tuvo que sentarse de la sorpresa. Ni siquiera se me había ocurrido decirle que se sentara, pensaba que eso solo pasaba en los anuncios malos. Nosotras dos nunca habíamos hablado de eso antes y ella creía que yo no quería tener hijos. Estaba estupefacta.

Por supuesto que siempre he querido tener un hijo, sencillamente no había dado con el tipo adecuado, y entonces creía haberlo encontrado pero me quedé embarazada antes de saber si él estaba de acuerdo y, la noche que quise decírselo, se me adelantó al anunciarme que su hermano acababa de tener un bebé y que a él no le gustaría estar en su lugar, que no se sentía para nada

preparado, pero para nada.

No pude decírselo, claro, pero lo pensé bien e, independientemente de lo que diga él, pienso quedarme con este bebé; me da igual, tengo treinta y cinco años, la naturaleza no va a esperarme.

Mamá me dijo que me entendía. Yo le dije que iba a ser una abuela maravillosa. Ella me contestó que «claro que sí». Y luego añadió que estaba bien lo de tener un hijo, pero que era aún mejor tenerlo entre dos.

Al volver a pensar en la extraña solemnidad con que mamá pronunció esa frase, me juré descolgar la próxima vez que Nicolas tratara de localizarme. Tenía que hablar con él.

**Mi parto** fue horrible. Tuve el peor ataque de asma de toda mi vida. Sophie fue quien se ocupaba de mí. No dejaba de repetir: «pobre Annie», «pobre Annie». Llegó un momento en que tuvo la sensación de que no lo lograría sola y le rogó a la señora M. que fuera por el médico. Me di cuenta perfectamente de que dudó en ir en su busca. «Está tardando en volver. No se atreverá a hacerlo...» Sophie estaba furiosa. Nunca la había visto enfadada con la señora M.

Luego ya no sé qué pasó, me dolía tanto que me desmayé. Lo único que sé es que cuando la señora M. regresó, lo hizo sola. Nunca llegó a ir a buscar al doctor. ¿Te das cuenta? Prefería vernos muertos, a mí y al bebé, a que su secreto se descubriera. Supuestamente había estado en la iglesia rezando por nosotros. ¡Muchas gracias!

Perdí mucha sangre. Sophie estaba desbordada, se quedó a mi lado durante horas, incluso después de que Louise naciera. Ya no se preocupaba por mi vida en interés de su señora, se preocupaba por mi vida y punto. Me lo dijo ella, nunca se habría perdonado que me hubiera pasado algo.

Yo, por mi parte, tenía miedo. Comprendí hasta dónde era capaz de llegar la señora M. Si era capaz de dejarme morir, era capaz de matarme, sobre todo ahora que Louise había nacido. Todavía hoy sigo pensando que si Sophie no hubiera estado con nosotras, lo habría hecho. Sophie me decía que estaba loca por pensar eso, que su señora nunca llegaría hasta ese extremo. Pero vi en sus ojos que no estaba en absoluto segura de ello. Y antes de irse de mi habitación, me dijo por lo bajo, haciendo como que arreglaba los almohadones de debajo de mi cabeza, que ella se encargaría de que la señora M. no se acercara a mi comida.

Louise nació el 16 de mayo de 1940.

Unos días antes del parto, escribí una carta a mis padres en la que les contaba todo, la carta de la que te hablé hace un rato. Pero no encontré la manera de hacérsela llegar. Fue entonces cuando pensé en pedírselo a Sophie. Era necesario que mis padres leyeran esa carta; hasta entonces no me quedaría tranquila. Si me sucedía cualquier cosa, era necesario que supieran que tenían una nieta. No quería que se la hiciese llegar a través de Jacques: no confiaba en él. Nunca me gustó la manera en que me miraba. Sophie me replicó que me equivocaba al pensar esas cosas de él, que era un hombre de bien, pero que si prefería que ella echara la carta al correo, la echaría. Me lo juró. Parecía sincera. Creí que podía fiarme de ella. Pensé que aceptaba porque tenía miedo de convertirse en cómplice de un drama. De un asesinato, quizá. Pero ante el buzón, debió de cambiar de opinión, no podía hacerles eso a sus señores, siempre se habían portado bien con ella, incluso le habían conseguido la nacionalidad, era judía. Así que no la echó al correo. Y nunca me lo dijo. Eso es lo que debió de pasar.

Pero se lo hice pagar. Lo único que tenía que hacer era no mentirme.

Tardé en recuperarme del parto. Estaba muy débil. La señora M. no se iba nunca de nuestra habitación. Como al principio, de nuevo siempre en la misma habitación, pero yo ya no pintaba y ella ya no leía. Mirábamos a Louise. Nos convertimos en enemigas silenciosas. Cuando la amamantaba, sentía sobre mí su mirada celosa, pero al menos aquellos momentos no podía robármelos. En cuanto a lo demás, no me quedaba otro remedio. Tenía que permitirle que la cambiara. Que la cogiera en brazos. Que la acunara. Que le susurrara al oído. Y que la llamara mi bebé. Salía a dar paseos con ella mientras yo me quedaba en la cama; no podía levantarme.

Yo sabía que quería irme con Louise, volver a casa, ya no sentía ninguna culpa. Era mi hija. Pero no podía decirle a la señora M. que nos habíamos equivocado, que no se separa a un hijo de su madre, que eso no está en las leyes de la Naturaleza. Ella no podía oírlo. Ya no estaba allí. Yo tenía que seguir fingiendo, tenía que resistir. Seguir mostrándome sumisa, sobre todo que no sospechara de mis intenciones. El tiempo necesario para recobrar las fuerzas. Encontraría el medio de escapar con Louise, en un momento o en otro.

Pero esperé demasiado.

Apenas empezaba a poder caminar sin cansarme. Entró en mi habitación, una mañana, según su costumbre, a la hora de la toma. Louise tenía casi un mes. Me la arrancó de los brazos y salió. Yo la seguí. La puerta de su habitación estaba cerrada con llave. Louise lloraba. Yo conocía su llanto y

aquel no era el de siempre. Golpeé la puerta. No hubo respuesta. Salvo Louise, que chillaba cada vez más fuerte. Empecé a tener miedo. Llamé a Sophie para que hiciera algo. La busqué por todas las habitaciones y fue entonces cuando entré en el baño.

Era horrible. Mi gato Alto flotaba en la bañera, estaba muerto. La señora M. lo había matado. Ahogado. Estrangulado, no lo sé, el agua estaba llena de sangre. Corrí hasta la habitación. Le supliqué que me abriera. Louise había dejado de llorar. Tuve tanto miedo de que le hubiera hecho daño... Quise ir en busca de ayuda, pero la puerta de entrada también estaba cerrada con llave.

De pronto oí su voz detrás de mí. «¡Vete! Ya no pintas nada aquí.» Estaba en lo alto de la escalera. Me cerraba el paso. Le pregunté qué le había hecho a mi bebé. Me respondió que no le había hecho nada a mi bebé dado que yo no tenía ningún bebé. Que lo sentía en el alma por mí, que esperaba que algún día pudiera tener uno, pero que entretanto me pedía que dejara de acosarla. Que yo era una loca de atar que solo pensaba en una cosa: quitarle a su hija. Ahora era mejor que me fuera. Por el bien de todo el mundo. Dijo «todo el mundo» con un tono tan decidido que fue como si me manejara con los hilos de una marioneta y salí de la casa a mi pesar.

Acababa de comprender que aquella mujer mataría a Louise antes que perderla. Caminé algunos metros. Alejarme de la casa. No estar a la vista si ella miraba por la ventana. No provocarla. Que se calmara. Volví la esquina de la calle y me senté en un banco para tratar de reponerme.

Pero ahí, justo delante de mis narices, vi unos soldados con botas negras y guantes verdes. No era posible, no podían estar ahí. Los seguí y fui a parar a los Campos Elíseos. Era como una prolongación de mi pesadilla. Tanques, camiones, carros blindados de la Wehrmacht por todas partes. Colocaban ametralladoras en los cruces. Soldados de infantería y caballería se repartían por las calles. No podían ser ellos: los periódicos hablaban de soldados raquíticos, enfermizos, mal pertrechados. Aquellos eran orgullosos y como castillos, guapos, cubiertos de armas relucientes y cuero nuevo. Pero reconocí aquella lengua metálica de acento cortante. Los alemanes estaban ahí. París estaba ocupado. Y ella no me lo había dicho. Los miraba con ojos como platos. Absurdos turistas, sacaban fotos. Pensé que iban a detenerme. Pero ni siquiera me miraban. Yo era la única cabeza erguida sin uniforme. Los pocos transeúntes con que me crucé andaban a buen paso con la mirada clavada en el suelo. No sé cómo hice para no venirme abajo. Tenía tantas ganas de dar media vuelta, de ir a buscar a Louise...

Bajé siguiendo la avenida. Tomé el puente de la Concordia. Crucé el Sena. Ante mí, una docena de soldados alemanes habían subido al tejado de la Asamblea Nacional. Habían desplegado la inmensa *Deutschland siegt an allen Fronten*. No entendía qué significaba, pero en cualquier caso daba mala espina. Eché a andar por el boulevard Saint-Germain. Empezaban a clavar sus carteles en alemán. Para indicar las direcciones. Soldados que, como monos, colgaban banderas nazis. Negras, blancas, rojas, las cruces gamadas comenzaban a ondear por todas partes. Enormes, algunas empezaban en el tejado de los inmuebles y llegaban a las aceras. Ya no se veían las fachadas. París, la ciudad sin paredes. La cruz gamada me hacía pensar en un laberinto con todas las salidas bloqueadas, y yo seguía andan do. Veía a la gente en su casa, con la nariz pegada al cristal, aterrorizada. Deambulaba por la ciudad como un autómatas desvencijado. Boulevard Raspail. Colgados de los capós de los coches alemanes, quepis y cascos franceses, siniestros trofeos. Me crucé con prisioneros. No me atreví a mirarlos. Tenía miedo de reconocer a alguno. El sol era abrasador. Me habría gustado tragar el aire a grandes bocanadas, pero no me atrevía a respirar. Me senté en varias ocasiones para recuperar fuerzas. Los aviones daban vueltas alrededor de mi cabeza. Había automóviles que anunciaban que después de las ocho de la tarde cualquier persona que permaneciera en la calle sería ejecutada. Rue des Plantes. De repente dejó de haber carteles, banderas, agitación alemana, y se hizo el vacío, el silencio en las calles sin nadie, los postigos cerrados. Si aún no habían tenido tiempo de marcar su territorio, allí estaban en ello. Perros asquerosos. Rue de la Sablière. Rue Hippolyte-Maindron. 3. 14. 32. 46. No sé cómo hice para dar con el taller de Alberto. Rue Hippolyte-Maindron, número 46. Quizá eran todavía los hilos de la marioneta. Un día ella me enseñó en el plano dónde vivía. Había recorrido el camino varias veces en mi imaginación, entré en el pequeño pasaje, en el pequeño patio. Quería contarle todo a Alberto. Pensaba que él me creería y me ayudaría a recuperar a Louise. Haría que la señora M. entrara en razón, él la conocía bien. Pero no estaba allí.

No sé cuánto tiempo estuve esperándolo, tumbada ante su puerta. Dos días. Tres días. Me despertó zarandeándome. Entró en su taller tirándose al suelo y buscando como enloquecido. Había enterrado sus estatuas. Aquellas que más apreciaba. Continuaban allí. Sintió un alivio tal, había visto tantas casas saqueadas... Estaba seguro de que había sido gracias a mí. No me preguntó qué estaba haciendo allí. Era como si aquello fuera normal. Como si

hubiera ido a tumbarme a la puerta de su casa para custodiar sus tesoros. Como un buen perro. Estaba demasiado alterado por lo que acababa de vivir para hacerme ninguna pregunta.

Se habían ido de París en el último momento. Cuando quedarse se había vuelto demasiado peligroso. Cuando ya no había duda de que los alemanes iban a plantarse allí. Cogió su bicicleta y se marchó con Diego, su hermano. Pretendían llegar hasta Burdeos y embarcarse hacia América. Pero en las carreteras reinaba el caos. Miles y miles de personas huían. Los stukas pasaban sobre sus cabezas. Llegaron a Étampes al final de un ataque. Todos los edificios estaban en ruinas. La gente chillaba. Había pedazos de cadáveres por todas partes y un autocar lleno de niños calcinados. No se detuvieron. Siguieron pedaleando en medio de los charcos de sangre que cubrían la carretera. Por todas partes reinaba el pánico. Tumbado en la cuneta, en medio de una multitud de refugiados, Alberto había dejado de tener miedo a morir. A él, que tan a menudo pensaba en la muerte, la presencia de los demás le infundió valor. Si alguien tenía que morir, estaba dispuesto a lo que fuera más que ningún otro. En cuatro días no habían recorrido ni trescientos kilómetros. Habían seguido el movimiento general y se habían apartado de la carretera de Burdeos. Llegaron a Moulins, pero al día siguiente por la tarde los alemanes ocupaban la ciudad. Se acabó, la huida ya no era posible, así que Alberto decidió volver de inmediato a París. Puestos a ser prisionero, mejor serlo en su taller. El viaje de regreso fue todavía más terrible. En la carretera, coches, cadáveres, montañas de maletas abandonadas, la cabeza cortada de un hombre con barba, un brazo de mujer con una pulsera de piedras verdes aún en la muñeca, restos de caballos abotargados. El hedor era monstruoso. Pasaron la primera noche en un campo al lado de la carretera; la peste de los cadáveres era tan fuerte que no pudieron dormir. Volvieron a ponerse en marcha y me encontraron dormida delante de la puerta. Eso es todo. Y yo, ¿qué estaba haciendo yo ahí?

La pregunta llegaba demasiado tarde. Yo ya solo pensaba en aquello.

¿Se habría comprado mamá una pulsera verde esmeralda?

¿Se habría dejado crecer la barba papá?

Estaba aterrorizada. Y además, ¿qué podía decirle yo después de todos los horrores que él acababa de contarme? Pues yo no he visto un solo cadáver. En cambio tu amiga acaba de echarme de su casa, donde he estado encerrada durante seis meses, y se cuidó muy mucho de avisarme de que los alemanes nos invadían, ¿entiendes? «No habría sido bueno para el bebé»... Y yo no me

di cuenta de nada, lo único importante era mi bebé. ¿Qué bebé? ¡Ah, sí! ¿Que qué bebé? Pues el que tuve por ella, claro. Se llama Louise. Pero si vas a verla, te dirá que no es mi hijo sino el suyo, que estoy completamente loca y quiero quitárselo, que siempre he tenido celos de ella. Y si preguntas a la gente de su entorno, todo el mundo te dirá que miento, que ellos han visto perfectamente que estaba embarazada.

No podía decirle eso. ¿Y si no me creía? Cerré los ojos. Si los alemanes acababan de entrar en la ciudad, a lo mejor yo no había dado a luz. A lo mejor todo eso no era más que un shock. Un trauma. El desfase entre mis sensaciones y las sensaciones del resto del mundo era tan terrible que empecé a dudar de lo que había vivido. Pero mis senos doloridos probaban que sí, que Louise existía. Y entonces, ¿qué debería haber hecho? ¿Mostrarle a Alberto que mis senos estaban desbordantes de leche? ¿Abrirme de piernas para que comprobara que no eran las carreteras llenas de sangre que él acababa de recorrer pero que tampoco era muy agradable que dijéramos? Si quieres que te diga la verdad, ni si quiera lo pensé. ¿Se había comprado mamá una pulsera verde esmeralda? ¿Se había dejado crecer la barba papá? Tenía que volver a casa lo antes posible.

Le pedí a Alberto su bicicleta. Pero no quiso que me marchara sola. Era demasiado peligroso, y además estaba tan pálida... ¿Me sentía bien?

Él no podía saber que ya no sentía ninguno de mis dolores. Que no vería nada. Ni los cerdos escarbando entre los cadáveres. Que no tendría miedo de nada. Que me habían arrebatado a mi hija y que mis padres tal vez estaban muertos. Esperé a que se durmiera y me escapé. Ya volvería para devolverle su bicicleta. Él la necesitaba menos que yo. Él había encontrado sus esculturas. Yo tenía que encontrar a mis padres.

Louise nació el 16 de mayo de 1940.

Yo nací el 28 de junio de 1940.

Tuve tanto miedo de que aquellas cartas estuvieran hablando de mí...

Y además, mi padre no era periodista: después de la guerra se había hecho cargo de una imprenta.

Es verdad que mis abuelos murieron antes de que naciera, pero yo no era la única en el mundo que no había conocido a sus abuelos. Mi hija tampoco conocería a los suyos.

Y, sobre todo, yo tenía un hermano, mi Pierre del alma, la mejor prueba de que mi madre no era estéril.

Esa noche cenaría con Nicolas, sería la primera vez que lo vería después de todas esas semanas. Le contaría esta historia, seguro que se reiría de mí. Tú siempre tan propensa a montarte películas, me diría.

¿Encontraría el valor de responderle que a lo que era propensa últimamente era a montarme películas de niños?

No iba a poder ocultárselo mucho más tiempo, mis jerséis más amplios pronto no lo serían bastante. Si pensaba volver a tener en su cama a una mujer de vientre liso, se iba a llevar un buen chasco. El embarazo, para los hombres, es ante todo un cuerpo de mujer que pierden.

**Mi padre** estaba sentado en la cocina. Cuando entré, se puso en pie de un salto, no era a mí a quien esperaba. Mamá había desaparecido. Había recorrido todo el pueblo sin encontrar ni rastro de ella. Estaba desesperado. Seguramente había huido, como los demás. Todo estaba patas arriba cuando llegó a casa, los fugitivos lo habían saqueado todo, hasta el último cuchitril. Hacía dos semanas que había vuelto a N.

El 3 de junio de 1940 los guardias los sacaron al patio de la cárcel. El gobierno no quería que cayeran en manos de los alemanes porque era seguro que los liberarían. Desde el pacto germano-soviético, los teutones llevaban a los comunistas en palmitas. Debían ir a otra prisión, tenían que caminar deprisa, los guardias los golpeaban, los abroncaban. Era a última hora de la mañana, atravesaban París cuando, de pronto, uno de los vigilantes lo empujó fuera del grupo y le dijo que se largara a toda prisa, que la suerte no llama nunca dos veces a la misma puerta. Lo habían soltado, todavía no se explicaba por qué misteriosa razón, pero era libre, eso era lo que importaba.

Yo no entendía nada de lo que me estaba contando. Ni por un segundo se me había pasado por la cabeza que mis padres pudieran estar separados. Que mamá fuera quizá uno de los cadáveres al lado de los cuales había pedaleado con todas mis fuerzas para llegar a casa lo antes posible.

«Tus padres están bien.» La señora M. siempre me había hecho llegar las mismas noticias. Sucia mentirosa, y Jacques que supuestamente velaba por ellos.

Si me hubiera dicho que mi padre estaba en la cárcel, habría vuelto a casa en el acto, junto a mamá. Ella lo sabía. Nada habría podido retenerme. Ni ella. Ni mi embarazo.

Tenía razón al pensar que su silencio era extraño. Pensaba que mi padre me guardaba rencor; estaba preso. Pensaba que mamá se pasaba los días defendiéndome. Debía de pasárselos conteniéndose, conteniendo sus ganas de escribirme, para no aguarne «mi estancia en Colliure», que ella se figuraba maravillosa. Que yo regresara antes de lo previsto no traería de vuelta a mi padre, debía de repetirse para sí. Por eso no me había enviado ninguna carta. Pensaría que no me extrañaría. Mi padre había sido muy claro en ese aspecto el día en que me fui.

Las mentiras de la señora M. se me mostraban en toda su monstruosidad. Lo mucho que se había esforzado para con seguir a Louise me permitía imaginar lo mucho que se esforzaría por quedarse con ella. Aquella perspectiva me aterraba. Mi padre preso. La victoria de los alemanes. La ocupación de París. ¿Qué más me habría ocultado? ¿Qué otras cosas descubriría?

Pero mi padre también me había mentido. Después del pacto, me juró que había abandonado el partido. ¿Por qué no había mantenido su promesa? No lo habrían detenido. Mamá no habría desaparecido. Él la habría protegido. De pronto, empecé a gritarle. Stalin, Stalin, lo único que le importaba era Stalin. ¡Debía de estar contento ahora que los nuevos amiguetes de Stalin quizá habían matado a mamá! ¡Oh, perdón, quizá habría que considerarlo un honor después de todo!

—¡Cállate!

Mi padre me dio una bofetada y me llevó a rastras del pelo hasta su mesilla de noche. Abrió el cajón. Allí estaba su carnet del partido, roto en mil pedazos.

—No te mentí. Les dije a los gendarmes que esa época había terminado, pero se rieron. Me dijeron que a ellos no se la daba con queso, que eso de romper un carnet no quería decir nada. Y además, que lo que fuera hoy día les traía al fresco, que había sido un rojo de mierda, un traidor a la patria, y que eso bastaba. ¡Eso fue lo que pasó! Declaraciones derrotistas. Sentencia firme de dos años de cárcel. Dos mil francos de multa. No pude hacer nada para impedir que esos cabrones me empaquetaran. Y todo porque en el café se me ocurrió decir que los chicos de la Línea Maginot eran unos inútiles que preferían echar una partidita a trabajar...

De pronto mi padre dejó de hablar. Por la manera en que me miró, rogué para que no siguiera adelante. Para que no dijera lo que sabía que iba a decir.

—Pero por Dios y todos los santos, abre los ojos, hijita. ¿O es que crees

que tú no tienes ninguna culpa en toda esta historia? Es muy bonito echarles todas las culpas a los demás, pero no has pensado que si no te hubieras ido con tu ricachona, tu madre no se habría quedado sola...

Era la segunda vez en mi vida que veía llorar a mi padre. La primera fue por lo del pacto.

Yo había tratado de diluir mi responsabilidad en la suya. Pero sabía que era culpable. Me había ido por propia iniciativa; lo único que había hecho él era pagar el pato de una farsa política ante la que no había podido hacer nada. El comunismo se había convertido en el enemigo número uno: a falta de guerra, había que declarar alguna guerra. Anochecía.

Después de un largo rato, mi padre me puso la mano en el hombro. No había luz, fue a buscar una vela: ahora que éramos dos, valía la pena la vela. Me dijo aquello haciéndome uno de esos guiños suyos que yo conocía tan bien. Más triste de lo normal. Pero aun así un guiño. Y además íbamos a celebrar que había vuelto, no había mucho que llevarse a la boca, pero algo encontraríamos. Me apretó fuerte el hombro. Su última muestra de cariño. Me preguntó si, por lo menos, había pintado mucho durante todo ese tiempo, si el caballete no se me había quedado demasiado pequeño. Le parecía que había crecido. No tuve fuerzas para responderle. Él no tuvo fuerzas para ir a buscar la vela. Volvió a sentarse y nos quedamos allí. Sin hablar. En la oscuridad. Si hubiera sabido cómo había crecido yo... Vi claramente que no estaba al tanto de lo de Louise.

Esperé a que fuera a acostarse para abrir el baúl de las telas de mamá. Si no se había ido con mis cartas, allí es donde las encontraría, encima de los retales, junto a su Biblia. Ya no había telas ni Biblia, pero mis cartas sí estaban ahí. Atadas con una cinta blanca para mantenerlas juntas. Todas menos la última. La única importante. Aquella en la que le contaba todo.

Entonces comprendí que Sophie no la había echado al correo.

Si mamá hubiera sabido lo mío. Lo del bebé. No se habría ido. Estoy convencida. Me habría esperado. No tenía sueño, necesitaba que me diera el aire. Andar. Tenía el cuerpo dolorido. Estaba como si me hubieran dado una paliza. Me sentía consumida. Pero aquello no dejaba de dar vueltas en mi cabeza. La guerra, era la guerra, la de verdad. Intenté no escuchar los aullidos de gatos y perros. Deambulaban, vagabundos, por todo el pueblo. La gente los había abandonado en su huida. Y aquellas vacas que hacía días que ya nadie ordeñaba, y que mugían de dolor. Como yo. Me dolían los pechos. La leche me resbalaba por la blusa. Me desplomé ante la verja de L'Escalier. Llegué hasta

allí sin pensar. Lloré tanto... Llamaba a mamá.

Durante semanas esperamos a que regresara. Recé con todas mis fuerzas por que estuviera bien. Porque hubiera encontrado refugio en algún sitio. Cada día había alguien que volvía al pueblo. Pero nadie dijo nunca haberla visto.

Al cabo de cierto tiempo, hicimos lo que todo el mundo: poner anuncios en los periódicos. Era el único recurso que nos quedaba. Pero realmente no sabíamos qué escribir. No sabíamos nada. Ni adónde se había ido. Ni cuándo. Ni cómo iba vestida. En cuanto a eso, yo había intentado deducirlo. Mamá no tenía muchos vestidos, habría podido comprobar cuál faltaba. Pero ante la puerta abierta del armario cojo, me di cuenta de que ya no conocía su guardarropa. Que hacía meses que no prestaba ninguna atención a aquella a quien ahora decía amar con todo mi ser. No puedes reprocharle a la vida que te arrebate las cosas que has dejado de mirar.

Sin embargo, si pretendíamos tener alguna oportunidad de dar con ella, debíamos escribir algo en aquel anuncio. Así que pusimos su nombre. Su edad. Sus canas. De eso estábamos seguros. Su lunar en la nuca, en el nacimiento del pelo. Y hasta su diente roto, el colmillo derecho. Su Biblia, quizá. En cuanto a eso no había nada seguro. Podía haberse ido con ella y haberla perdido por el camino. Y sobre todo, sobre todo, los gastos pagados del telegrama: que el dinero no fuera obstáculo para que nos llegara cualquier noticia de ella. Y continuamos esperando. Hasta aquel viernes 30 de noviembre de 1940.

Me acordaré siempre de esa fecha, Louis, no fue mucho después de que tú volvieras. También estaba preocupada por ti. No te imaginas lo contenta que me puse. Por primera vez en todos esos interminables meses, pensé: «Todo va a salir bien. Todo va a salir bien. Louis ha vuelto. Ahora todo va a salir bien. También mamá va a volver». Y entonces recibimos el telegrama. La única noticia de ella que no queríamos recibir.

lamentamos comunicar stop eugénie gallois muerta stop bombardeo stop efectos personales llegarán por correo stop

La duda. Insoportable. Cuántos días más. Y luego el paquete. Su Biblia. Su alianza. Algo de dinero. Y el dedal que yo le había regalado y del que nunca se separaba. La certeza. Mamá estaba muerta.

Mi padre y yo no nos hablábamos mucho, pero a partir de aquel día todo terminó. Le di la alianza de mamá. Él me la tiró a la cara.

—Uno está casado con alguien vivo, no con una muerta.

Aquello fue el fin de mi vida de familia. Nunca volveríamos a ser «los tres», nunca podríamos ser «los dos». Unos extraños que se juntaban a la hora de comer, en eso nos convertimos. Y ni siquiera comer nos permitía dar un sentido a aquel patético cara a cara.

Mi padre recogió un perro vagabundo, le tiraba trocitos de comida: siéntate, tumbate, la pata, buen perro... Esas eran las únicas palabras que salían de su boca. Yo estaba ahí, pero era como si me hubiera borrado de su vida. Parecía haberse acostumbrado. Yo no. Me consideraba responsable de la muerte de mamá. Yo no podía decir nada. En cierto modo tenía razón. Yo tenía la sensación de hacerlo todo peor que ella. Su recuerdo lo impregnaba todo. No podía quedarme ahí. Bajo la mirada de mi padre, que ya no me veía, el remordimiento me iba matando lentamente. Y por Louise tenía que seguir con vida. Por eso me marché. Perdóname, Louis, perdóname por haberme ido del pueblo sin decirte adiós. Pero si hubiera ido a verte, te lo habría contado todo. Y no quería implicarte en esta historia. Ya solo pensaba en una cosa: recobrar a mi hija.

No sé cómo fui capaz de leer esa carta hasta el final.

La terminé exangüe, destrozada, haciendo una y otra vez el mismo gesto, pasándome una y otra vez el dedo por la nuca, por el nacimiento del pelo.

Por mi lunar.

Annie me dejó ante la entrada de los baños municipales, no sin repetirme varias veces que volvía enseguida. La esperé en el café de enfrente, todavía conmocionado por lo que acababa de contarme.

Me preguntaba qué había podido hacerle a Sophie para «hacerle pagar» el que no hubiera enviado la carta; había tanto odio en su mirada cuando había dicho aquello... Lo que imaginé estaba muy por debajo de la realidad; toda mi vida me sentiré culpable por haber sido el responsable.

Un cuarto de hora después de haberse ido, Annie golpeaba el cristal junto a la mesa a la que me había sentado. Me sonreía, se había puesto un poco de carmín. Estaba guapa, aún más guapa que en el pueblo. Era afortunado su marido. Me resultaba raro verla utilizar esos artificios, realmente ahora era una mujer. Pero yo también me había convertido en un hombre; siempre resulta un poco triste la prueba de que uno envejece; incluso cuando se es joven, e

incluso cuando se es hombre.

Me hizo señas de que me reuniera con ella. Olía bien. Había oído hablar de un restaurante donde aún podían encontrarse cosas ricas para comer; iba a retomar su relato cuando la interrumpí, tenía que confesárselo entonces, luego sería demasiado tarde:

—Fui yo quien te escribió ese telegrama. Tu madre murió ante mis propios ojos.

Annie soltó su tenedor, estupefacta.

Al menos tenía que restablecer una verdad en aquella historia plagada de mentiras, no podía decirle lo de la carta que ella había enviado a su madre, pero lo del telegrama tenía que explicárselo todo.

Cuando se produjo el éxodo, mi madre insistió en que me marchara del pueblo, no podía soportar la idea de que cayera en manos de los alemanes, como ellos en el 14. De no haber estado en el frente, estaba segura de que mi padre también me lo habría pedido. Ella se quedaría en el pueblo con mis hermanas, era su deber. Había cerrado la mercería para hacerse cargo de la clase de los pequeños: un buen día, la señorita E. no apareció, se esfumó, como los demás.

Mi madre me repetía que mi caso era diferente, que yo no huía como todos esos cobardes, que yo me iba para defendernos si el asunto degeneraba, era mi deber acatar las órdenes de las autoridades. «Todos los jóvenes de más de dieciséis años deben sustraerse al enemigo.»

Debía emprender camino con cuatro amigos que también habían decidido marcharse. En realidad no sabíamos adónde ir; pretendíamos al menos cruzar el Sena para ponernos fuera del alcance de los alemanes, todavía pensábamos que el ejército los detendría antes.

Le prometí a la madre de Annie que pasaría a despedirme de ella. Estaba sentada en la misma banqueta que la tarde en que me confesó que no sabía leer, en el pasillo. Llevaba puesto el abrigo y tenía una pequeña maleta entre las piernas. Estaba esperándome. Si yo todavía no sabía adónde ir, ella sí lo sabía. A Colliure, al encuentro de Annie. ¿Quería ir con ella? De todas maneras, ella se iba. No valía la pena que intentara hacerle cambiar de opinión, los últimos bombardeos la habían convencido. No se quedaría un minuto más esperando a que los lanzallamas de los teutones vinieran a lamerle el trasero, y mucho menos ahora que la mercería estaba cerrada y que se quedaba sin sus ojos inteligentes, así es como me llamaba, «sus ojos

inteligentes». ¿Nos despedíamos ahora o íbamos juntos a buscar a Annie?

No podía abandonarla, sola no lo conseguiría, pero tampoco podía imponérsela a mis amigos; no me fui con ellos. Podíamos hacer juntos una pequeña parte del camino, hasta la estación.

La gente gritaba, se pisoteaban, se pegaban, el que lograra subirse al tren podría huir, existía el riesgo de que los alemanes aparecieran de un momento a otro. Bombardeaban con saña los convoyes ferroviarios. Decidí tomar la carretera general, una multitud en marcha me parecía menos peligrosa que una multitud que te pisoteaba.

Nos incorporamos a un grupo de buenas gentes del lugar. Lo habían amontonado todo de cualquier manera sobre sus carros: víveres, muebles, la jaula del canario, dos conejeras, dos ancianas y un niño. Muy amables, le hicieron un huequecito a tu madre para que pudiera sentarse. Avanzábamos lentamente, seguidos de unas cuantas cabras incansables. Todos tenían miedo. El tercer día atravesamos una aldea abandonada. Delante de la farmacia, un hombre harapiento ordenaba meticulosamente las medicinas, por colores, y cada vez que miraba a alguien decía: «Una inyeccioncita, señor Ton-ton, nada más que una inyeccioncita». Y en la plaza, una mujer y un hombre, también vestidos con andrajos y alpargatas, respondían «Juana de Arco» y «Napoleón» cuando se les preguntaba por su nombre.

Eran locos que se habían escapado de un manicomio porque los enfermeros los habían abandonado en su huida. Pero de repente la Juana de Arco en cuestión se puso a chillar tapándose la cara con las manos.

—¡Aviones! ¡Aviones! ¡Aviones!

Efectivamente, unos puntos negros destacaron entre las nubes. Una escuadrilla de varias docenas de stukas con las alas en W y un zumbido sordo venía hacia nosotros. El pánico se adueñó de todos.

—Me cago en la puta, van a por ustedes, quítense el uniforme, espabilen.

Un hombre la tomó con un grupo de soldados en desbandada que se habían unido a nosotros.

—Los militares que se apañen y se peleen entre ellos, panda de cabrones. No vale eso de pegarse a los civiles y atraer a esos jodidos stukas.

Seguramente habrían llegado a las manos si los famosos «jodidos stukas» no se nos hubieran echado encima. Grité a tu madre que bajara del carro. Intenté abrirme camino hasta ella. Ella andaba todo lo rápido que era capaz, pero no podía correr. Yo oía cómo silbaban las ráfagas de las ametralladoras. Veía cómo saltaba la tierra a mi alrededor. El bombardeo fue aterrador.

Cuando volvió la calma, cada cual, tratando de reponerse, buscaba con la mirada a sus seres queridos. Yo me sentía tan aliviado... Tu madre estaba en la cuneta, a unos pocos metros de mí, sana y salva, recitando un acto de contrición. Por lo demás, no había más que alaridos. Napoleón y Juana de Arco se revolcaban por el suelo aterrorizados, como locos que eran. Y en medio del guirigay, los gritos aún más espantosos de una niñita, con su madre cubierta de sangre a sus pies, muerta. Detrás de mí, un ruido extraño, como minúsculas ráfagas de metrallera. Me di la vuelta, eran unas abejas que se afanaban en círculos absurdos alrededor de su colmena, destrozada por el ataque. Era una visión tremenda, una escena apocalíptica. Pero de repente oí nuevos gritos, más frescos, más vivos. Surgido de ninguna parte, seguramente liberado de su cercado por las bombas, un caballo acababa de echar abajo el seto que lo separaba de nosotros; estaba enloquecido. La gente corría en todas direcciones tratando de evitarlo. Cuando busqué a tu madre con la mirada, ya no se encontraba a mi lado. Estaba consolando a la niña cuya madre yacía a sus pies. El caballo se abalanzó directamente sobre ellas. Todo sucedió muy deprisa, no pude hacer nada. Tampoco ella tuvo tiempo de reaccionar. Cuando lo vio, era demasiado tarde. Se echó sobre la niña para protegerla con su cuerpo, recibió una coz en la base del cráneo. Murió en el acto.

—Confíe en no tener que volver a verte, me siento tan culpable... Pero cuando volví a N., allí estabas, habías regresado de tu «viaje» con la señora M. No te reconocí, parecías tan cansada, tan triste... Todos los días leía vuestro anuncio en *La Gazette* y terminé por responder. Con aquel telegrama. Porque era demasiado cobarde para decírtelo a la cara. Porque no quería convertirme en el que te anunció la muerte de tu madre, sé que es imposible considerar de otra manera al portador de una noticia tan terrible. No fui capaz de protegerla, te ruego que me perdones.

—Tú no tienes la culpa.

Annie se encontraba en estado de shock, pero parecía estar pensando en algo.

—¿Qué día me has dicho que os marchasteis?

—El 23 de mayo.

—Justo lo que yo decía: si Sophie hubiera echado al correo mi carta al día siguiente del parto, como me prometió que haría, mi madre la habría recibido y no se habría ido, me habría esperado. Ya ves que tú no tienes realmente la culpa.

¿Podría Annie culpabilizarme aún más?

De pronto noté que el camarero me daba unos golpecitos en el hombro.

—Perdonen que insista, jóvenes, pero ahora sí tienen que levantarse, vamos a cerrar.

Eran ya las doce menos cuarto de la noche, no nos habíamos percatado del paso del tiempo. Éramos los últimos, ya estaban todas las sillas encima de las mesas. Mientras la puerta del restaurante se cerraba detrás de nosotros, los altavoces de los coches de policía pregonaban por las calles: «Atención, atención, todas las personas que permanezcan en las calles después de medianoche serán conducidas a comisaría y encerradas hasta las cinco de la mañana».

Tanto para volver a mi casa como a la de Annie teníamos aún para más de un cuarto de hora: ella prefirió que fuéramos a la mía. ¡Pues claro! Su marido debía de haber vuelto. ¿Y si ya no lo amaba? Aquel pensamiento me pasó de repente por la cabeza.

Corrimos hasta el metro, conservo de aquella carrera un recuerdo tan vívido... Corríamos, nos mirábamos, corríamos, nos mirábamos. Y una vez en el metro, sin aliento, colorados, nos entró un ataque de risa incontenible, fuera de lugar, una risa como las de nuestra infancia, cuando todavía éramos «los inseparables», como decía mi padre... esos pájaros que hay que comprar por parejas porque si no se mueren.

Cuando salimos del metro, eran ya las doce pasadas. Y aún nos quedaban casi quinientos metros hasta llegar a mi casa; debíamos evitar que nos cazaran. Las suelas de Annie, de madera, hacían tal estrépito que con uno solo de sus pasos todos los guardas alemanes de París se nos echarían encima. Le dije que se subiera a mi espalda. No quería, seguro que por coquetería. Yo insistí.

—¿Sabes lo que pasó la otra noche junto al parque de Luxemburgo? A las nueve y veinte.

—No.

—Un judío mató a un soldado alemán, lo destripó y se comió su corazón. Annie me miraba de una manera rara.

—Pero ¿qué dices?

—Que los alemanes no tienen corazón, los judíos no comen cerdo y a las nueve y veinte de la noche todo el mundo está oyendo la radio inglesa. Toca mis suelas.

Llevaba suelas de fieltro, estaba acostumbrado a torear el toque de

queda. Iría por el centro de la calle, para evitar a los soldados, los cuales, por su parte, patrullaban por las aceras, ya les había dado esquinazo muchas noches. Si por casualidad me cruzaba con una ronda de vigilantes, me quedaba quieto y esperaba a que se alejaran, bastaría con que nosotros hiciéramos lo mismo. En la oscuridad no ven nada. Annie se había subido a mi espalda, noté que estaba orgullosa de mí.

Intentaba no dejarme arrastrar por el pánico. Estaba claro que quien escribía esas cartas quería hacerme creer que estaba hablando de mí. Pero ¿quién querría hacerme una cosa así?

Aparte de los hombres a los que había conocido, nadie sabía lo de mi lunar, tengo el pelo largo y nunca me lo recojo. En cuanto a un posible amante-autor, siempre he tratado de evitarlo; brego todo el día con escritores, así que en mi cama, ¡no, gracias! Nicolas decía que no había lunar más bonito que el mío; le encantaba. Ya podría haberle encantado yo.

Nuestra cena había sido un verdadero fiasco. Pare ce que esta palabra se utiliza a menudo para calificar las relaciones sexuales. A la postre, más o menos es lo que había sido. Ya solo me faltaba ponerle «fiasco» a mi bebé, en recuerdo de su padre.

Nicolas hablaba entre dientes. Me acusaba de haberle hecho un hijo a sus espaldas, tenía que habérselo figurado, a mi edad las tías solo pensaban en una cosa: en su reloj biológico.

Entonces me levanté y le dije que Cenicienta tenía que volver a casa, que no perdería su zapato y que a él que le dieran, profundamente. Tan profundamente como se había hundido en mí para hacerme aquel niño.

Entre Nicolas y esas cartas, hacía varios días que apenas comía. Sin embargo, tenía que ingerir algo, por el bebé. Y ahora encima empezaba a hablar como las cartas.

Encontré dos lonchas de jamón en el frigo, otra vez aquello. Mamá siempre me decía que se reconoce a los depresivos porque comen

directamente en el frigo, así que fui a sentarme a mi mesa de trabajo, pero no en el lado donde trabajo, sino en el otro, el más cercano a la cocina, pues lo importante no era sentarme cómodamente, sino no quedarme de pie ni, sobre todo, con la nariz metida en el frigo.

Y desde esa posición empecé a comprender. Lo que demuestra que en la vida siempre está bien cambiar de punto de vista, y hablo de perspectiva, no de opinión.

Desde esa posición, de pronto vi una escuadrilla de stukas, con sus alas en forma de W.

Mientras leía, había garabateado maquinalmente un montón de W en la parte de atrás del sobre, pero vistos desde aquí los stukas ya no resultaban tan espantosos: no eran más que un batallón de M que me hacía frente, inofensivo.

La señora M.

Di la vuelta al sobre.

M W M W

¿Y si se tratara de una inicial oculta?

¿Y si resultaba que esa señora M., aquel monstruo que ese tipo me describía semana tras semana, no era sino una señora W.?

Una señora Werner, por ejemplo.

Una Elisabeth Werner, como mi madre. Bueno, «mi madre»...

Sentí unas violentas náuseas y vomité.

¿Era posible que aquella fuera mi vida? La vida anterior a mis recuerdos.

Me resistía a creerlo, pero ya no podía hacer como que no lo sabía. Aquellas cartas me revelaban demasiadas cosas, con demasiados detalles. ¡Tenía que encontrar a ese tipo, joder, tenía que explicarse!

No me decía nada de él, pero si volvía a coger todas las cartas que había recibido desde el principio, seguro que encontraba alguna pista que me condujera hasta él.

Esperé al martes siguiente con un profundo desasosiego: confiaba en que me llegara su última palabra, a la vez que la temía.

**Avanzaba** más despacio que otras noches; Annie me frenaba, no porque fuera un lastre, sino porque era ella. La satisfacción de sentir su peso en los riñones, su cuerpo contra el mío, me resultaba turbadora y el deseo me invadía. Era bonito, bonito saber que no podía bajarse, desprenderse de mí. Habría podido seguir andado así toda la noche, con nosotros dos formando uno solo. Si la mañana de aquel 4 de octubre de 1943 me hubieran dicho que

llevaría a Annie a la espalda pasadas las doce de la noche, nunca lo habría creído. Con las manos en las nalgas de Annie, caminaba lo más silenciosamente que podía mientras me acordaba del día en que pensé que la había perdido para siempre.

—Annie ni siquiera estuvo en el entierro. Su propia madre, ¿te das cuenta?

Mi hermana, a quien le encantaba cotorrear sobre cualquier cosa y dar su opinión lo menos tres veces seguidas, se contentó con decir sencillamente aquello. La muerte había pasado a ser demasiado palpable para que alguien se deleitara hablando de ella, ni siquiera mi hermana.

Sin embargo, nadie podía aceptar que una hija no asistiera al entierro de su madre. Yo sí entendía la importancia de esa última cita donde no había nadie esperándote. Y en el caso de Annie, era aún peor, ni siquiera estaba ahí el cuerpo de su madre. Nada más, en aquella iglesia, que el vértigo de la ausencia.

Annie se fue de N. el día en que se decía la misa en memoria de su madre. Yo sabía que no sólo había escapado de aquella misa, sino que se había ido, y estaba completamente decidido a ir en su busca.

No tuve ninguna dificultad en encontrar su dirección en París. En la oficina de correos, un tipo de mi edad me proporcionó la información con una sonrisa extraña. En ese momento no entendí por qué. Parecía conocer muy bien el lugar, o al menos los alrededores. En la calle perpendicular había una galería de arte, tenía que pasar por delante y luego era la primera a la derecha. En el número 65.

Llamé al timbre.

Fue la señora M. quien me abrió. Llevaba al bebé en brazos. La hija de Annie; no acababa de crearlo. No podía quitarle la vista de encima. La abrazó con más fuerza contra ella.

No, Annie no estaba allí, desgraciadamente no había vuelto a tener noticias de ella, aunque no perdía la esperanza de recibirlas algún día. No se lo reprochaba, no, ya sabía ella que un amor a menudo te aleja de las amistades, al menos en los primeros momentos, y, sinceramente, tampoco podía dar ella lecciones de nada: con un bebé pasa exactamente lo mismo. Annie debía de estar con él mientras nosotros hablábamos; él debía de haber tenido la suerte de no caer prisionero y seguramente habían logrado reunirse; ella esperaba sus cartas con tanta impaciencia...

Pero, por Dios, ¿de quién hablaba?

¡Ah, sí! Perdón, pensaba que Annie me habría hablado de aquel joven, claro que es verdad que no siempre es fácil para una joven hablar de un hombre a otro hombre, yo ya sabría a qué se estaba refiriendo... No era una historia demasiado original. Durante los pocos meses que habían pasado juntas las dos, Annie se había enamorado; él se llamaba Henri. Ella había aceptado ser madrina de guerra y, como suele suceder en esos casos, terminó enamorándose del tipo, un buen chico a juzgar por lo que Annie le había dado a leer. En cualquier caso, un chico guapo, muy guapo incluso, a juzgar por la foto que Annie le había enseñado. Probablemente ahora ya estaría casada, Annie era así, se entusiasmaba enseguida, pero eso yo ya debía de saberlo puesto que era su amigo... Su amigo de la infancia, ¿verdad?

«Sí, así era», eso escuché responderle a mi boca pastosa. «Gracias, señora, y perdone por haberla molestado.»

Y luego miré al bebé, una última vez. «Adiós, Louise.»

Al decir adiós a aquel pequeño ser, sabía que le estaba diciendo adiós a Annie.

Aquella ya no era mi historia, ahora yo también debía olvidar, si Annie había decidido dejar a su hija con esa mujer, no podía oponerme. Sobre todo porque sabía que Louise sería feliz, que la señora M. la querría con toda la vehemencia de un amor ilegítimo, de esos amores que uno puede perder de la noche a la mañana porque la ley de la sangre no los convierte en eternos.

Llegué a casa de los M. con el aplomo de un salvador, me fui de allí con la agitación del que se ve rechazado. Annie enamorada de otro, me avergonzaba de no haber pensado antes en ello. Un soldado, era normal, la virilidad estaba en el frente, el amor también. Todo había terminado. Conocía lo suficientemente a Annie para saber que si un hombre había conseguido gustarle, no viviría más que para él.

Me detuve en la tienda de cuadros de la que me había hablado el de la ventanilla de correos, los lienzos del escaparate me recordaron a los de Annie. Pero al levantar la cabeza para ver el número de la tienda, de repente comprendí qué se ocultaba ahí realmente. El tamaño del número no dejaba ninguna duda a ese respecto. Tal y como exigía la ley, era más grande que el resto de los números de la calle. Era un burdel.

Ahora comprendía mejor la sonrisa picarona del tipo de la ventanilla, y al recordar aquella expresión insistente sonreí a mi pesar. Entonces, el reflejo que me devolvía el escaparate se iluminó y mi rostro se volvió más agradable,

más bello, quizá menos que el del soldado de la foto, pero aun así no carecía de belleza. Si la pintura de otra mujer podía hacerme pensar en Annie, algún día, otra alma, otra risa, otro cuerpo me harían pensar en ella y entonces lograría volver a amar. Sonreír, seguir sonriendo, otra mujer llegaría. Recordé el cartelito pegado en el cristal de la ventanilla del tipo rijoso.

## SE BUSCA EMPLEADO RAZÓN EN EL PRIMER DESPACHO A LA IZQUIERDA

¿Por qué no? Había que empezar la vida con buen pie de una manera u otra.

Yo seguía prometiéndome que olvidaría a Annie cuando esta resurgió en mi vida y en un segundo se llevó por delante el largo trabajo de zapa que me venía imponiendo desde hacía tres años. La había ocultado en un rincón de mi cabeza, lo más lejos posible. Si me asaltaba su recuerdo —¿Tendría una familia con su guapo soldado? ¿Pensaría a veces en la niñita a la que había abandonado? ¿Pensaría a veces en mí?—, no me dejaba arrastrar. Me gustaba mi trabajo. Me gustaba mi vida. No me gustaba la época que nos había tocado vivir, pero hacía todo lo posible por luchar. Nada de hazañas de resistencia, pero sí lo que podía. En correos, estaba en posición de actuar un poco, trabajaba la primera parte de la jornada clasificando cartas y por la tarde en la ventanilla. Digamos que no les ponía fácil a los alemanes el trabajo de la censura.

Debían de ser alrededor de las tres, volvía de tomarme un descanso con Mosquito, se llamaba Maurice, pero todo el mundo le llamaba Mosquito porque no podía estarse quieto. La primera cosa de ella que vi de nuevo fue su mano, encima de una carta. Al principio no le presté atención: no podía dejar de mirar el sobre, escrutar aquella letra tan familiar. No sé cuántos larguísimos segundos pasaron antes de que pudiera levantar la vista.

No quería asistir a la escena que iba a representarse. No estaba preparado para reencontrarme con ella, todavía no era lo suficientemente fuerte para retomar mi vida después, como si no hubiera pasado nada. Ella me sonrió. Debió de leer en mi cara mi turbación por el disgusto. ¿Habría hecho alguna mueca? Su sonrisa perdió aplomo.

—Hola, Louis.

—Hola.

—Qué coincidencia encontrarse aquí. Por casualidad.

—Pues sí.

—¿Qué tal te va?

—Bien.

No fui capaz de más. No podía embarcarme en una conversación sin orden ni concierto como si nos hubiéramos visto el día anterior. Ella lo notó y, para acabar de arreglarlo, la gente de la cola se impacientaba. Se despidió de mí rápidamente. Yo estaba conmocionado. Aquello era el fin, lo presentía, el fin de mi tranquilidad, adquirida al precio de enterrar mis recuerdos un poco cada día. La odié por volver a mi vida así, sin previo aviso. Debía ser más fuerte que aquella repentina aparición. No permitirle que gangrenara nuevamente mi existencia. Se había ido sin decirme adiós y, en tres años, no había tenido una sola noticia suya. Ella había hecho su vida, yo debía continuar con la mía. Seguir tratando de no pensar; era capaz de hacerlo muy bien unos minutos antes. Aquello no debía cambiar nada.

Esa noche tenía una cita con Joëlle, mi novia de por aquel entonces. Aquello no debía cambiar nada: rompí con ella. Por mucho que pretexté que no tenía nada que ver con la reaparición de Annie, que hacía ya varias semanas que me decía que aquella chica no me convenía, nunca había roto.

Y pasó lo que tenía que pasar, me puse a esperarla. No a la chica que me convenía. No, claro. A Annie. Después de haber adoptado la costumbre de escrutar las colas en busca de su rostro, ya no hacía más que mirar las cartas o los paquetes que las manos empujaban hacia mí, para recrear las condiciones de su aparición. Pero, como siempre, Annie resurgió en el momento en que menos la esperaba.

Una semana después, aquel famoso 4 de octubre de 1943, me esperaba a la salida, en la acera, apoyada en una pared.

Así es como llegamos a aquello, como caminamos hasta su casa, donde me ofreció una taza de achicoria, donde me dejó mientras bajaba a devolver las llaves, así es como la acompañé a los baños municipales, la esperé en un café, antes de compartir una maravillosa cena, triste pero maravillosa, y así es como íbamos ahora, en aquella agradable mala postura, en que mis manos inquietas, sin moverse, nunca habían sido tan felices.

Un ruido me sacó bruscamente de mis pensamientos; unas botas se dirigían hacia nosotros, cadenciosas y agresivas, eran voces de alemanes, Annie también las había oído. Se abrazó más fuerte a mí. Me detuve en seco en

medio de la oscura calle, cuidando de que ningún halo de ninguna farola delatara nuestra presencia. Ya solo nos quedaba esperar. Notaba cómo Annie se aferraba a mí cada vez más fuerte, creí que era por el miedo, pero era por su asma, incontrolable. Empezó a toser, estrépito tremendo en medio del silencio. Gritos como ladridos y chasquidos de armas, los soldados nos apuntaron con sus linternas y nos empaquetaron.

Tras los controles de identidad, nos enchironaron. Los demás, detenidos como nosotros, se quedaron en la sala común con los guardias, hasta podían jugar a las cartas mientras esperaban a que dieran las cinco. Pero como yo llevaba a Annie a hombros cuando nos encontraron, los oficiales consideraron aquello una verdadera maquinación contra el orden alemán, un delito que excedía la mera transgresión del toque de queda. No traté de salir en nuestra defensa, más valía que se olvidaran de nosotros, aún no se les había ocurrido echar un vistazo a la suela de mis zapatos.

Nuestras celdas estaban una junto a la otra. La de las mujeres a un lado; al otro la de los hombres. Otra vez el colegio y de nuevo los mismos códigos. Estábamos sentados cada uno a un lado de la pared. Annie no dejaba de repetirme que no nos sucedería nada, que a unos amigos suyos les había pasado y que los habían soltado. Era tan dulce, Annie... No quise asustarla. No iba a decirle que sus amigos habían tenido suerte, simplemente, que nadie se había excedido contra los alemanes la noche en que los hicieron prisioneros. De lo contrario, a sus amigos, que tan bien parados salieron, los habrían fusilado irrevocablemente a las cinco de la mañana, a título de represalia. No iba a decirle que lo que no les había pasado a sus amigos podía perfectamente sucedernos a nosotros.

—¿Louis?

—Sí.

—No entré en tu oficina de correos por casualidad.

Por lo visto, todavía no habían terminado las revelaciones.

—Sabía que estabas trabajando ahí. Me lo dijo tu madre cuando volví al pueblo a buscarte. También fui para ver a mi padre. De lejos. Es curioso: actualmente, veo vivir desde lejos a todas las personas a las que quiero. No quería que pasara lo mismo contigo. Me pareció más pequeño, mi padre. Espero que fuera la distancia. No la vejez. No me acerqué a él porque mi vida no era bonita. Pero ahora es distinto, ¿verdad? ¿Louis?

—Sí.

—¿Volveremos a verlo los dos juntos?

—Claro.

—Y me ayudarás a recuperar a Louise.

—En cuanto salgamos de aquí.

—No, así no. Quiero hacer bien las cosas, por Louise. Y también por ti.

—¿Qué quieres hacer?

—Nosotros... ¿Te acuerdas de cuando jugábamos a «punto-rama»?

Y entonces la oí murmurar en voz baja, para no despertar a los guardias, aquel código que empleábamos de niños para que nadie nos entendiera.

rama punto rama punto (C)

punto rama (A)

punto punto punto (S)

punto rama (A)

punto rama punto (R)

Ya está. Habíamos llegado al guapo soldado, yo no tenía ganas de abordar el tema, pero no podía evitarlo indefinidamente. Al menos debía admitir su delicadeza a la hora de decírmelo.

—¿Y por qué no te ha ayudado él a recuperar a tu hija?

—¿Quién?

—Tu marido.

—Pero si yo no tengo marido.

—¿No estás casada?

—Acabo de decírtelo.

Yo estaba alucinado. Estaba completamente convencido de lo contrario. Entonces, ¿su alianza?

—Pero si es la alianza de mamá. Ya te dije antes que papá me la tiró a la cara cuando recibimos el paquete. Bueno, quiero decir... tu paquete. La guardé.

Me sentí sumamente incómodo y sumamente feliz.

—Entonces... ¿no tienes a nadie?

En ese punto, me acuerdo muy bien de lo prolongado de su silencio, creí que quería contestarme en «punto-rama» pero que se había olvidado del código. No era eso, se había quedado muda de la emoción.

—Amé a alguien, pero eso terminó.

Entonces la oí sollozar. No sabía qué decir. No podía creerlo. Adiós al soldado guapo.

—No llores, Annie.

—¿No es verdad, Louis, que en la vida del otro hay un pasado que cuenta y otro que no?

—Por supuesto.

Esa no debía de ser la respuesta que ella estaba esperando. Siguió llorando, yo pensé que era por su guapo soldado, pero era por mi silencio.

Balbuceó:

—¿Así que no quieres...?

Solo en ese momento entendí lo que no podía entender de tanto como lo había esperado, y farfullé igual de intimidado que si el cura hubiera estado entre nosotros...

punto punto punto

punto punto

¿Es necesario que le traduzca mi respuesta?

SÍ

*Fue el año en que cumplí los doce años; Annie tenía dos años menos que yo, dos años menos unos pocos días. Aquel año, en el centro del mundo estábamos Annie y yo. A nuestro alrededor sucedían montones de cosas que me daban completamente igual. En Alemania, Hitler se convertía en canciller del Reich y el partido nazi en partido único. Brecht y Einstein huían mientras se construía Dachau. Ingenua pretensión de la infancia la de creerse al resguardo de la historia.*

Ese año era el año 1933, lo había comprobado.

Si Louis tenía doce años, eso quería decir que hoy tendría cincuenta y cuatro, más o menos la edad de la señora Merleau.

«Louis» era su verdadero nombre, «Annie» también, lo presentía; ese hombre no mentía, solo ocultaba una parte de la realidad, cuando esta podía hacer daño.

Así pues, buscaba a un tal Louis de cincuenta y cuatro años, no era mal comienzo, pero no llegaría muy lejos con eso.

La única solución que se me antojaba era encontrar el pueblo de «N.». Ahí mi intuición también me decía que se trataba de la inicial correcta, no

hacía falta andar poniéndola cabeza abajo, no ocultaba ningún secreto aparte de las cartas que la acompañaban.

Una vez allí, alguien habría que pudiera facilitarme el nombre del médico o de la mercera de por aquel entonces; y si nadie podía darme razón, me quedaría el ayuntamiento. Consultaría el registro civil y, una vez tuviera el nombre, sería un juego de niños remontarse hasta Louis. Y luego le obligaría a decirme lo que sabía, sin dejar de mirarle a los ojos, y veríamos si su historia seguía sosteniéndose.

*Unas dos semanas después, tuve una nueva prueba de que algo iba mal. Esta vez era el coche de su marido el que estaba en la alameda. Normalmente, cuando yo llegaba, él ya se había ido al periódico.*

Por tanto, «N.» estaba a menos de dos horas de coche de París; de lo contrario, el señor M. —¿mi padre?— no habría podido ir y venir cada día de su casa a la redacción. Me parecía un poco lejos, pero entraba dentro de lo posible y debía empezar buscando por lo más alejado.

*Jacques se había quedado en L'Escalier. Era él quien subía una vez a la semana para traerme noticias de mis padres, pero no lo veía nunca, solo oía su voz.*

Si me fiaba de esa expresión, podía descartar el norte. Así que debía concentrarme en el sur, el este y el oeste de París. Sin descartar volver sobre ello más tarde en caso de que no encontrara nada.

Y quizá Jacques, el cumplidor Jacques, estuviera todavía allí, al cargo de L'Escalier, a pesar de los años transcurridos, sin perder la esperanza de que los amos regresaran. Quizá él supiera dónde encontrar a Louis. Quizá él pudiera darme todas las explicaciones que me faltaban.

Salí a comprar un mapa de carreteras en el que tracé un semicírculo con ayuda de un compás: dos horas de París, hacia el sur. Mi abanico de búsqueda seguía siendo demasiado extenso.

Noche tras noche me quemaba la vista a la luz de la lamparilla de mi cabecero: los pueblos que empezaban por N. eran muchos, me llevaría meses visitarlos todos. Estaba desmoralizada, miraba mi lámpara. La primera noche

que Nicolas vino a casa, cambié la bombilla por otra de menor intensidad, más «romántica». Más me habría valido dejar la bombilla blanca, buena y gorda que tanto afeaba; puede que no hubiéramos hecho el amor, pero al menos ahora podría leer el puto mapa de carreteras que se nublaba ante mis ojos. Me miré la tripa, incómoda, como cada vez que me asaltaba un mal pensamiento, perdón, bebé, por supuesto que estoy feliz de que existas.

De pronto sonó, estridente, el timbre de mi piso.

¿Nicolas? Anda, mira, también mi pueblo empieza por N.

—¡Somos nosotras! Vamos, abre, Camille, traemos un montón de cosas de comer... ¡y de beber!

Eran mis amigas, muy propio de ellas presentarse sin avisar. Todavía no les había dicho nada, no me encontraba lo suficientemente fuerte para enfrentarme a ellas. Pero ahora que mi decisión estaba tomada, ahora que Nicolas había dicho lo que tenía que decir, podría anunciárselo también a ellas. Era una buena cosa que hubieran venido. Hablaríamos del asunto, seguramente me reprocharían que me lanzara a la aventura sola, pero se despacharían a gusto con Nicolas y a mí me sentaría bien oírlas hablar mal de él.

Se pusieron locas de alegría por mí, podía contar con ellas, me ayudarían, ¿ya había escogido nombre? Tres pares de manos desbocadas se paseaban por mi barriga. Mis amigas son lo mejor que me ha pasado en la vida, hay que saber escogerlas, abandonar algunas por el camino, pero las que he conservado son las chicas más geniales del mundo.

Fuimos dos las que no bebimos champán: yo, por razones evidentes, y Charlotte, por razones que tenían que ver solo con su paladar. No, de verdad, lo único que le gustaba de la región de Champagne eran las iglesias con entramados de madera.

—¿¿¿Las qué???

—Las iglesias con entramados de madera. Son iglesias de madera, tan bonitas y acogedoras que parecen chalets: solo las hay en la región de Champagne, una docena en total.

Charlotte siempre sabía cosas que nos dejaban fuera de juego.

*Me invadió cierta sensación de bienestar, reencontré con gusto ese olor a madera tan peculiar de aquella iglesia.*

¡Por Dios, eso era! Acababa de encontrar la pista que me hacía falta.

El pueblo de N. se encontraba en Champagne. Eso estaba a menos de dos horas de coche de París, al sudeste, cuadraba perfectamente.

Charlotte nunca supo lo que había hecho por mí. Y mientras ellas se lo pasaban en grande poniendo a parir al cerdo-ese-de-Nicolas, yo miraba a mis amigas con todo el cariño que sentía hacia ellas. Ahora sí que Louis no se me iba a escapar.

A la mañana siguiente, a primera hora, pedí a Mélanie, la becaria, que localizara el nombre de los pueblos donde había iglesias de esas de entramado de madera.

Cuando me trajo la lista, no había en ella ninguno que empezara por la letra N.

Estábamos a martes, por más que leía y releía aquellas cartas, el pasado seguía siendo un coto para mí.

**A las cinco** en punto oí que la llave giraba en la cerradura de la celda de Annie. Éramos libres, nuestras vidas no iban a servir para pagar los delitos de otros. Todavía era noche cerrada, una leve llovizna nos recibió a la salida. Emprendimos el camino hacia mi casa. Ya no tendríamos demasiado tiempo para dormir, pero podríamos descansar un poco si ella quería. Annie se me acercó y me cogió por la cintura, yo apoyé mi mano en su hombro. Nunca habíamos caminado así, me sentía invencible.

Mosquito aún no se había despertado. Fuimos a mi habitación y nos tumbamos en la cama. Cuando pretendí besarla y, para qué negarlo, hacerle el amor, Annie me rechazó con suavidad. Se sentó apoyándose en el cabecero de la cama, quería hacerlo con su «marido», no con un hombre «como los demás». Pero no era por hacerme esperar, podíamos casarnos esa misma tarde, si yo quería, el padre André se encargaría, aunque nos presentáramos sin avisar. El padre André era el cura de nuestro pueblo. Y luego, ella se quedaría contenta, en paz, nos amaríamos como marido y mujer e iríamos a buscar a Louise como marido y mujer, como sus padres, si yo así lo quería, si aceptaba ese papel.

Yo la miraba, inaccesible. No sabía que fuera tan piadosa. Ya la víspera me había sorprendido el crucifijo en su habitación.

Annie se levantó de pronto. Se echó a reír con tanta dulzura... Y se puso a dar vueltas sobre sí misma mientras canturreaba «así bailo para mi novio» y se levantaba el jersey acompañando sus movimientos, ocultándome y enseñándome su pecho desnudo, tan bonito... Y luego se paró delante de mí, se

acurrucó en mis brazos y me rogó que la abrazara fuerte. Quería pasar a recogerme a las dos, cuando saliera de mi trabajo, y luego nos iríamos directamente a la iglesia, ¿verdad que sí?

¡Genial! Pero ¿cómo sabía ella que salía a las dos? Me disponía a formularle la pregunta, cuando Mosquito entró en mi habitación gritando a voz en cuello, como tenía por costumbre, «¡El desayuno está listo, compañero!». «Y compañera», añadió al ver a Annie. Su presencia a mi lado no le sorprendió ni por un segundo, antes al contrario.

—¡Bueno, ya era hora! Parece que al final habéis vuelto a encontraros.

Ahí tenía mi respuesta. Annie se había informado a través de Mosquito.

Mosquito era el tipo de la sonrisa maliciosa. El día que empecé a trabajar en correos, me preguntó si necesitaba una habitación: su mejor amigo, a quien se la alquilaba, había sido hecho prisionero, él quería esperarlo, pero necesitaba dinero. Lo único es que tendría que marcharme el día en que el otro volviera. Pero habían pasado tres años sin que regresara y sin que ni Macaco ni yo encontráramos nada que objetar a la situación. Él era un desordenado, yo un maniático. En lugar de pelearnos, yo ordenaba su desorden y él ponía un poco de desorden en mi vida: era demasiado timorato para hacerlo por mí mismo. Fue siempre a través de él como encontré a mis novias. Era como si no viviéramos en la misma ciudad: yo no veía a las chicas bonitas, él era como si las creara. Cualquiera de sus conquistas era encantadora y, para mi gran fortuna, solía tener amigas que también lo eran. Hay gente que tiene un don para esas cosas, para descubrir la belleza allá donde se encuentre. Cuando le preguntaba dónde las había conocido, siempre me respondía «en una cuneta». Desde la muerte de la madre de Annie, me costaba soportar aquella expresión, pero por más que se lo dijera, siempre se le olvidaba. No es que Mosquito fuera malo, él era así.

—¿Sabes? En las cunetas se encuentran muchas, pero no son como ella. Ahora entiendo por qué a las mías no las veías.

Me dijo eso mientras Annie estaba en el cuarto de baño. Disfrutamos de un alegre desayuno, los tres juntos, nos reímos mucho. Y luego tuve que irme a trabajar; Mosquito libraba ese día. Annie también, al menos eso fue lo que me dijo. Me acompañó hasta la oficina de correos y, para despedirse de mí, me besó en la mejilla con el borde de los labios mientras me decía: «Hasta luego, mi casi marido». Lo recordaré siempre.

Me pasé la mañana mirando el reloj de péndulo, rabiando contra las manecillas que se arrastraban. A las dos menos tres minutos, me puse el

chaquetón y salí. Annie no estaba. No pasaba nada: me había adelantado. Pero a la media seguía sin estar ahí. Estuve esperándola hasta las tres, dando vueltas en aquel pedazo de acera, no sabiendo ya qué pensar. Estaba furioso. ¿Dónde se había metido? ¿Pensaba darme plantón toda mi vida? A las 15.20 golpeé la puerta de su habitación. Nadie. Giré el pomo, cedió, no estaba cerrada. Pensé en esperarla ahí, pero, sobre la mesa, era como si la escultura —«El objeto invisible»— me mirase. Y entre las manos de la mujer que el día anterior parecían no sostener más que el vacío había una hoja de papel. Me acerqué: en ella había garabateado un dibujo.

Un dibujo que, aunque nunca lo había visto, me resultaba sumamente familiar.

Representaba a un niño jugando con una muñeca junto a un lago. Con un montón de piedras cerca de él.

Y en el lago, Annie había escrito una frase, cuatro palabras que habría deseado no haberle dicho nunca.

Aquí, por fin, reposo...

Era el epitafio que Elisabeth Vigée-Lebrun había mandado grabar en su tumba al final de su triste existencia; antaño yo le había contado la vida de esa pintora.

Tuve la sensación de que un rayo me partía en dos. No entendía nada. ¿Qué había sucedido entre esa mañana que desplegaba ante nosotros un futuro tan radiante y esa carta, ese dibujo, que me hacía presagiar lo peor?

En mi cabeza, todo iba a toda velocidad, pero no lograba moverme de ahí, hasta que sentí algo entre los dedos, pequeños relieves que me hicieron darle la vuelta a la hoja: eran letras recortadas y pegadas.

ESTÁN MUY FEOS LOS SECRETITOS  
QUIÉN VA A DECIRLE  
A SU NUEVO NOVIO  
QUE SE ACUESTA CON  
UNA PUTA

Se me heló la sangre. ¿Annie se prostituía?

Debió de recibir el anónimo esa misma mañana.

Bajé los escalones de cuatro en cuatro, monté en mi bicicleta y pedaleé con todas mis fuerzas.

Así que ella conocía mi secreto de las muñecas de porcelana... Debió de sorprenderme un día en que ahogaba a alguna.

No me detuve, arrecié el pedaleo. Gritaba para que la gente se bajara de la acera y me dejara pasar. No era posible, no iba a hacer aquello. Y a cada pedalada recordaba algún detalle, que adquiriría de pronto todo su sentido a la luz de aquel siniestro enfoque.

Las supuestas llaves que había olvidado devolver.

Pedaleaba.

Su prisa por ir a lavarse en cuanto volvió. ¿Había aceptado un último cliente? Para contentar a la madame a quien debía de estar inevitablemente atada después de todos esos años. O para contentar a un habitual tan insistente que había preferido obedecer a dar explicaciones. Sería más rápido. Seguramente un cliente celoso, un cliente enamorado. De esos debía de tenerlos por docenas. Quizá fuera él quien le había escrito esa carta. Para meterle miedo, para hacerle daño. Para vengarse de que ella pudiera dejarlo todo por otro que no fuera él.

Pedaleaba. Tenía que alcanzarla.

Y esa escultura que había plantado ahí y que no pegaba ni con cola. La única cosa que ella apreciaba en aquella habitación, donde había dejado todo el resto de su pasado, de ese «pasado que no contaba». Porque la habitación a la que me había llevado no era su habitación, de pronto lo comprendí.

Pedaleaba.

Su manera de dar vueltas desorientada para preparar la achicoria, de abrir todos los armarios hasta que encontró las tazas, esas vacilaciones que yo había atribuido a la emoción.

Y su manera de no contestarme cuando le pregunté qué plantas tenía en esos tiestos. Es que no lo sabía. Sencillamente porque no estaba en su casa.

Pedaleaba. Los pueblos iban pasando, pero no lo suficientemente deprisa.

Seguramente le había pedido a algún amigo que le prestara aquella habitación el tiempo justo para llevarme a algún lado.

Pedaleaba.

La ropa interior fea. Qué horror, haberme corrido con el olor de otra.

Pedaleaba.

Y ese crucifijo, extraño, encima de su cama que yo había tomado por una beatería. No había entendido nada. Ella quería hacer el amor con su «marido», no con un hombre «como los demás». Su manera de respetarme, de no ensuciarme, de ofrecerme un papel mejor en su vida, la única solución que

había encontrado para que no me viera mezclado con esa oscura masa que se le había puesto encima durante todos esos meses, durante todos esos años.

Pedaleaba. Escudriñaba el bosque en el horizonte.

¿Había ella reconocido a alguien de esa masa oscura en el bar donde yo la esperaba? ¿Por eso no había entrado? ¿Por eso simplemente había dado unos golpecitos en el cristal? Y el restaurante donde cenamos. ¿Lo escogió porque estaba segura de que allí no se encontraría a nadie?

Pedaleaba de pura rabia. Ya había dejado atrás el cartel de N. y la curva cerrada, el estanque solo quedaba a unos cientos de metros. Pero al pasar ante L'Escalier aminoré la marcha, por reflejo, había hecho eso mismo tantas veces en mis noches de desesperación... Y si ella también se hubiera parado allí, por reflejo, si hubiera notado que su determinación flaqueaba... Si el sentimiento de Louise se hubiera impuesto nuevamente, tranquilizándola... Si le hubiera inspirado que un niño ama a su madre independientemente de lo que ella sea o lo que haya sido... Busqué su bicicleta con la mirada, en algún lado, apoyada contra un muro. Pero no había señales de vida, aparte de la cortina de una habitación que volaba al viento, en la planta baja, engullida por la puerta vidriera. Como un fantasma. Aquella visión me hizo pedalear todavía más rápido, debía llegar a tiempo, debía impedirselo.

¿Era posible que la noche anterior hubiera tosido a propósito? Que simulara un ataque de asma. Porque prefería que los alemanes nos atraparan a que yo tratara de tomarla. No nos sucedería nada, a unos amigos suyos les había pasado y los habían soltado... Conseguir así la prórroga de la noche, al día siguiente nos habríamos casado y ella ya no tendría que pasar el mal trago de negarse, la obligación de justificarse. Haríamos el amor «como marido y mujer».

Estaba tan contenta esa mañana... Empezar de nuevo con todo, construirlo todo, reconstruirlo todo conmigo y con Louise. Ella quería salir adelante, quien le había escrito esa carta debía de saberlo y no lo soportaba.

Pedaleaba. A cada curva esperaba verla aparecer, alcanzarla, estrecharla entre mis brazos y decirle que estaba de acuerdo, que sí, que siempre hay una parte del pasado del otro que no cuenta. O encontrarla hecha un ovillo a la orilla del estanque, que no se hubiera atrevido, porque el ser humano es cobarde, y mejor que así sea. O porque hubiera entrado en razón, porque hubiera tenido el presentimiento de que yo no la abandonaría por eso, que me daría igual. Que no se hubiera metido más adentro en el agua porque era ahí donde iba a merendar con sus padres las tardes de verano, los tres juntos. Ver

recortarse su silueta. Ver recortarse su silueta y abrazarla. Y besarnos, profunda, sinceramente, nuestro primer beso de adultos, que no tendría nada que ver con nuestros besos de niños. Y ninguno de nuestros proyectos de por la mañana cambiaría, iríamos a la iglesia, a casarnos allí donde yo había empezado a amarla. Y seríamos los primeros novios sin anillos, sin alianzas, pero el padre André haría una excepción, por nosotros, por los «inseparables», porque, después de todo, los pájaros no tienen dedos.

Uno siempre espera llegar antes que el drama.

La llamé con todas mis fuerzas, grité su nombre corriendo alrededor del estanque y entonces vi su bicicleta entre la hierba alta, junto a la orilla. Y junto a la rueda trasera, un espacio vacío de piedras, intuí que se había llenado los bolsillos de piedras y que ahora estaban en el fondo del estanque, con ella. Me tiré al agua, me sumergí en algunos sitios, pero el fango me impedía ver. O eran mis lágrimas, no lo sé. Hacía mucho rato que se había hecho de noche cuando terminé por abandonar mi búsqueda. Esperé a que el cuerpo de Annie saliera a la superficie. Las piedras podían hundir una muñeca, no un cadáver hinchado, abotargado por el agua. La fuerza del agua vencería a la de las piedras. Piedra, papel o tijera. AGUA. El cuerpo de Annie nunca ascendió a la superficie.

Annie siempre ha sido parte de mi vida. Yo tenía dos años cuando nació, dos años menos unos pocos días, y tenía veinte años cuando murió, veinte años menos unos pocos días. Si con dos años menos unos pocos días, uno no sabe que está ante el amor de su vida, a los veinte años menos unos pocos días, uno sabe cuando el amor de su vida muere. Y uno se pregunta entonces por qué existimos. Hay gente que piensa que morirá cuando su inseparable desaparezca, pero yo sé desde siempre que no tenemos esa suerte: mi padre nunca le susurró a mi madre que se pudiera «morir de amor».

No recibí ninguna carta más durante dos semanas.

Ese tipo había desembarcado en mi vida espetándome que mi madre no era mi madre, que mi supuesta madre —esa «Annie»— estaba muerta, y luego él había desaparecido como por ensalmo, sin importarle si yo ya no podía conciliar el sueño.

Habría podido concluir, decirme: Bueno, imagino que lo ha entendido, Louise es usted, siento que se haya enterado así, pero aquí tiene mi número de

teléfono, llámeme si quiere que hablemos del asunto...

Pero no, aquello era pedirle demasiado, demasiado complicado de decir para un tipo que considera que los secretos deben morir con sus portadores. Entonces, ¿por qué tenía que abrir ese cabrón su maldita boca? Mi madre estaba muerta, ¿no? ¡Mis dos madres, encima!

Después de todo, no era mi nombre. Tampoco era mi fecha de nacimiento. Intentaba consolarme como podía. Y además seguía sin tener ninguna pista sobre ese supuesto pueblo que empezaba por N. en el que se alzaría una iglesia cualquiera con entramado de madera. Y todas las demás pistas se hurtaban del mismo modo a mis indagaciones.

*En la calle perpendicular había una galería de arte, tenía que pasar por delante y luego era la primera a la derecha. En el número 65. Llamé al timbre. Fue la señora M. quien me abrió. Llevaba al bebé en brazos.*

Hasta donde podía recordar, nunca habíamos vivido en ningún número 65.

*L'Escalier, esa hermosa residencia que se alzaba en medio de nuestro pueblecito, tan imprevista como un cisne en medio de una bandada de estorninos.*

Una vez más me costaba mucho imaginar que mis padres no me hubieran hablado nunca de esa casa. Además, había hecho indagaciones sobre un supuesto lugar llamado «L'Escalier» y no había encontrado nada. Caminaba por arenas movedizas.

*¿Y si el siguiente fuera mi último suspiro? Entonces, para impedir que se escapara, contuve la respiración, pero mi corazón se desbocó. Temeroso, me giré hacia la imagen de san Roque suplicándole: había curado leprosos, así que bien podía salvarme a mí.*

Roque (san). Santo nacido hacia 1300-1350, sanó a unos apestados durante una peregrinación a Roma. Aquejado a su vez de peste, se aisló del mundo en un bosque. Un ángel lo cuidó, un perro de los alrededores le llevó pan para comer y acabó sanando. Posteriormente, murió en la cárcel sin ser reconocido por los suyos. Su culto se extendió en el siglo XV por toda Europa,

pero decayó conforme la peste, contra la que el santo era abogado, se fue haciendo cada vez más excepcional. Se identifica a san Roque por el bordón que sostiene en la mano. A veces porta también alforjas, sombrero y capa de peregrino. Lleva un perro a su lado y se levanta un faldón de la capa para enseñar la llaga que tiene en la pierna. Se le invoca cuando se ciernen epidemias de enfermedades contagiosas sobre las ciudades. Existen muchos monumentos, iglesias y capillas erigidos en su honor. (Diccionario *Le Petit Robert* de nombres propios.)

Vamos, que buscar una iglesia en la que hubiera una imagen de san Roque venía a ser como buscar una aguja en un pajar. Igual que buscar un pueblo «N.» donde hubiera un estanque. Igual que buscar un pueblo «N.» donde se distribuyera *La Gazette*; nombre de periódico más común era difícil.

*Rue de la Sablière. Rue Hippolyte-Maindron. 3. 14. 32. 46. No sé cómo hice para dar con el taller de Alberto. Rue Hippolyte-Maindron, número 46. Quizá eran todavía los hilos de la marioneta.*

Fui a esa dirección. Era el taller de Alberto Giacometti. ¡Ahí es nada!

Y todo cuadraba. Efectivamente tenía un hermano, Diego, y ambos huyeron unos días antes de que llegaran los alemanes a París. Pero a estas alturas estaba muerto, así que no podría contarme nada. «Alberto Giacometti», aquello me parecía demasiado excesivo para ser verdad. Mis padres me habrían hablado de él.

Aquel descubrimiento me alivió, quise ver en ello la prueba de que todas esas cartas no eran más que elucubraciones, desvaríos de escritor, y eso me tranquilizó.

Quizá terminara presentándose en el despacho: ¡Je, je, la he engañado! Bueno, ¿qué? ¿Me lo va a publicar...?

Y todo se terminaría en torno a una buena comida. Y yo iría a la tumba de mamá a contarle esta historia y a pedirle perdón por haber dudado de ella.

El teléfono sonó.

En cuanto oía el timbre, ya fuera en el despacho o aquí, mi primer pensamiento era para Nicolas. ¿Iría a decirme que se arrepentía de haberme hablado de esa forma? Que lo había pensado mejor, que había mucha gente que no contaba con tener un bebé y que al final se las habían arreglado la mar de bien, ¿por qué no nosotros?

—Buenos días, señora, le habla el profesor Winnicott, su ayudante me ha facilitado sus señas; según parece está usted investigando sobre las iglesias de entramado de madera.

Era un profesor de universidad estadounidense que vivía en París desde hacía casi quince años y que tenía todavía un acento muy marcado. Había sido enviado por un museo estadounidense cuando el caso de la iglesia de Nuisement-aux-Bois.

«Nuisement-aux-Bois» empezaba por N; pegué la oreja al auricular.

Aquello se remontaba a varios años atrás. Las terribles inundaciones sufridas en París entre 1910 y 1955 forzaron a la municipalidad a construir varias presas en el Sena y sus afluentes para controlar aquellos devastadores desbordamientos. Pero la construcción del pantano del Der-Chantecoq en el río Marne había desencadenado una auténtica tragedia, haciendo desaparecer, de la noche a la mañana, tres pueblos de la faz de la tierra: Chantecoq, del que solo subsiste el nombre con que se bautizó el embalse; Champaubert-aux-Bois, y Nuisement-aux-Bois. Los habitantes, impotentes, vieron todo el bosque talado y arrancado de cuajo, sus casas desmanteladas y quemadas, y su pueblo arrasado y sumergido. Para que París no volviera a sufrir inundaciones. Los devastaron. Que te echen de tu propia casa, ver cómo tu casa desaparece en aras del «bien común», eso hay que vivirlo para comprender lo que es, algunos no vuelven a levantar cabeza nunca. Los indios, de hecho, murieron por eso.

Pero como toda gran tragedia tiene su pequeño milagro, una iglesia pudo salvarse, una iglesia y su cementerio. La de Nuisement.

—Y es ahí donde yo entro en escena, señorita Werner. Al ser esa iglesia un edificio característico de esas coquetas construcciones de entramado de madera que florecen en la región de Champagne, un amigo conservador de Estados Unidos quiso recuperarla para instalarla en su museo. Me encargó que fuera su intermediario sobre el terreno. Creo que le debemos que esa iglesia se salvara. Si Estados Unidos no se hubiera interesado por ella, seguramente se habría hundido en el fondo de las aguas del embalse, como el resto de esos tres pueblos. Al desearla, suscitó el deseo por ella; así es como funcionan a menudo las cosas en la vida. La iglesia, por tanto, se desmontó y se reconstruyó pieza a pieza en un pueblecito justo al lado del desaparecido Nuisement-aux-Bois: en Sainte-Marie-du-Lac. Asimismo, se exhumaron todos los cadáveres del cementerio y se volvieron a enterrar igual que antes: detrás

de la iglesia. La inauguración de la milagrosa superviviente tuvo lugar hace ahora cuatro años, el 12 de septiembre de 1971 para ser exactos. Y esto es cuanto puedo contarle sobre la iglesia de Nuisement, espero que pueda serle de ayuda.

—¿Cuál es su nombre de pila, señor Winnicott?

—Robert. ¿Por qué me hace usted esa pregunta, señora?

—Por nada. Gracias por su información.

Por un momento pensé que era Louis que se ocultaba detrás de ese señor Winnicott, pero al segundo de formular esa hipótesis supe que me equivocaba. Louis dominaba el francés como se domina una lengua materna, no una lengua aprendida.

Llamé a Mélanie para darle las gracias por haber encontrado esa preciosa fuente de información y le informé que tampoco iría al despacho al día siguiente, tenía asuntos personales que resolver.

Me duché rápidamente, me vestí con ropa abrigada, cogí las llaves del coche y el mapa de carreteras. No quedaba mucho de Nuisement-aux-Bois, pero esa iglesia y ese cementerio quizá pudieran ayudarme.

Al salir me di de bruces con la señora Merleau, que se disponía a llamar al timbre.

Quería darme en mano un paquete que no había cabido en el buzón, abultaba demasiado. ¿Iba todo bien? Hacía cuatro días que no salía de casa, estaba preocupada. Sí, todo iba bien. No tenía tiempo para desahogarme y prácticamente le arranqué de las manos el paquete para comprobar la letra.

Por lo visto Louis aún no había dicho su última palabra. Leería aquello por el camino.

París, dirección Vitry-le-François. Al salir de Vitry-le-François, coger la D13 en dirección al embalse de Der hasta Troyes. Allí una carretera lleva a Sainte-Marie-du-Lac.

El sobre contenía un paquete envuelto en papel marrón y una pequeña carta muy breve, también de puño y letra de Louis.

**Querida Camille:**

Creí que lo sabía todo de esta historia, pero he necesitado años para comprender lo que pasó realmente. Sin esperarlo, pues siempre he creído

conocer la verdad. Hasta que me la han contado.

No culpo a Annie por habérmela ocultado, ella sabía cómo pueden desatarse los celos. Ella ya había pagado el precio.

La reconocí de inmediato, no por su apariencia física, sino por las primeras palabras que dijo. Tuve la impresión de estar ante una aparición. Su voz no tenía la consistencia del diálogo, me lo contó todo de un tirón. Con la impudicia propia de una mujer culpable. Sin consideración hacia mis emociones. Me sentí incapaz de interrumpirla. Todo era nítido: sucio, pero nítido.

*Querida Camille*

Aquellas dos palabras me atravesaron el corazón.

Aunque parezca extraño, fue entonces cuando supe que Louise era yo.

Rompí el papel marrón. Envolvía un cuaderno escolar. Lo abrí.

Una vez más la letra de Louis, más apretada, más nerviosa, pero sobre todo las palabras de otra.

**Todo** lo que hice, lo hice para no perder a mi marido. No trato de poner excusas, no tengo. Quiero que sepa simplemente que amaba a ese hombre más que a nada en el mundo.

Realmente no sé por dónde empezar.

Lo primero que me viene a la cabeza es nuestra discusión en L'Escalier.

El ruido de su máquina de escribir me despertó al alba. Mi marido era periodista, trabajaba mucho y las idas y venidas entre L'Escalier y su redacción en París no contribuían a acortar sus jornadas. A menudo me pillaba ya durmiendo cuando regresaba a casa, pero cada mañana le preparaba una taza de café que bebíamos juntos. Aquella mañana, la derramó.

—Es que no me lo acabo de creer, hay al menos cien muertos, más de treinta mil detenidos, todo el mundo habla de ello, ¿y tú te acabas de caer del guindo?

Sí, me acababa de caer del guindo. En Alemania, el ministro Goebbels había dado el pistoletazo de salida a aquella horrible caza de judíos y esos cerdos nazis habían roto tantos escaparates y tantas vajillas que la habían bautizado como la «Noche de los cristales rotos»... Conforme mi marido me contaba lo que había sucedido, sentía cómo crecía su ira hacia mí. Hasta que de pronto estalló.

—¡Esto no puede continuar así! ¡Si acepté que viniéramos a instalarnos aquí, fue para que te sintieras mejor, no para dejar que te lamentaras de tu suerte! Ya no te reconozco. No te preocupas de nada más que de saber si te he comprado tu lienzo, tu carboncillo, tu acrílico... Aislándote del resto del mundo no vas a solucionar tu problema. ¡Eso es, y ahora encima llego tarde!

—¡Eso es! ¡Vete! Regresa a tu maravilloso mundo donde toda la gente está al tanto de todo... Ve a explicarles cómo funciona el mundo a tus queridos lectores y sobre todo, no te tomes la molestia de explicarme a mí cómo va a funcionar nuestro mundo con lo que nos está pasando.

Era la primera discusión de nuestra vida, también sonó a pistoletazo de salida de algo, lo sabía. Estábamos a 11 de noviembre de 1938.

Mi marido tenía razón: hacía semanas que había dejado de leer los periódicos. No podía soportar la campaña de fomento de la natalidad que hacía furor en aquel momento; por todas partes se leían las mismas exhortaciones.

¡Tened hijos! Tened hijos,  
hay que compensar las bajas de 1914.

¡60 millones de franceses  
serían garantía de paz!

Una cifra de 647.498 fallecidos  
contra 612.248 nacimientos no es patriótica...

¿Y qué? 4 muertes contra 0 nacimientos, yo no podía hacer nada si no se las apañaban con sus problemas de familia.

Hacía casi seis años que Paul y yo tratábamos de tener un hijo.

Nos casamos el 16 de marzo de 1932. Yo tenía diecinueve años; Paul, veinte. Sellando nuestra unión, las campanas de la iglesia dieron inicio a la cuenta atrás de la fecundación, una boda, un bebé, en nuestro entorno una cosa no iba sin la otra.

En los inicios, todas las «madres» de mi círculo me hacían partícipe de sus respectivas experiencias: las «embarazadas» eran la más insoportables, se creían investidas de autoridad sagrada. Esa solidaridad femenina alrededor del embarazo parece que forma parte de la naturaleza de las cosas, como la

risa unánime del género masculino ante un chiste salaz.

Al principio todas pretendían mostrarse tranquilizadoras. Tenía que esperar a que la naturaleza estuviera preparada. Era solo cuestión de meses, estaban seguras. Y además estaba lo de la muerte brutal de nuestros padres, no había que subestimar aquella conmoción...

Es verdad, no había que subestimar aquella conmoción.

El teléfono sonó durante nuestra noche de bodas. El coche que llevaba de vuelta a nuestros padres se había salido de la carretera. La curva no era peligrosa. El conductor iba borracho. Murieron los cuatro.

Ni Paul ni yo quisimos enterarnos nunca de cuál de nuestros padres iba al volante. Nos daba demasiado miedo echárnoslo en cara cualquier día, durante una discusión, en algún momento de rencor. Bastante nos reprochábamos ya no habernos tomado el tiempo de despedirnos de ellos aquella noche, ansiosos como estábamos por quedarnos al fin solos.

Luego sí que nos quedamos solos, desde luego. Fue monstruoso e implacable. Prefiero no pensar en las primeras noches de nuestro matrimonio, deshechos en lágrimas.

Después de haber llorado juntos, tratamos de ocultarnos mutuamente nuestra pena para no reavivar la del otro. Vivimos así durante semanas: dos seres con los ojos enrojecidos que se separaban precipitadamente para ir a llorar a escondidas en otra habitación.

Asumimos como pudimos nuestro extraño y triste esquema familiar. Era como un vacío y al mismo tiempo un peso, como una prolongada caída que solo se detendría con un embarazo, al menos así lo esperaba yo. Rezaba para que los gritos de niño hicieran enmudecer aquel silencio macabro. Y también para recuperarlos de alguna manera. En una nariz, una boca, en la forma de una cara. Nuestros queridos padres.

Como todos aquellos que se aman de verdad, a nosotros nos gustaban nuestros *tête-à-tête*. Pero nuestro drama era no poder disponer la mesa de ninguna otra manera. Y sin embargo eran tan alegres las reuniones familiares en nuestras casas... Nuestros padres se entendían a las mil maravillas y aprovechábamos la menor ocasión para cenar todos juntos. A veces incluso quedaban sin nosotros. Con su habitual buen humor, mi padre no dejó de bromear ante la tarta nupcial. «¡Esta noche no estamos celebrando una boda, sino una amistad!» Y alzó su copa hacia los padres de Paul. «¡Champán!» A menudo me he preguntado si aquel trago fue uno de los que los habían matado.

Era como un castigo de tragedia griega. Como esas muertes que son como

maldiciones. Y ahora que no lográbamos concebir un hijo, yo tenía la sensación de que el destino se ensañaba a base de bien. ¿Era necesario que nuestras dos estirpes desaparecieran totalmente de la faz de la tierra? ¿Era esa la voluntad de Dios?

Tres años pasaron sin que llegara nada. Todas mis amigas tenían ya un hijo. Algunas estaban gestando ya el segundo, mientras que yo continuaba luciendo mi «esbelta figura». Las miradas inquisitivas se habían convertido en mi radas compasivas. Ya no era una cuestión de «meses» sino de «mí», estaban completamente seguras. Los consejos se convirtieron en secreteos, pasamos de las cosas que se dicen sin tener que pedir la palabra a las cosas de las que no se habla.

Me sentía desamparada y tan sola... Con Paul tampoco abordábamos nunca el tema. No tenía a nadie con quien poder desahogarme.

Pasquin, nuestro médico de cabecera, era un hombre en cantador, pero no podía evitar llevarse los problemas de su consulta allí donde estuviera cenando; era superior a él.

—¡Este lenguado está exquisito! Además es buenísimo para la salud, ¿lo sabían, señoras? La mujer que come pescado multiplica por diez las posibilidades que tiene de quedar fecundada. Vaya, ahora que lo pienso, tengo que decírselo a la pobre señora Werner, puede que eso la ayude...

Dos bocados de lenguado y la labia de un charlatán de feria habrían bastado para instaurar que yo era estéril.

Solo me quedaban los libros. En algún sitio tenía que encontrar ayuda. Me daba tanta vergüenza que fui a una librería de la orilla izquierda del Sena, lejos de casa, incluso hice como si esos libros fueran para una amiga.

La referencia en la materia era el de Auguste Debay.

*Higiene y fisiología del matrimonio. Historia natural y médica del hombre y la mujer casados. Higiene particular de la embarazada y el neonato.*

Para recordar con tanta precisión un título tan complicado, me dio por imaginar que ese libro había solucionado la esterilidad de la mujer de aquel librero. Me aferraba a cuanto podía. Es verdad que el Debay era de 1885, pero seguía siendo la obra de referencia. No había ninguna obra contemporánea sobre el tema.

¡Tened hijos! Tened hijos,  
hay que compensar las bajas de 1914...

Para reactivar la natalidad, el gobierno no escatimó medios: prohibido abortar, prohibida la contracepción y, de paso, prohibido cualquier tipo de información sobre sexualidad. ¡Encima de lo poco que se hablaba de aquello, así no se iba a solucionar la cosa! La estrategia era sencilla: cuanto menos supiera la gente, más libremente obraría la naturaleza. Podrían haber intentado luchar contra la esterilidad, eso les habría supuesto unos cuantos nacimientos más, pero el poder sabe prohibir, no curar. Y por aquel entonces las mujeres estériles no eran más que un puñado de inframujeres de las que era preferible olvidarse. Los cálculos eran precisos: la pérdida de treinta gramos de esperma equivalía a mil doscientos gramos de sangre. Había que evitar el despilfarro, por lo que todas las obras médicas anatemizaban la cópula con mujeres estériles, «unas destructoras, de amor inútil».

Estaba claro que aquel librero estaba muy puesto en el tema. Mientras lo seguía entre las estanterías, se adueñó de mí una loca esperanza. En unos pocos segundos tendría en mis manos la «obra de referencia», un poco anticuada, sí, pero «obra de referencia» al fin y al cabo. Y después de todo, si los remedios de las abuelas funcionaban, bien podía yo ir a pedir consejo a los médicos que se ocupaban de ellas.

El librero me tendió el volumen y me deseó suerte en voz baja. Debía de estar acostumbrado a atender a mujeres como yo, en busca de libros que no eran para ellas. Debía de reconocerlas por la manera en que se apoderaban de él y lo estrechaban contra el pecho, como se hace con un remedio, no con la literatura.

Conmovida por la discreción de ese hombre, le di las gracias de corazón. Necesitaba no mentir a la única persona que me había tendido la mano en esos últimos meses. Resulta siniestro, pero me doy cuenta de que ese librero es el último individuo a quien no he mentado en toda mi vida.

*Higiene y fisiología del matrimonio. Historia natural y médica del hombre y la mujer casados. Higiene particular de la embarazada y el neonato.*

Me sumergí en la lectura de ese libro en cuerpo y alma, y créame, esa no es una mera frase hecha.

Por lo que ahí decía, concebir un hijo no era difícil: todo era cuestión de higiene. Atrapada en la espiral embrutecedora de la esperanza desesperada, seguí todos sus consejos.

Para luchar contra la «inercia de los órganos genitales» había que

favorecer «una alimentación excitante». Sophie solo me servía alimentos de los «recomendados»: rúcula, apio, alcachofas, espárragos, trufas... Los engullía a escondidas de mi marido y me obligaba a comer con él aun si ya no tenía hambre. La idea de sentarme a la mesa se convirtió en un auténtico calvario. Pero me consolaba pensando en todas esas mujeres estériles que se habían vuelto fértiles.

1 l de vino de Málaga  
30 g de vainilla  
30 g de canela  
30 g de ginseng  
30 g de ruibarbo  
Todo macerado durante quince días.

Bebía aquel vino supuestamente «afrodisíaco», le echaba afrodisíaco de ese a todas las salsas, a las mermeladas, a los jarabes; era patético. Hasta tomaba baños afrodisíacos. Romero, salvia, orégano, menta y flores de camomila. Quinientos gramos de cada cosa que dejaba en infusión durante doce horas y que luego vertía en mi bañera. A fuerza de eso, mi piel adquirió un olor especiado que me repugnaba.

Y luego empecé a tomar medicamentos que yo misma preparaba, siempre siguiendo las fórmulas indicadas en el Debay. Píldoras. Linimento. Cataplasmas. Mi cuarto de baño se convirtió en una auténtica botica. Hasta el menor de mis actos y gestos estaba dirigido a engendrar, pero el tiempo pasaba y nada funcionaba.

En mi delirio perdí cualquier sentido de la medida, y la escalada de los tratamientos adoptó un giro horrible. Ana de Austria terminó alumbrando a Luis XIV después de veintitrés años de esterilidad. Abluciones de agua hirviendo justo antes de nuestras relaciones. Flagelaciones en los riñones, los muslos y las nalgas con una vara de abedul. Y lo más insoportable: la comezón. Tenía que frotarme el sexo con esos caramujos, lo que me provocaba unos picores terribles.

No es agradable, pero es la verdad. Me convertí en mi propia cobaya y solo el hecho de quedarme embarazada habría podido detenerme. En aquella época, esos consejos pasaban por ser los únicos remedios para quien quería un hijo cuando el cuerpo, por sí mismo, no se plegaba a los deseos del alma. Las teorías se vuelven obsoletas cuando otras las sustituyen, y hacía casi

sesenta años que no se había escrito nada acerca de las mujeres estériles.

Y luego pasó lo del cumpleaños de la abuela de mi marido.

Al terminar de comer, la tía dio varios golpes con la cuchara en su platillo para reclamar la atención: quería darnos las gracias a los dieciséis por haber acudido. Todo el mundo aplaudió. En estas, de pronto se alzó una voz:

—¡Pero si no somos dieciséis, abuela, somos quince!

La anciana de ojos risueños hizo como que nos volvía a contar y luego meneó la cabeza.

—¡Todavía no estoy senil, cuando digo «dieciséis», ya sé yo lo que me digo!

En ese momento alguien comprendió. El entusiasmo creció entonces y a un lado y a otro sonaron los nombres de todas las mujeres sentadas a la mesa. «¡Marine!» «¡Catherine!» «¡Mathilde!» «¿Bérengère?» «¡Emma!» «¿Virginie?»

Todos los nombres salvo el de la tía y el mío. En su caso porque ya no era posible, y en el mío porque nunca lo había sido. Paul me apretó fuerte la mano por debajo de la mesa. La espontaneidad del juego, la «adivinanza» prevalecieron sobre el sentido del decoro de los invitados y sobre su delicadeza. Por fin, poco a poco, como un instrumento musical que se hubiera afinado, los nombres se fueron espaciando hasta que solo quedó uno: «¡Mathilde!», «¡Mathilde!». Y efectivamente, en el rostro de la heroína del día, el arrobamiento de rigor en un momento así. Todos aplaudieron. Y en medio se eleva la voz de la heroína del día, solemne por el bebé que porta y sin duda poco inspirada porque la satisfacción la embarga.

Pero de repente su mirada elude la mía, su amplia y radiante sonrisa se crispa y el malestar se hace patente alrededor de la mesa. Silencio. El juego acaba de ceder bajo el peso de la realidad, de mi realidad. En ese momento comprendo que me he convertido en «la estéril de la familia», esa en cuya presencia hay que evitar ante todo dejarse llevar por la alegría desbordada, esa pobre desgraciada para quien la felicidad de los demás podría resultar fatal. Mi deshonra estaba sellada.

Ya no tenía más existencia que mi esterilidad. Ya no podía mantener una conversación. Mis enfados, mis tristezas ante cualquier tema nunca eran recibidos como tales. Lo veía claramente, ellas pensaban para sus adentros: está enfadada porque no puede tener hijos, está triste porque no puede tener hijos. Mi opinión, como tal, había dejado de contar.

Todas debieron de pensar que fue la vergüenza lo que me llevó a

marcharme precipitadamente, y tienen razón. Pero nunca serán capaces de reconocer que fueron ellas las que me llevaron a la vergüenza.

Lo reconozco, Paul hizo cuanto pudo para que esa mudanza fuera lo mejor posible. Nunca se quejó de las numerosas idas y venidas entre Nuisement y París, ya fueran por trabajo o para asistir a las cenas. Porque él sí siguió asistiendo: los hombres, entre ellos, no tienen las mismas preocupaciones.

En L'Escalier yo no quería tener que soportar la mínima alusión a mi esterilidad, y todo el mundo parecía haberse puesto de acuerdo para facilitarme las cosas. Nadie venía a visitarme; aislarse de la gente no era difícil, bastaba con haber dejado de vivir en París. En cuanto a los demás, Paul se desvivía por evitar el tema, Sophie cumplía muy bien con sus labores haciendo como que no sabía cuando sí que sabía, y a Jacques esas cosas solo le interesaban si afectaban a los animales. Sophie era nuestra criada, y Jacques, el factótum de mi marido.

Hasta con Alberto tuve suerte... Era de esas personas cuya discreción consiste en no hablar de los problemas si no tienen ninguna solución que aportar. Alberto Giacometti era amigo mío, había aceptado dar clases de pintura a Annie.

Annie, era Annie, una chica de por allí. Y sobre todo la única persona que amenazaba mi frágil equilibrio.

Solía ponerse a pintar en las inmediaciones de L'Escalier y yo la veía desde lejos. Un día le pedí a Jacques que la invitara a tomar el té, me apetecía un poco de compañía. Ella tomó por costumbre venir a trabajar a casa; yo estaba de acuerdo, por supuesto. Contra todo pronóstico, apreciaba a aquella chica, disfrutaba de su presencia sin padecerla. Era la primera persona, desde hacía mucho tiempo, que no me consideraba una madre fracasada. Yo estaba encantada de proporcionarle todo lo que necesitaba para pintar. Como si mi instinto maternal frustrado hubiera encontrado finalmente en quién sosegar. No diré que sustituyera al hijo que no conseguía tener, sería demasiado caricaturesco, pero había algo de eso en mi relación con ella; a veces la caricatura forma parte de la vida.

Ella nunca me hizo pregunta alguna. Ni siquiera llegó nunca a sorprenderse de la ausencia de hijos en nuestro matrimonio, y yo era consciente de que no se trataba ni de una pose ni de una censura. Sencillamente era algo que no se le pasaba por la cabeza. Al no ser prisionera de la normalidad, Annie no me encontraba anormal. Era noviembre de 1938.

Yo estaba convencida de que, para dominar mi problema, debía

guardármelo para mí. Me contenía para no hablarle de él. Me gustaba que no supiera nada y, sobre todo, me gustaba sorprenderme a mí misma olvidándome de todo en su compañía.

Desgraciadamente, no se puede evitar un asunto así durante toda una vida. Ni entre un hombre y una mujer que se aman, ni entre dos mujeres que comparten una amistad sincera.

Un día se lo conté todo. Con todo lujo de detalles. No podía dejar de hablar. Como un alcohólico que necesita soltar palabras, sin importar cuáles, sin importar ante quién. Era la primera persona con la que me desahogaba, y me resultaba turbador escucharme verbalizando mis emociones, aclarándolas incluso, pero enseguida me arrepentí. Lo había echado todo a perder, lo sabía.

Estaba frente a mí, abrumada por mi desgracia, sin saber realmente cómo reaccionar. Y yo, yo la reconocí de inmediato, esa vergüenza de la que había querido librarme al marcharme de París. Esa misma vergüenza, pringosa, que me hizo de pronto agachar la cabeza y apoyar la barbilla en mis dos manos. Esa actitud de hastío supremo que no se había repetido desde que tenía trato con Annie. Lo había echado todo a perder. Lloraba lamentándome de mi cobardía.

Las confidencias son una muestra de amor o amistad que hay que manejar con tiento. No todo el mundo está preparado para recibirlas, y alguien que todavía es una niña menos que nadie. Hay que dejar que los caracteres se perfilen antes de hacerles soportar cosas impropias de ellos. Me dan asco esos adultos que confían sus desgracias a los niños. Me parece abominable. Pero aquel día yo no me mostré lo suficientemente adulta para darme cuenta de que Annie era tan joven. Demasiado joven para asimilar mis confidencias, demasiado joven para poder responder a ellas con consejos. Al no encontrar su lugar en el esquema tradicional de las confidencias, no tuvo otra elección que dejarse imbuir profundamente por mi desesperación. Pero como sucede a menudo con las confidencias, la mía llevó a la suya.

Annie no quería hijos. Se mostró categórica, asombrosamente resuelta para su edad y para el tema. Yo miraba cómo le brillaban intensamente los ojos y cómo sus manos doblaban delicadamente la servilleta. En ese momento era ella en estado puro: de una gran firmeza y de una suprema dulzura. Creo que su encanto derivaba en parte de esa extraña alianza. Movía a la exaltación y al sosiego. Afrontaba la vida de una manera diferente a llena de niños. Entendí mejor por qué mi esterilidad, a su lado, me había resultado tan ligera.

«No es compatible», añadió antes de recitar una larga lista de mujeres

que tuvieron que abandonar la pintura una vez fueron madres. Se lo había contado un amigo, un joven al que quería mucho. Un tal Louis.

También me habló de sus padres, que la habían esperado hasta ese último umbral en el que ya nada se espera. Pero el temor a perderla sucedió inmediatamente a la alegría por su nacimiento. Su madre la rodeaba de infinitas precauciones, se preocupaba por todo. Su padre trataba de hacerla entrar en razón y siempre terminaban discutiendo. Por las noches, su madre se colaba a menudo en su cama. Annie sospechaba que forzaba aquellas peleas para poder dormir cerca de ella, para convencerse, por su respiración, de que todo iba bien, de que su hijita estaba viva. Sin pretenderlo, le transmitió la idea de que un hijo era una onerosa responsabilidad, un drama inminente.

—No por nada los cuentos de hadas terminan todos con «Se casaron, tuvieron muchos hijos, fueron felices y comieron perdices» —concluyó.

Lacónica y sensible, por eso me gustaba Annie: no pensaba como los de su edad ni como los de su entorno.

Pero tampoco tenía su edad, esa en la que aún no se es consciente de que algunos problemas no tienen solución. Y quiso encontrar una, la que fuera, pero encontrar una. Nunca debió seguir adelante por ese camino.

Me propuso concebir un niño en mi lugar.

Perdón, me he expresado mal. Concebir un niño para mí.

Era el 7 de febrero de 1939. Yo seguía con la cabeza gacha y las dos manos bajo la barbilla, sin despegar la mirada del periódico que había junto a mi plato; miraba fijamente la fecha como un cuerpo se agarra a lo que sea para no caerse.

En un primer momento, lo juro, su propuesta me pareció completamente descabellada, inconsecuente, ingenua... Pero la desesperación es un mal muy hipócrita que recupera fuerzas por la noche, y desde esa misma tarde empecé a darle vueltas al asunto. ¿Y si era esa la verdadera razón por la que nos habíamos conocido? ¿La voluntad de Dios?

Por aquel entonces no paraba de encomendarme a Dios, una costumbre que debía al desamparo que sentía. Ni ferviente ni practicante, solo tontamente supersticiosa, eso era lo único de lo que era capaz. A diferencia de la fe, la superstición es para quienes sienten la necesidad de creer pero no pueden dar, como yo por aquel entonces, encerrada en el egoísmo de la desgracia.

El día en que decidí marcharme de París, me encontraba en un estado de desolación tal que no era capaz de tomar más de una decisión a la vez. Abriendo el cajón del despacho de mi marido en el que guardaba las llaves de

nuestras propiedades, removí con furia los paletones metálicos antes de coger uno sin mirar. Era la llave de L'Escalier. No discutí aquella elección, la atribuí a Dios.

¿Habría querido orquestar así mi encuentro con aquella que me permitiría regresar a París con un hijo en brazos? En este asunto, al final Dios me serviría para cometer lo peor.

Un día me sorprendí mirando el vientre de Annie e imaginándola embarazada de mi hijo.

Entreviendo un atisbo de esperanza, comprendí mi angustia existencial, esa que nunca me había atrevido a formular por miedo a que se hiciera realidad: que Paul me abandonara.

Nuestro entorno no podía prescindir de un hijo, pero ¿y él? ¿Él sí podía? ¿Cómo miraba a las mujeres con que se cruzaba? A veces le atraían, no solo porque fueran guapas, sino también porque quizá ellas pudieran darle un hijo.

Paul, mi marido, mi amor, esta desgracia iba a acabar con nosotros. Y, sin embargo, cuánto nos queríamos... Antes.

Las condiciones ideales para la fecundación me las sabía de memoria. También yo había empezado por ahí antes de pasar a otros métodos, y estaba decidida a aplicarlos con Annie y mi marido.

El acto no debía durar más de tres minutos: todos los médicos coincidían en afirmar que la voluptuosidad comprometía las probabilidades de fecundación. Tres minutos a cambio de un hijo, ¿qué era eso? Y me convencí a mí misma de que una vez bastaría para que Dios me proporcionara ese alivio, una sola vez. Sí, ya sé, era una estupidez, pero «los errores nacen a menudo de las certezas», como Paul solía repetir.

—Ya te dije que esos acuerdos de Múnich no eran más que papel mojado, ¿cómo han podido pensar que Hitler se iba a detener ahí? Los errores nacen demasiado a menudo de las certezas. ¡Primero Renania, luego el *Anschluss* y ahora los Sudetes! ¡Transigir nuevamente no bastará para terminar con lo que reclama el loco ese! Lo próximo será la guerra, ya te lo digo ahora.

Era el 16 de marzo de 1939. Paul y yo paseábamos por el parque de L'Escalier. Hitler había entrado en Praga, aquello supuso el fin de Checoslovaquia. Paul estaba convencido de que no nos libraríamos de la guerra, yo me resistía a creerlo y me burlaba amablemente de su catastrofismo. La propuesta de Annie me obsesionaba hasta tal punto que era incapaz de pensar en otra cosa. El aire soplaba templado, era nuestro aniversario de boda, pensé que aquel era el mejor momento para contárselo.

—Pero ¿cómo puedes pedirme una cosa así...? ¿Has perdido el juicio? Esa chica no es más que una cría, no sabe de lo que habla. ¡Te hizo esa proposición a lo loco! Pero ¿en qué estás pensando? Primero quieres que nos mudemos, que eso pueda perjudicar mi carrera te da completamente igual. ¿Y ahora tengo que acostarme con la primera que pasa? ¿Qué será lo próximo? Tendré que raptar a un niño después de haber matado a sus padres. Te estás volviendo loca. Por favor te lo pido, cálmate. Ven a mis brazos, cariño mío, te quedaste embarazada una vez, volverás a quedarte, te lo prometo.

No fui a sus brazos; de hecho, desde aquel día, nunca más volví a ellos realmente. Caminé hasta el cenador de las dragontas y me senté allí. Paul estaba de pie delante de mí. Trataba nerviosamente de enroscar mejor un tallo alrededor de la pérgola de hierro. Intenté hablar del modo más audible posible.

—Nunca he estado embarazada. Pasquin te mintió.

Aquello había sucedido hacía dos años. Un día no me vino la regla y los días siguientes tampoco. Durante esos interminables meses de espera había imaginado miles de maneras de anunciarle a Paul que estaba embarazada; no utilicé ninguna de ellas. Me estrechó entre sus brazos con tanto amor, había tenido tanto miedo de que nunca pudiésemos tener un hijo, estaba tan orgulloso..., me prometió que sería el mejor de los padres con que yo pudiera soñar. Pasamos la noche haciendo mil planes, nosotros que ya habíamos dejado de hacerlos. Al día siguiente por la tarde fui donde Pasquin para que me examinara, pasé por el mercado. Por la noche invitamos a cenar a nuestros amigos más allegados, impacientes por compartir con ellos nuestra felicidad.

Nunca he sabido cómo fue aquella cena, ni cómo les anunció Paul «el feliz acontecimiento». Al volver de la consulta me excusé y subí a acostarme; no me sentía bien. Lo dejé festejar con nuestros amigos un acontecimiento que jamás se produciría. No tuve valor para decirle la verdad.

No estaba embarazada, Pasquin lo sentía mucho, sufría simplemente una amenorrea, una alteración de la regla que no era grave. ¿Que no era grave? ¿Cómo podía decir eso?

No me levanté de la cama en toda la semana. Paul pensó que estaba cansada a causa del embarazo, ya no sabía qué más atenciones dedicarme. Cada mañana me leía las tarjetas de felicitación que la gente nos enviaba. Yo había dejado de alimentarme. Preocupado, le pidió a Pasquin que acudiera a mi lecho.

Cuando la puerta se cerró detrás de ellos, me sentí tan aliviada... Pasquin iba a contárselo todo, amenorrea sin gravedad y demás. Pero cuando la puerta volvió a abrirse, Paul me sonrió amablemente y, mientras me arropaba con las mantas, me susurró al oído que no era grave, que si me había quedado embarazada una vez, volvería a quedarme, que no tenía que preocuparme, que lo conseguiríamos, que él me amaba.

Por mucho que lloré, que le dije a Paul que nunca había estado embarazada, que era estéril, él me pasaba la mano por la frente y me decía que me calmara, que era normal que delirara después de lo que acababa de sucederme, que ya se lo había advertido el médico. Dejé de gritar, Paul no me creería, no quería creerme. Pasquin le había dicho que sufría una depresión, muchas mujeres son víctimas de ello después de un aborto natural. Para una vez que debería haber dicho la verdad, Pasquin ocultó mi secreto.

Algunos días antes del período del mes en que suele bajar la regla,

aplíquense seis pequeñas sanguijuelas en la vulva, a saber, tres en la cara interna de cada labio menor. En cuanto las sanguijuelas se caigan, tápanse las mordeduras con una pequeña bolita de agárico para obstruir el flujo de sangre y detenerlo completamente. Finalmente, practíquense dos veces al día, durante tres días, unas inyecciones irritantes en la vagina, con:

Amoníaco líquido .....	4 g
Decocción de cebada templada .....	250 g

Es raro que el flujo menstrual no se restablezca por acción de este tratamiento.

A muchas mujeres, sobre todo chicas jóvenes, les repugna la aplicación de las sanguijuelas; antes de llegar a ese extremo, estas podrían probar con baños de asiento a 30 grados, unas fricciones en el orificio de la vulva, baños de mostaza en los pies, ventosas secas en la parte interna de los muslos, algunas purgas y lavativas excitantes; finalmente aplicar en la vagina vapor de agua hirviendo y poner la parte abierta ante un buen fuego para excitarla. Estos diversos métodos son capaces de restablecer la regla desaparecida; en caso contrario, deberá recurrirse al método anterior.

Paul desmenuzaba los tallos de dragontea entre los dedos. Estaba pálido. Pese a que tenía la cabeza gacha, veía cómo parpadeaba con rapidez, señal en él de que estaba sumamente nervioso. Yo acababa de echar por tierra una realidad que él nunca hubiera sido capaz de imaginar, sencillamente porque no sospechaba la existencia de la mitad de los elementos que la conformaban.

Finalmente movió la cabeza, su mirada se clavó en un punto ante él, sabía que iba a decir algo.

—Si yo te pidiera que hicieras el amor con otro hombre para tener un hijo, tú aceptarías, ¿es eso lo que acabas de decir? ¿Te parece que no hago todo lo que puedo por mi parte? Está bien... Si para ser un marido digno de ese nombre, consideras que debo acostarme con esa chica, lo haré. Porque te amo, ¿me oyes? Solo porque te amo. Pero una vez, una sola vez; después tendrás que sacarte esta locura de la cabeza y nunca más volveremos a hablar de ello.

Es extraño cómo estamos hechos. Apenas Paul aceptó, la energía que yo había puesto en tratar de convencerlo se trocó en desesperación por que

hubiera aceptado. Tres minutos a cambio de un hijo; de pronto la ecuación dejó de parecerme tan sencilla.

Yo no era de naturaleza celosa, y nadie hubiera podido prever que ese temperamento enfermizo estallara en amor, ni mi marido ni Annie. Ni tampoco yo, de hecho, había alcanzado aún esa edad en que uno ya no se deja engañar por su naturaleza.

Aún hoy me pregunto si no le hice aquella proposición para que la rechazara. Simplemente para reactivar la conversación entre nosotros. Para que me tranquilizara y me dijera que no se iría de mi lado, que no me repudiaría como los demás. Catalina de Aragón, la emperatriz Josefina, la princesa Soraya..., no habría sido la primera mujer abandonada por culpa de la esterilidad. Por no hablar de todas aquellas que no eran conocidas.

Pero puede que si se hubiera negado, también habría estado resentida con él. En realidad le había hecho una pregunta cuya respuesta era necesariamente inaceptable.

Si me hubiera dicho que no, habría pensado que no me amaba.

Me dijo que sí; pensé que no me amaba.

De pronto tomé conciencia de lo indecente de la situación. Entonces le escribí una carta en la que le decía todo lo que debía hacer. Todavía puedo verme planificando los imperativos para que la cosa resultara lo más impersonal posible. El misionero era para todos los médicos la única posición razonable para copular, y la unión solo podía llevarse a cabo en una cama, «único altar en el que puede consumarse la obra de la carne con dignidad», todavía me acuerdo de esta frase, «en la oscuridad y el silencio más absolutos». Los médicos prohibían también severamente la presencia de espejos en la habitación conyugal, «abyectos objetos que no hacen sino desconcentrar». Sentía el sudor de mis dedos en la pluma, los celos. Aquellos tres minutos me parecían una tortura, una eternidad.

Durante la noche, con ayuda de Jacques, transformé la sala sin paredes en una habitación de circunstancias, y al día siguiente Annie recibió la misma lección magistral que mi marido. Pero ella de viva voz. Con esa mala fe que no me abandonaba, me decía a mí misma que a mí también me habría gustado que me explicaran con todo lujo de detalles cómo se desarrollaría mi primera relación sexual.

A decir verdad, el objeto de mis explicaciones no era tranquilizarla: al contrario, quería asustarla, incitarla a rehusar, a que detuviera por mí esa maquinaria infernal. Estaba segura de que la visión de su taller transformado

en lupanar la violentaría, pensaba que si no conseguía tocarle la fibra sensible a través de las palabras lo lograría a través de los lugares. «Mi marido volverá dentro de una hora...» Apremiándola, esperaba que diera marcha atrás.

—Esperemos a mañana...

Ya estaba, lo había dicho. Estaba convencida de haber ganado, de que Annie se echaba atrás. De que renunciaba. Le estaba profundamente agradecida por ser la única de nosotros tres que tenía el orgullo y el valor de poner freno a aquel proyecto insensato.

Cuando llegó a la mañana siguiente, yo no la esperaba. Pasé las horas que siguieron confiando en que Paul no regresara más temprano: regresó más temprano. Y aquella improbable escena se representó ante mis propios ojos.

Entró en el salón. Le miré. Él no. Annie tenía la cabeza gacha. Él le dijo: «Vamos». Ella se puso en pie. Le siguió. Y yo no hice nada por detenerlos. Oí cómo la puerta de la sala sin paredes se cerraba tras ellos.

Me quedé donde me dejaron. Los latidos de mi corazón hacían que mi busto basculara imperceptiblemente de delante atrás, me costaba respirar. Paul iba a volver, desolado, iba a decirme que no podía hacer el amor con otra. Si me hubieran pegado durante aquella espera, no habría sentido nada: ya no estaba allí. Estaba en esa parte del alma que no conoce el cuerpo, quizá esa que sobrevive cuando morimos.

Paul fue el primero en entrar en el salón, se paró ante la chimenea como si el fuego crepitase. Era su lugar, en verano como en invierno. Acostarse con otra mujer no le impedía conservar sus costumbres, recuerdo que pensé. Creo que fue en ese instante cuando me sentí traicionada de veras: cuando se quedó ahí de pie ante aquella chimenea. Yo lo miraba. Él no.

Le odiaba por quedarse ahí, pero al mismo tiempo me sentía con fuerzas renovadas al tenerlo otra vez delante. Entonces me entró un ataque de orgullo. Debía fingir que todo lo que acababa de pasar había sido en cumplimiento de mi voluntad. Como si no tuviera ningún problema en firmar el contrato que yo misma había estipulado. Sintiéndome como un muerto que roza su testamento, me sumergí en lo más profundo de mí misma y busqué el sonido para alcanzar un «adiós, hasta mañana» a Annie, que en ese momento se iba.

Me respondió con un lejano «hasta mañana».

Solo Paul no dijo nada. Con la mirada baja hacia la chimenea, adelantaba las manos como si quisiera calentarse al fuego que ardía. Estábamos a 9 de abril. Los morillos estaban vacíos. Fuera el sol calentaba.

Debería haber sospechado algo.

El mes siguiente retomó también él sus costumbres. Annie seguía viniendo por casa, mi marido seguía yéndose a última hora de la mañana y volviendo para cenar, a veces más tarde, pero muy raramente.

Yo fui la única que cambió. Ya no esperaba un niño, como todos esos años anteriores: lo aguardaba. Serena. Pensaba en todo lo que haríamos con él. Volver a París, retomar nuestra vida de antes. Abandonaría la condición de paria a la que me habían relegado, ya nada me separaría de Paul, recuperaríamos nuestra cama sin que recayese sobre nuestros cuerpos aquella pesada responsabilidad. Tendríamos un hijo y no esperaríamos otros, retomariamos nuestro retozar allí donde lo habíamos dejado algunos años atrás, en la ligereza de nuestros actos. Alentada por todas esas certezas, ni siquiera estaba ya resentida con Paul por haber cedido a mis presiones. Mi celos se aplacaron ante aquellos hermosos auspicios, creía bordeando los límites de la razón.

Pero el 9 de mayo, Paul me hizo saber sin más preámbulos que Annie no estaba embarazada. La noticia me resultó aún más violenta porque no esperaba que fuera él quien me lo anunciara. No era posible. Tenía que estar equivocado. Y además, ¿cómo se había enterado?

—Me lo ha dicho Annie.

¿Cuándo? No se habían vuelto a ver desde entonces.

—Bueno, no, no me lo ha dicho ella. Bueno, no exactamente... Habíamos acordado que si no estaba embarazada, engancharía la cortina de la habitación con la ventana y que de esa manera, por la noche, cuando yo llegara por la alameda, vería la cortina sobresaliendo y entonces lo sabría y podría decírtelo. Lo decidimos juntos, después de que... bueno, ya sabes, una vez hubimos terminado...

Todo me parecía espantoso. Que mi marido y Annie hubieran podido mantener esa complicidad. Que su polvo no hubiera servido de nada. Estaba loca de desesperación. Nunca me había visto en ese estado, ni por mí. Ese embarazo era la última oportunidad que teníamos de salvarnos. Me resigné una vez a que sus dos cuerpos se unieran, era a todo o nada. Tenían que volver a intentarlo. No podían abandonar, no ahora: tenían que continuar, hasta que funcionara.

Paul se irguió y se negó violentamente; habíamos hecho un trato, yo había acotado las reglas —«una sola vez»—, él las había respetado, ahora me tocaba a mí. Nos pasamos la tarde y la noche discutiendo. Él me acusaba de

querer destruirnos. Yo le respondía que no tener hijos era lo que sin duda nos destruiría.

Al día siguiente insistió en quedarse hasta que llegara Annie.

—Ya no sé qué serías capaz de meterle en la cabeza a esa muchacha ahora.

La observó desde la ventana del salón. Apenas oímos cómo se abría la puerta y ya estaba él en el vestíbulo. Se había precipitado a su encuentro y yo lo oía desde mi sillón.

—Ya le he dicho que no estás embarazada, le he contado lo de la cortina, que la habías enganchado en la ventana para avisarme.

Entraron en el salón. Estaba pálido, insistía. Hacía gestos hacia donde yo estaba.

—No quiere oír nada. Quiere que continuemos. No consigo hacerla entrar en razón, díselo tú, ¡dile que es imposible!

Annie lo miraba de una manera extraña.

—Yo estoy de acuerdo.

Ni Paul ni yo entendimos de inmediato lo que quería decir.

—Estoy de acuerdo en continuar hasta que lo consigamos.

Annie habló con el tono más calmado que pueda imaginarse. Mi marido se apartó de ella como si acabara de quemarle. Parecía totalmente perdido. Buscó con la mirada su cartera en la repisa de la chimenea, recordó que estaba apoyada en la pared debajo de la ventana, se dirigió a ella con paso decidido, la cogió al vuelo y se marchó.

Fue una escena absurda y, a pesar de la tensión palpable, Annie y yo sonreímos ante lo ridículo del mutis. Por lo demás, la situación pasó sin comentarios y Annie evitó que fuera a mayores con su naturalidad habitual, tendiéndome una revista y diciéndome tranquilamente: «Vamos a leer juntas, me gustaría retocar un cuadro». Podíamos retomar nuestra armoniosa convivencia.

En cambio, con Paul ya no nos hablábamos. Comíamos en silencio. Ni siquiera Sophie se atrevía a abrir la boca. Habitualmente hacía pequeños comentarios sobre los platos que nos servía, la buena idea que había tenido al dejar la piel de la berenjena, que le daba más sabor, o la suerte que teníamos de comer ese pollo tan rico que habría terminado en el capazo de fulanita si ella no hubiera apretado el paso para colocarse la primera en la cola... Era muy alegre, Sophie, pero el mal humor reinante se llevó por delante su labia.

Yo estaba literalmente poseída por mi obsesión y, como todas las

obsesiones, esta había aniquilado todo a su paso. Paul debía hacerle ese niño, a toda costa, y terminé tomando la peor decisión de mi vida: negarle mi cama. Pretendía obligarle de una manera u otra a acostarse con Annie: su cabeza se negaba, pero su cuerpo caería. Lo acorralé en su atrincheramiento con el sadismo de un enemigo; había olvidado que le amaba.

Habríamos podido seguir así mucho tiempo, encastillados en nuestras posiciones, esquivos el uno con el otro, pero un suceso exterior, como acontece a menudo en los dilemas inextricables, alteró de pronto las cosas.

Aquel día, Paul volvió a última hora de la mañana. Era sábado, yo estaba terminando de arreglarme. Pareció aliviado al verme allí. Estaba agitadoísimo, no podía estarse quieto, toqueteaba todos los frascos de mi tocador.

—Esta mañana he asistido a la ejecución de Weidmann<sup>3</sup>; ha sucedido algo atroz. Para empezar, la ejecución ha tenido lugar con casi una hora de retraso, todavía no se sabe por qué, pero ya se había hecho de día cuando ataron a Weidmann y se lo llevaron. Los fotógrafos estaban emocionadísimos por poder captar esos clichés de ajusticiamiento que hasta entonces siempre habían salido mal porque era de noche. Oía los clics de los disparadores de sus máquinas. La multitud vociferaba. Impasible según su costumbre, el verdugo Desfourneaux accionó la cuchilla. Y entonces, de repente, las mujeres han desbordado los servicios del orden y se han precipitado a las tablas del patíbulo para mojar sus pañuelos en los charcos de sangre; una horda de hienas. La cabeza de Weidmann aún no debía de haber rodado hasta el fondo de la cesta.

»Ha sido tan repugnante, todas esas mujeres en cuclillas, gritando, empapando la sangre a dos manos. Yo no entendía qué estaban haciendo. Ha sido Eugene quien me lo ha explicado. Ha estado de morros desde el comienzo del proceso. Hay que decir que se llama igual que Weidmann y que no podía dar un paso por los pasillos de la redacción sin que algún gracioso hiciera como que se rebanaba el pescuezo al pasar a su lado: «cuic». «Mira a esas locas... se creen que la sangre del tarado ese las va a hacer fértiles.» Cuando me ha dicho eso, no puedes imaginarte el miedo que me ha entrado. He cerrado los ojos y no me atrevía a abrirlos. Tenía miedo de verte surgir entre la multitud y arrodillarte en medio de esas mujeres. Me quedé el último después de que todos se fueran, acechando por las esquinas de las calles: habría sido propio de ti ir allí cuando ya nadie pudiera verte, para arrodillarte el tiempo justo de coger algo del bolso, el tiempo sobre todo de dejar que los bajos de tu falda rozaran discretamente el suelo, esperando así recoger

también tú unas gotas de sangre. ¿A qué habrías podido hacer una cosa así? Le he pedido a Eugene que escriba el artículo por mí y me he apresurado a volver: quería verte enseguida. Siento tantísimo esto que nos está pasando..., amor mío, no quiero que vayas nunca a dejar que tu falda roce el suelo de algún lugar, ¿me oyes?, nunca. ¿Todavía quieres que lo haga?

—Sí.

—¿Está ella aquí?

—Sí.

Estábamos a 17 de junio. Eugene Weidmann, «el asesino del río Voulzie», que lo era por partida séxtuple, había sido decapitado. Yo también.

Adoptaron la costumbre de verse cada sábado después de aquel. Era un secreto que compartíamos pero del que nunca hablábamos; esos son los secretos más aterradores. Actuábamos unos en función de los otros, pero sin ponernos de acuerdo. Esos días decidí alejarme y alejar también a Jacques y Sophie. Mientras él me llevaba a París y ella se dedicaba a hacer compras por ahí, no podían sospechar lo que se tramaba en la sala sin paredes.

Jacques me esperaba delante del Normandie. Confiaba en que ir al cine me distraería. Estar lejos y entretenida me haría las cosas más fáciles que quedarme en la habitación de al lado. Pero el pensamiento no se deja amordazar así como así. *Vive como quieras*, me acuerdo, Oscar a la mejor película, la gente hablaba muy bien de ella, «un Capra lleno de buenos sentimientos», no corría ningún riesgo... Salvo que los buenos sentimientos pueden llegar a exasperar cuando se está viviendo un drama y yo lo aprendí en mis propias carnes. Aquel día, el nudo que tenía en el alma estaba demasiado apretado para que esa película pasara y mientras bien estaba lo que bien acababa al ritmo de la canción «Polly Wolly Doodle», yo me deshacía en lágrimas. Nada de felicidad, ni de alivio, como el resto de los espectadores a mi alrededor; al contrario, desgracia, rabia, angustia. El hombre al que amaba hacía el amor con otra mujer. En vez de alejarme de mi drama, aquella película me lo había hecho más evidente que nunca.

Acercarme a Paul; era absolutamente necesario, lo sentía. Darle algo a cambio de esos sábados, mostrarle hasta qué punto le estaba agradecida.

Yo, que había rechazado todas las invitaciones desde que nos instalamos en L'Escalier, le propuse acompañarlo a la recepción de la embajada de Polonia y a la boda de Sacha, a la que sabía que asistiría; a la una por cuestión de política, a la otra por cuestión de amistad. Entre ambas veladas, ¿quizá

podríamos quedarnos a dormir en nuestra casa?

De acuerdo.

En nuestra casa de París, quería decir.

Sí, sí, lo había entendido.

Estábamos a 28 de junio de 1939.

La velada en la embajada fue alegre pero penosa. La flor y nata de París estaba allí, con la mayor de las despreocupaciones, como si las tensiones entre Polonia y Alemania no existieran. Lukasiewicz, el embajador, bailó toda la noche, descalzo y gesticulando, invitando a unos y otros a que le secundaran. Hasta los sirvientes con librea bailaban, y hasta yo. Hacía tiempo que no me divertía tantísimo. Una mazurca, una polonesa, una polca... Paul estaba aterrado. Con el peligro que corrían allá.

¿Es que no les había servido de lección lo de Checoslovaquia? Alguien a nuestro lado le respondió, mientras lanzaba la pierna al aire, que Lukasiewicz estaba convencido de que aquello era un farol de Hitler, que sabía de buena tinta que el Führer había prometido al Duce la paz hasta el 43. Paul lo trató de idiota, su voz se perdió en la música.

Cuando los fuegos artificiales estallaron, busqué su mano. Me la dio sin que pareciera darse cuenta de que hacía meses que yo no había tenido ningún gesto hacia él. En ese instante evalué cuánto le preocupaba la situación política. Pero yo, lejos de todas esas consideraciones geopolíticas, con la mano de Paul en la mía, pensaba que nuestro bebé quizá estuviera de camino. ¡Oh! ¡Qué bonita la palmera azul! Sería un niño. Estábamos a 4 de julio.

Aquella noche no dormí bien, Paul no vino a reunirse conmigo, y yo había imaginado que me dormiría en sus brazos. Se pasó la noche en el despacho limpiando su «colección de pistolas de colección», como él la llamaba.

Durante el desayuno me dijo que desde luego qué rara era la vida, después de todo ese tiempo sin verlas, en algunas encontraba un encanto nuevo y en otras ningún encanto en absoluto.

Recuerdo perfectamente esa frase y sé por qué. Fue una de esas frases que callan aquello de lo que en realidad hablan y que dejan un regusto tanto a quienes las pronuncian como a quienes las escuchan. Una «frase clave» de la que uno se acuerda más tarde y se dice: conque eso era lo que quería decir. ¿Cómo pude no darme cuenta de ello en ese momento?

Esa colección de armas perteneció a su padre; Paul la heredó a su muerte.

Siempre llevaba «la pequeña Deringer» con él. Como un anillo que pasa de dedo en dedo entre las mujeres de una misma familia, esa pistola, desde

hacía generaciones, pasaba de bolsillo en bolsillo entre los hombres de la familia de mi marido. Decían que era aquella con la que habían asesinado a Lincoln y que custodiándola ellos impedirían que causara más daño. Sophie, para quien la muerte de Lincoln no significaba nada comparada con los muchos remiendos que debía hacer en los bolsillos de los pantalones de Paul, solía rezongar que era una costumbre muy fea eso de pasarse todo el tiempo con una pis tola encima. Que traía mala suerte. A nosotros eso nos hacía reír.

Al día siguiente por la mañana salimos hacia Fontenayle-Fleury, a la boda de Sacha Guitry. Muchos lugareños se habían congregado alrededor del cortejo.

La ceremonia me conmovió mucho, no por sí misma sino porque me recordó a la nuestra. Esos dos «sí» que se responden me causan siempre el mismo efecto: durante unos minutos, el amor parece tan sencillo, que hasta el menos solícito, el más cínico o el más desengañado de la concurrencia cree en él. Solo después los ánimos vuelven en sí, como Paul.

—La verdad es que se llevan muchos años.

Sacha tenía cincuenta y cuatro; Geneviève, veinticinco. No repliqué, pero no me gustó nada aquella reflexión. Era la segunda vez en menos de una semana que la diferencia de edad aparecía en mi camino.

El sábado anterior había visto *Amanece* en el Normandie, y como Carné es demasiado sutil para decirlo, no lo dijo, pero esa cuestión constituía precisamente el meollo de su película. Arletty y Jacqueline Laurent son tan parecidas que solo la edad las distingue y, entre ambas, tanto Gabin como Jules Berry eligen a la más joven. A buen entendedor, pocas palabras bastan, debió de pensar Carné al contratar a esas dos actrices.

Se lo expliqué a la persona que tenía sentada a mi lado en la mesa, que trabajaba en el cine; al ver la película ni se le había pasado por la cabeza, pero ahora que yo se lo decía, era evidente.

No éramos muchos en esa comida, ciento cinco para ser exactos. Sacha había querido invitar a tantas personas como obras había escrito, muy propio de él. Me encontraba bastante a gusto. El ambiente era festivo; la conversación, animada, lo que me ponía al resguardo de preguntas triviales sobre los hijos. No hacía buen tiempo, comimos dentro, salvo los postres. En el jardín, un burro tiraba de una carreta en la que había plantado un ce rezo adonde cada uno debía ir a servirse. Las mujeres encontraron la idea encantadora, tan poética..., los hombres habrían preferido no verse obligados a levantarse de la mesa; de hecho, la mayoría de ellos se saltaron el postre.

Verme así, atrapada en medio de todas esas mujeres a la vez, me dio un poco de miedo y las dejé que fueran por delante. Fue al contemplarlas bajar la escalinata, inofensivas, mis enemigas de ayer, cuando de pronto comprendí que mis adversarias habían cambiado.

Junto al burro que tiraba de la carreta, había una cierva blanca con la que Sacha había obsequiado a Geneviève como regalo de bodas.

Annie era la hermosa cierva, y yo, el burro que sufría.

Me quedé estupefacta ante aquella evidencia. Los diez años que nos separaban, y que nunca había advertido realmente, fueron como una repentina bofetada.

—¡La señorita Annie va a ser de las que llaman la atención!

¿Cuántas veces me había repetido Sophie esa frase en las últimas semanas? Temía empezar a comprender lo que pretendía insinuar. A los criados es imposible ocultarles nada, ellos ven cosas que los demás no ven. Nosotros somos el centro de su interés y ni aun teniendo cuidado podemos impedir que les salte a la vista el detalle inculpatario. La caída de una colcha, una cortina demasiado corrida, solo ellos son capaces de rehacer lo que han hecho, un pelo que no pinta nada allí, una actitud demasiado solícita o demasiado distante, el menor cambio les resulta perceptible.

Subí al coche, como cada sábado por la mañana de esas últimas semanas, pero al salir del pueblo hice como que me daba cuenta de la fecha. Que ellos se fueran de compras, como siempre, yo prefería volver. París, al día siguiente del 14 de julio, los Campos Elíseos estarían impracticables. Y pedí a Jacques y Sophie que me dejaran ahí, en el cruce, volvería a pie.

—¡La señorita Annie va a ser de las que llaman la atención!

Me aferraba a esa frase para no dar media vuelta, para no echarme atrás de pronto. Después de todo, ¿por qué tendría que sentirme incómoda? No iba a violentar ninguna intimidad; no la había. Era yo quien había decidido las reglas de sus encuentros, mi presencia ahí no tenía, por tanto, nada de indecente. Traté de convencerme de ello cuando oí la puerta que se cerraba tras ellos. Se acercaron a la cama. No alcanzaba a entender lo que se decían, los tapices ahogaban sus murmullos. Pensé que se tumbarían. Entreabrí las pesadas colgaduras.

No se habían tumbado, estaban sentados. Los dos en el borde de la cama. Paul le pasaba la mano por el pelo para despejarle el rostro. Hablaban en voz baja. Mirándose a los ojos. Annie estaba de espaldas, yo solo veía la cara de Paul, animada, de lo más animada. Y luego dejé de verla, se besaron. En los

labios. Con todas sus fuerzas. Con los dedos Annie seguía el contorno de los hombros de Paul, de su cuello; él se dejaba hacer, miraba su boca. Después de largas caricias, ella se dirigió hacia el montón de lienzos nuevos que había en el suelo y, tras retirar los de más arriba, cogió uno del centro. Vaya escondrijo. Aún no lo había colocado en el caballete cuando yo ya sabía lo que iba a ver: el retrato de Paul.

Trabajó en él largo rato, Paul miraba al frente, sin moverse, tan tranquilo. Ella dejó el pincel y fue a arrodillarse delante de él. Permanecieron así un buen rato, hablando en voz baja. Y luego él la levantó y la besó. Se desnudaron mientras se acariciaban. Él la tomó en sus brazos, como se lleva a una recién casada, y la depositó en una banqueta alta. Llevó su boca a su sexo. Ella gozó. Volvieron a la cama. Sus cuerpos se estrechaban. Ella se sentó entre sus piernas, él le tocaba los senos, las nalgas, la besaba en la frente, gemía, ella se la meneaba. Le hizo correrse sobre las sábanas.

Ya podía yo seguir esperando el hijo...

Se tumbaron uno al lado del otro, con las manos en el sexo del otro. Con el rostro de cara al otro. Paul la ayudó a volver a vestirse. Le acariciaba la nuca mientras ella se recomponía el peinado. Y salieron de la habitación. Cogidos de la mano.

Vomitó detrás de las cortinas, vomité por lo que acababa de ver. En mi cabeza sus cuerpos seguían enlazándose, sus manos se buscaban, sus bocas se mordían, se daban placer, pero mi marido no la penetraba. Hacían el amor para no hacer un hijo.

Pero ¿qué me había pensado yo? Con lo guapa que era. Y aunque no lo hubiera sido tanto, su audacia la habría hecho deseable. No había pudor ni resistencia en su cuerpo flexible, sus posturas eran tan fáciles, sus manos tan precisas, era erótica, excitante incluso tumbada, aun sin hacer nada. Vomitó al saber que nunca podría luchar contra eso, aunque hiciera los mismos gestos que ella. Vomitó ante la certeza de que mi marido amaba a aquella mujer. En eso los cuerpos no engañan.

Al día siguiente, un mechón de canas surcaba el lado derecho de mi cabeza. Paul me llamó mientras yo descubría aquella marca inmunda. Me pilló desprevenida, así que rápidamente me eché un fular para ocultarlas. Tenía miedo de que él también las viera y adivinara así que lo sabía todo. Ni si quiera le llamó la atención el fular que, sin embargo, era como para llamar la atención, tan pasado de moda estaba. Era 16 de julio.

Los días transcurrieron, petrificados ante la evidencia. Los cuadros de

Annie traicionaban su traición, eran más violentos, más atormentados. Todavía recuerdo un campo de acianos, sobre un fondo negro, de una vigorosa sensualidad. Como si todas las cabezas de las flores tuvieran algo del rostro de Paul. Era insoportable. Los sábados se sucedían y yo no podía decir nada, ni al uno ni a la otra, después de todo lo que les había suplicado.

¿Y si se lo hubiera dicho a Paul? ¿Me habría escogido? ¿Me habría soltado en la cara que la amaba? Quise decirle «volvamos a París, a nuestra casa», pero no me atreví por miedo a que me contestara «llevémonos a Annie». No habría podido soportar que se desenmascarase. Y si aún no se había confesado a sí mismo que la amaba, no valía la pena que yo se lo descubriese.

No trataba de comprenderlos, sino sencillamente de desconcertarlos, como siempre que descubrimos un secreto del que nos han mantenido al margen. Muchas veces me escondí tras aquellas pesadas colgaduras. Diseccionaba los gestos de mi marido, reconocía algunos que había tenido conmigo, y sobre todo descubría muchos otros. Necesitaba verlos y volver a verlos amarse, traicionarme, como si ya supiera que iba a llevar a cabo un acto odioso que necesitaba un odio profundo. En lo sucesivo, en cada uno de mis momentos de debilidad, de vacilación, esas imágenes insoportables se me impusieron para empujarme, inexorables, a lo peor.

Estábamos los dos en el salón. Paul y yo. La radio estaba encendida, el ministro de Sanidad describía una situación catastrófica. Aquello era una carrera por la natalidad. Los periódicos alemanes exhibían los ejemplos que había que seguir: «Schumann fue el menor de cinco hermanos, Bach tuvo siete, Haendel nueve, Durero dieciséis, Wagner era el benjamín de ocho hermanos, Mozart de diez...». Mientras que en nuestro país la cuestión de la natalidad era particularmente angustiada. La población disminuía, se podía calcular el momento en que Francia se vería despoblada en la mitad, en tres cuartos e incluso el momento en que desapareciera del todo...

Me quedé sin escuchar el final. Paul se había levantado nervioso, había girado el mando de la radio. Después de un rato me dijo:

—Por cierto, Annie sigue sin quedarse embarazada.

Me mordí los labios para no estallar. Ella, que se lleva el sexo de mi marido a la boca.

Aquel año no nos fuimos de vacaciones, algo que nunca había sucedido. Por lo general, pasábamos el verano en nuestra casa de Colliure.

Paul decía que la situación en el país era demasiado tensa, pero yo sabía

que no era más que una excusa. En realidad, no quería irse lejos de Annie. Para no ser menos, le respondí que yo tampoco me había planteado dejar L'Escalier, con toda esa tropa de «vacaciones pagadas» que invadía nuestras playas. De hecho, seguramente también Annie y sus padres se irían en unos días.

Mi reacción alivió a Paul hasta tal punto que ni siquiera se percató de mi ataque contra su falso pretexto y contra Annie, a la que acababa de incluir claramente en esa masa de proletarios que yo despreciaba. Mi perfidia no tuvo efecto alguno: ya hacía mucho tiempo que mi marido había dejado de verla como la hija de obrero que era. Él, que juguetea con sus dedos, que la besa dulcemente en el hueco donde termina la muñeca y comienza la mano.

Contra todo pronóstico, a mediados de agosto me propuso que fuéramos a pasar unos días a Deauville, estaba más cerca que el sur y podríamos regresar más rápidamente si la situación degeneraba. Lo que tomé como una deferencia hacia mí se transformó en una auténtica pesadilla. Uno puede ocultar su desgracia entre gente desgraciada, pero no entre gente feliz. Y en medio de todos esos individuos que paseaban, vocingleros, a la orilla del mar, la desgracia de Paul resultaba evidente. Se apasionó con el robo del cuadro de Watteau, *El indiferente*; recuerdo su título porque era el efecto que a mí me producía el que hubieran encontrado aquel cuadro del Louvre. Me leía los artículos relativos al caso, que si Bogousslavsky esto, que si Bogousslavsky lo otro. Esos monólogos me horrorizaban. No tanto porque constituyeran más o menos las únicas palabras que mi marido me dirigió durante aquella estancia como porque tenían la marca apenas enmascarada de Annie. No era conmigo con quien hablaba.

En los baños del restaurante donde comíamos, me quité el fular y me arranqué las canas una a una. A la séptima, decidí que si la guerra no estallaba, mataría a Annie; a la novena, ya no lloraba y las arrancaba casi con deleite al ritmo de «Tout va très bien, madame la marquise», cuya melodía llegaba hasta mí desde el comedor del restaurante.

Solo una separación podía procurar mi salvación. Perdida en una vergonzante especulación sobre la desgracia, deseaba la guerra con todo mi corazón. Durante ese mes de agosto de 1939, hubo muchas señales. Se tomaban medidas de defensa pasiva: los sacos terreros habían invadido París, cubrían las estatuas; habían sacado los animales raros del Jardin des Plantes, y los trenes que enlazaban con Alemania habían sido suprimidos. Lo que asustaba a todo el mundo a mí me reconfortaba.

¿Habría guerra o no? Me aferraba a la más mínima señal, incluso a las más engañosas. A las predicciones de los astrólogos que aseguraban que según los horóscopos de Hitler y Mussolini «no habría guerra ese verano», pero yo prefería leer que en el este de Francia y en Alemania se había observado pasar gran número de ampelis europeos, como en 1870, como en 1914; esos pájaros, cuyas plumas terminan en una especie de gota de lacre de color rojo sangre, tenían fama de anunciar grandes catástrofes. O incluso que habían dado con una edición rara de Nostradamus que tampoco hacía presagiar nada bueno. «En 1940, los ejércitos alemanes invadirán Francia por el norte y por el este. París será reducida a cenizas y será en Poitiers donde se libere la batalla definitiva. Pero entonces surgirá un francés que despertará todas las energías de la nación, expulsará a los alemanes e irá a Aviñón para ser coronado rey, en medio del júbilo general.»

El propio Paul me hizo una descripción apocalíptica de la situación, sin sospechar cuánto me alegraba aquello. No solo es que fuera a desencadenarse la guerra, sino sobre todo que no nos íbamos a librar de perderla. De nada servía que me lo ocultara: su periódico le había pedido que investigara sobre la realidad de nuestra preparación militar y lo que había descubierto no necesitaba mayor comentario. Había logrado interceptar documentos oficiales, cartas de diversos miembros de la comisión del ejército, que sentenciaban nuestra derrota: nuestro ejército de tierra era deficiente; los cañones, obsoletos, y las tropas carecían de instrumentos de observación y de medida. No había vehículos oruga para suministro de municiones: en su lugar, camionetas incapaces de avanzar por un terreno castigado por los obuses y las minas. Algunos regimientos ni siquiera tenían material antigás ni un mal claxon para dar la alarma. Y era aún peor en el caso del ejército del aire. Nuestra artillería contra los aviones solo podía alcanzar a los aparatos que volaran a menos de seis mil metros, mientras que los aviones alemanes podían alcanzar cotas de ocho a once mil metros. Carecíamos dramáticamente de aviones modernos. La aviación francesa se exponía a verse aplastada en unos pocos días.

Qué se le iba a hacer.

Yo prefería que fuera la guerra la que me arrebatara a mi marido, no ella.

Prefería que fuera la muerte la que me arrebatara a mi marido, no ella.

Y luego sucedió aquel increíble apretón de manos entre Ribbentrop y Molotov. El propio Daladier, jefe del gobierno, al que despertaron en plena noche, creyó al principio que era una broma de los periodistas. Pero los dos

bandos —¿guerra o no?— seguían enfrentados. Había quienes, como Paul, opinaban que la maquinaria se había puesto en marcha definitivamente y quienes, como Louis Aragon, escribían que la guerra acababa de dar un paso atrás, que el pacto germano-soviético iba a servir como instrumento de paz contra el Reich agresor. Los errores nacen a menudo de las certezas.

En casi todas las noches de aquel mes de agosto me asaltó el mismo sueño. Bombardeaba a los alemanes y, gracias a mí, se declaraba la guerra.

El 1 de septiembre, a las 4.45, el acorazado alemán *Schleswig-Holstein* abrió fuego contra el enclave polaco de Westerplatte. Y a las 8.00, Alemania proclamaba que desde ese momento Danzig y sus territorios pasaban a formar parte integrante del Reich.

A las 10.30, Paul me despertó y me anunció la noticia. Debía presentarse en la caja de reclutamiento: se había ordenado la movilización general. Yo no encontré palabras de consuelo.

Regresamos a París. En las calles, docenas y docenas de niños por todas partes, una maletita o un petate en la mano. Algunos llevaban a la espalda una gran etiqueta de tela con su nombre y apellido. El gobierno había dado orden de evacuarlos. Tuve envidia de todas las mujeres que lloraban ese día; su desgracia era la prueba de que la vida les había concedido la felicidad que a mí se empeñaba en negarme.

El 3 de septiembre, Adolf Hitler se levantó a las 7.00, fue informado de las novedades del frente, eran excelentes: panzers y stukas decidían la suerte de Polonia.

A las 9.15, en su despacho, hizo que le tradujeran en voz alta y pausada el texto del ultimátum británico a Alemania.

A las 12.30, el embajador de Francia remitió, por su parte, el texto fatídico: «El gobierno de la República se honra en informar al gobierno del Reich que a partir de hoy 3 de septiembre, a las 17.00 horas, se verá en la obligación de cumplir los compromisos contraídos por Francia hacia Polonia que son conocidos por el gobierno alemán».

No quedaba un solo periódico en los quioscos. Los teatros y los cines estaban cerrados; las carreras hípicas, suspendidas. Una multitud ferviente se apiñaba en las iglesias, los fieles permanecían de pie en la puerta. Llovía. Paul y yo estábamos en casa, en el salón, sin decirnos nada. Paul no tenía miedo. Él observaba. Y yo... yo lo miraba. Me habría gustado fijar sus rasgos en la memoria, pero sus rasgos habían muerto: otra se los había llevado antes que yo.

Salí. La lluvia había cesado. A la entrada de los edificios los porteros pintaban la palabra «refugio» en grandes letras blancas. Se aproximaban las 17.00. A mi alrededor los hombres consultaban sus relojes. Todavía veinte minutos... Todavía diez minutos... Todavía cinco minutos... La campana de la iglesia de la Madeleine sonó cinco veces. Estábamos en guerra.

Nunca se piensa en esas mujeres que vieron a su marido partir hacia la guerra con el mayor de los alivios, y sin embargo las había: yo fui una de ellas.

Al día siguiente le pedí a Jacques que me llevara a L'Escalier. Estaba obligada a volver; de lo contrario, Annie se habría dado cuenta de que yo sabía algo. Al menos le debía una despedida «amistosa». Estaba segura de que estaría allí, esperando lo imposible; esperando, a pesar de la movilización, que él también estuviera allí. Pálida, me contó, por contarme algo, sus vacaciones en Dinard, donde su padre las había llevado a su madre y a ella.

Así que esa era la verdadera razón de esas ganas repentinas que le entraron a Paul «de ir a respirar la brisa marina»..., y pensar que creí que lo hacía por mí. Estaba claro que no se habían visto, de lo contrario no me habría contado su viaje con tanta ingenuidad. Solo la perspectiva de estar un poco menos lejos de ella había incitado a Paul a que fuéramos a Deauville; eso era peor. ¿De cuántas otras mentiras había sido víctima?

Ante todo no debía gritarle mi odio, no debía decirle que lo sabía todo, no iba a humillarme de esa manera. Simplemente hacerla dudar. Al principio no me creería, pero conforme los días pasaran, las palabras cobrarían fuerza y no habría nadie allí para borrarlas.

La víspera de que marchara al frente, Paul se vino abajo. Me hizo prometerle que me quedaría en París, allí el correo llegaría antes, no quería abandonarme, me amaba con todo su ser, nunca antes había estado tan seguro de ello como ahora, ante el peligro inminente, me lo repitió incansablemente. Me amaba. Me amaba. Me amaba. Y me hizo el amor con todo el ímpetu de un hombre enamorado que se va a la guerra. Eso no nos pasaba desde hacía meses.

Acababa de devolverle con palabras el daño que ella me había hecho, pensaba que nunca más volvería a verla.

Pero a primeros de octubre Sophie entró en la biblioteca y me dijo que Annie preguntaba por mí.

—Estoy embarazada.

Aquella frase que tanto había esperado en el pasado me heló la sangre.

Estaba mintiendo. Yo había visto la naturaleza de sus relaciones, no era posible.

Annie no me dijo nada más para tratar de convencerme. Aquella contención, aquella solemnidad hicieron que la creyera.

Mecánicamente, como si el haberlo imaginado tantas veces inspirara a mi cuerpo a hacerlo, me puse en pie y la estreché en mis brazos. Le di las gracias, estaba feliz. Y lo más increíble del caso es que era verdad. Le dije que volviera a su casa, que descansara, que yo me ocuparía de todo; ahora tenía que pensar en el siguiente paso, tenía que encontrar un plan.

Por supuesto, me pregunté si se trataba efectivamente del hijo de mi marido. ¿Quién me aseguraba que solo se acostaba con él? Pero aquellas imágenes que tantas veces había visto me vinieron a la mente y tuve la certeza de que ella le era fiel y que él era el padre.

No conseguía ver las cosas con claridad. Había comprendido que ellos no deseaban aquel embarazo que inevitablemente pondría fin a sus encuentros. Yo ya no esperaba ese niño. Y luego me acordé de las palabras que un día le susurré a Annie al oído, como quien no quiere la cosa. Le insinué que quizá fuera mi marido el estéril y que quizá no servía de nada obstinarse en aquello. No tardaron en abrirse camino hasta su vientre. Esa posibilidad, que yo dejé caer sin insistir, tomó carices de amenaza. Annie comprendió que las cosas no podrían continuar así eternamente. Así que se las apañó para que Paul le hiciese aquel hijo, la manera más vil que tiene una mujer de conservar a un hombre.

De repente volvía a llevar las riendas de los acontecimientos y decidí regresar a L'Escalier. No me disgustaba la idea de dejar París. La vida allí había resultado imposible durante ese mes de septiembre. No se podía salir a la calle sin la máscara de gas, sin que al primer pitido del primer coche que pasaba todo el mundo corriera a ponérsela creyendo que se trataba de una alarma. Y luego todas esas sirenas en mitad de la noche, bajar a los refugios, para nada, arriesgándote únicamente a que mientras tanto te desvalijaran la casa. Sophie estaba trastornada, su hermana había sufrido graves quemaduras durante un simulacro de alerta en el metro, habían vuelto a conectar la corriente por error cuando aún quedaban viajeros en las vías. Los taxis habían abandonado París para transportar a provincias a las familias que huían. Ya no podía salir a la calle. Todo estaba cerrado. Por no hablar de los movilizados que aún no eran soldados de reemplazo. No eché de menos nada de aquello al regresar a L'Escalier.

Nos quedaríamos en Nuisement para que ella no se alejara demasiado tiempo de sus padres, y en cuanto su embarazo estuviera a punto de notarse, nos iríamos.

Primero pensé en llevármela a Colliure, a nuestra casa de veraneo, pero conforme pasaban los días, mi desconfianza aumentaba. Más valía volver a París: era lo más prudente.

Por fortuna, durante los primeros meses de movilización, la distribución del correo fue muy mala —aquello era motivo de enfado generalizado, las cartas, los paquetes tardaban semanas en llegar—, por fortuna para mí; de lo contrario habría incurrido en contradicciones en mis cartas a Paul. Colliure, París, habría dicho primero una cosa, luego otra y habría tenido que justificarme, despertando así inevitablemente sus sospechas. Pero cuando recibí su primera carta —el 7 de noviembre— ya sabía exactamente lo que iba a hacer, había tenido tiempo de tomar mi decisión.

No podía limitarme a ocultar el embarazo de Annie. Hablando con propiedad, yo debía estar embarazada a los ojos de todos.

Escribí a Paul diciéndole que volvía a nuestra casa, a París, y que me llevaba conmigo a Annie, no tenía ánimos para dejar a una persona tan amable. Punto y aparte. Me haría compañía durante esos pocos meses, tan especiales. Punto y aparte. Nunca habría imaginado que le haría partícipe de esa noticia en aquellas condiciones, esa increíble noticia que habría merecido decirse en persona, íbamos a tener un hijo. Punto y aparte. Estaba embarazada.

Exhibir, hacer gala de mi embarazo era el único medio para que nunca nadie pusiera en entredicho mi maternidad. Debía protegerme. No sabía qué tipo de promesas se habían hecho en medio de sus caricias más arrebatadas y no quería que algún día pudiesen esgrimir su palabra contra la mía.

Afortunadamente no rechacé a Paul la noche de su partida. Aun cuando la declaración de guerra suponía un alivio indecible para mí, estaba anonadada ante la idea de no volver a verlo durante largos meses, quizá largos años, o quizá algo peor. Así que dejé que me tomara entre sus brazos. Quizá también porque quería ser la última con quien compartiera su cama, una victoria como otra cualquiera: los seres burlados no se muestran menos orgullosos. No le mentí del todo a Annie: era cierto que Paul me había hecho el amor la noche de su partida. Pero no como un hombre enamorado que se va a la guerra. Simplemente como un hombre que se va a la guerra.

Cuando le propuse a Annie que nos instaláramos en París, aceptó de inmediato. De hecho, aceptó todo durante aquellos cinco meses, hasta el no

salir de casa. Hay que aclarar que yo fingía que cada una de mis decisiones las tomaba de común acuerdo con mi marido. Me aprovechaba sin ningún escrúpulo de su enamoramiento para ganármela para mi causa.

Como la guerra no acababa de estallar, París recobró un aspecto más hospitalario, volvió a instalarse cierta confianza. Quienes habían enviado a sus hijos al campo los hicieron volver. Raros eran los que todavía seguían bajando a los refugios, hasta el propio gobierno había limitado las alertas, las máscaras de gas habían pasado a ser uno de esos objetos con los que se tropieza uno de vez en cuando, un modisto hasta decidió utilizarlas como modelo para un frasco de perfume. Las trincheras de los parques servían de escondite para los niños en sus juegos. El curso de la vida había retomado una especie de normalidad.

Una «guerra de mentira» para un embarazo de mentira, eso me decía yo. Y eso le decía también a ella. Siempre fingía mostrarme muy cercana a ella. Habían vuelto a autorizarse los bailes, y también las carreras de caballos; habían abierto otra vez casi todos los cines y teatros. Yo salía mucho. Porque fuera era yo la embarazada, mientras que en casa no era más que una impostora. Pero también porque me resultaba más fácil fingir que esperaba un hijo que fingir que quería a Annie.

Sin embargo, hacía todo lo posible por mostrarme agradable con ella, afectuosa. Le hablaba del «código civil» que Daladier acababa de aprobar y de la prima de tres mil francos que se concedía por el primer hijo. Tomaba precauciones oratorias, sabía muy bien que ella no había aceptado traer al mundo aquel hijo por el dinero, pero aquella cantidad le correspondía de pleno derecho. Y la engatusaba con la cantidad de lienzos, pinceles y carboncillos que podría costearse con ese dinero. Todo eso para que se le pasaran las ganas de echarse atrás o de salir huyendo.

La vigilaba mucho. A pesar de esa apariencia de confianza consolidada, de encierro consentido, le pedí a Sophie que nunca se alejara de ella, que siempre supiera en qué habitación se encontraba.

Llegué a regalarle un gatito, imaginándola, demasiado sola, susurrar a la oreja de ese animal sus desgracias, palabras ardientes y afectadas y así enterarme de más cosas de lo de ella y mi marido. Pero solo le hablaba a su tripa, y en voz tan baja que Sophie no era capaz de entender ni una palabra.

Y si por casualidad Annie hubiera tratado de salir, la puerta de casa, permanentemente cerrada con llave, se lo habría impedido. Pero, en el fondo de mí misma, siempre supe que se iba a quedar: mi mejor aliado para que no

se marchara era Paul; ella lo esperaba.

Cuando recibía una carta de él, encontraba un placer maligno en hacérselo saber a Annie y en darle noticias suyas, brevemente. Sus ojos brillaban cuando le hablaba de Paul, no respiraba de la misma manera, estaba «físicamente» en suspenso de lo que salía de mis labios. Me hacía daño su modo de mirarme. A veces, sádica, no le decía adrede lo que ella esperaba escuchar. Pero horas después cambiaba de opinión, cuando la veía sombría, tan ausente y triste. No quería infligir ese estado anímico en el bebé que portaba, en mi hijo, así que le decía:

—Por cierto, Annie, se me olvidó decirle que mi marido le manda un abrazo.

Al final de cada una de sus cartas, Paul añadía una posdata: «Saluda a Annie de mi parte». Esa frase, corta, invariable, estigmatizaba todos los mensajes que recibía de él. La distancia le hacía mostrarse más dulce conmigo y la perspectiva de ese bebé también; me hacía muchas preguntas a las que yo cuidaba siempre de contestar... después de habérselas planteado a Annie. Sus cartas eran largas porque, hasta en un frente donde no sucedía nada, mi marido no dejaba de ser periodista. Pero, pese a esa recuperada complicidad, aquella posdata inalterable, lacerante espada de Damocles, me demostraba, carta tras carta, que esa mujer no se le había ido de la cabeza. Y lo imaginaba escribiendo esa última frase con mayor esmero que las demás. «Saluda a Annie de mi parte.»

Por mi parte, en mis cartas, le daba algunas noticias de Annie, brevemente.

Con frecuencia me pregunté si se habrían escrito de no haber estado ella en casa conmigo. Desgraciadamente estaba bastante segura de conocer la respuesta.

Y luego un día llegó aquel telegrama que no esperaba, sin posdata.

Por fin stop estaré allí el 22 stop marzo stop permiso de seis días por fin stop

Seis días de permiso, el acabose.

En circunstancias normales Paul habría dicho «una semana», pero en esos tiempos inciertos un día era un día y lo aproximativo había dejado de formar parte de nuestro modo de pensar. El peligro te hace ser preciso. Fui presa del pánico por completo. «Estaré allí el 22.» En esos tiempos inciertos,

precisamente, no había nada menos fiable que una fecha; el tiempo ya no era dueño de sí mismo: la guerra, aunque «de mentira», le imponía su ritmo. El de la inconstancia. El de la imprevisible variabilidad. Estábamos a 18 de marzo. Desde que me escribió ese telegrama, las cosas habían podido cambiar mil veces. Y su permiso podía haberse adelantado, porque eso iba bien a no sé qué camarada de la compañía o a no sé qué misión. Podía perfectamente llegar hoy, de un momento a otro. O haberse inventado esa fecha para dar me la «bonita sorpresa» de presentarse de improviso, de un momento a otro.

Lo veía bajando del tren. Pagando el taxi. Lo imaginaba de pie ante mis ojos con una sonrisa que quería decir «¡Soy yo!». El menor ruido me asustaba, ¡era él! Ordené a Sophie que preparara nuestros equipajes para algunos días y que llevara provisiones. Me preguntó adónde íbamos. Como ni yo misma lo sabía, le respondí secamente que no tenía necesidad de saberlo para hacer unas maletas, ¡que yo se lo ordenara bastaba! Pobre Sophie, en lo que a mí concernía, el peligro me había vuelto más agresiva que precisa.

Nunca había querido pensar en el permiso de Paul. Cada día me aportaba ya su ración de hechos «reales» con los que debía lidiar, me negaba a pensar en todos aquellos que podían suceder «eventualmente». Todo era ya tan complicado que no quise creer que aquel permiso llegaría algún día.

Nos marchamos esa misma noche. Al molino. Aunque a mi marido le diera por recorrer todas nuestras fincas, ni por un solo instante imaginaría que estábamos ahí: aquel sitio era demasiado incómodo, demasiado espartano. Annie no se molestó. Le presenté aquella repentina escapada como una idea de mi marido para que «le diera el aire al bebé». ¡Qué suerte!, podríamos celebrar la llegada de la primavera en plena naturaleza; Annie seguía aceptando todos los acontecimientos como si formaran parte del orden de las cosas.

—¿Y Alto?

—¿Qué pasa con Alto?

Ya habíamos recorrido un buen trecho cuando tuvimos que dar media vuelta para ir a buscar al gato. No me había acordado de él ni por un segundo.

Paul nunca vendría a buscarnos allí, ese era el destino de una huida, y él no podía imaginar que yo le rehuía. Me pasé dos semanas repitiéndome ese argumento, enclaustrada en el olor del trigo. Me aterraba la idea de que Paul apareciera y me desenmascarara. Finlandia se había rendido a los rusos unos días antes de que nos fuéramos. No tenía ningún medio de saber qué pasaba en el frente. ¿Y si los acontecimientos se habían precipitado y nos pillaban

desprevenidas allí?

De todos aquellos meses, los días transcurridos en el molino fueron, sin lugar a dudas, los más agotadores. Mi situación era tan angustiosa que hablaba en sueños por las noches. Dormía con Annie y tenía miedo de delatarme. Terminé instalándome en la cocina, en el colchón de Sophie.

Nunca dudé tanto de mis planes. ¿Era la soledad? ¿O quizá el silencio, el no hacer nada? Ya casi me había olvidado del daño que me habían hecho. Trataba de revivir mis reproches contra ellos, pero casi me daban igual. Los únicos sentimientos que subsistían eran la culpabilidad y el remordimiento. Y además ¿iba a ser yo una buena madre? ¿Sería correspondida en mi amor? A esas horas mi marido debía de estar buscándome, pero no por mí. Annie esperaba tranquilamente, pero no por mí. Quizá ese niño tampoco me amara. Quizá yo no era digna de amor, así de sencillo.

Creo que estuve a punto de abandonarlo todo, pero ellos despertaron de nuevo mi cólera latente.

Tenía miedo de volver a París y que Paul estuviera aún allí, habrían podido perfectamente retrasar la fecha de su marcha. No tenía elección, tenía que ir a verlo por mí misma. No podía enviar a Jacques a comprobar que el señor se había ido ya para reincorporarse a su regimiento, nunca quise que se enterara de lo del embarazo de Annie. De Sophie no temía nada; de él sí. Siempre respondía «Sí, señora», «Sí, señor» antes de que termináramos las frases. No era un exceso de celo, sino una necesidad imperiosa de estar activo. Era demasiado impulsivo para guardar un secreto. Tenía otras cualidades: con él todo era posible. A fecha de hoy, a juzgar por lo que me han contado, es un anciano al que le van bien las cosas. Menos mal que lo dejé al margen de esta historia; todos los que se vieron involucrados han muerto en condiciones demasiado trágicas.

Aquel fue el único día que lamenté que Jacques no estuviera al tanto de todo; aquello no me dejaba elección, debía ir por mí misma a ver si Paul se había ido ya.

Esperé algunos días a que pasara la fecha «prevista» del término de su permiso y, de noche, sin decírselo siquiera a Sophie, emprendí camino a París. Llegué a la puerta de casa alrededor de la medianoche. No se apreciaba ninguna luz. Era buena señal: habitualmente a esas horas mi marido aún no se había ido a dormir. Podía ser que hubiera salido, pero lo más probable era que estuviera ya en su casamata con los demás soldados. Traté de tranquilizarme, pero no las tuve todas conmigo cuando abrí la puerta.

Vi su carta de inmediato. Allí estaba, sobre el velador del vestíbulo, la luz de la luna la iluminaba.

Pero ¿dónde me había metido? ¿Es que no había recibido su telegrama? Esperaba que estuviera bien. Estaba tan agobiado de que no nos hubiéramos visto... No era posible tener tan mala suerte. Y el bebé, le habría gustado tanto sentirlo bajo sus dedos, ver cómo se movía mi tripa... Estaba tan preocupado por el futuro... No había que hacerse ilusiones, la actual inmovilidad militar no iba a durar mucho. Los verdaderos combates iban a desencadenarse y, motorizados, iban a ser mucho más terribles que los de la Gran Guerra. Había que prepararse para lo peor. No entendía por qué el gobierno dejaba tantos soldados inútiles en un frente inmóvil cuando se necesitaban tantos obreros en las fábricas. Para muestra, un botón: el tipo que pelaba patatas en su regimiento era un mecánico de motores de aviones. Era el mundo al revés. Se disculpaba por contarme todas esas cosas, le habría gustado tanto que viviera mi embarazo en mejores condiciones... Me pedía que cuidara mucho de mí y del bebé, lamentaba tanto no haberme visto..., nos había buscado a las dos por todas partes. Me mandaba besos y me estrechaba fuerte en sus brazos, ¿no serían ya demasiado cortos para rodear mi redondo vientre?

Quizá hubiera encontrado hermoso ese extenso mensaje si no hubiera escrito «a las dos». Y, sobre todo, si no hubiera leído otro.

Durante esos días en el molino ya no tuve fuerzas para engañarla. Encontré un medio para no alertar a Annie, para que no se molestara con mi humor: los crucigramas. Me proporcionaban el derecho a pensar abiertamente sin verme obligada a fingir despreocupación. Mientras Annie me creía ocupada en la suerte de aquellas casillas vacías, yo no dejaba de pensar en la situación, de dar vueltas y revueltas al futuro en todos los sentidos, barajando todas las hipótesis. Y ese momento, lo había imaginado, ese momento en que volvería a doblar la carta de Paul mientras subía al piso de arriba sin haberme tomado el tiempo de quitarme el abrigo. Sabía que me dejaría una nota, en algún sitio, a la vista. Lo que no sabía era si me hablaría de Annie o no.

No me habló de ella. Ni una palabra. Ni una posdata.

¿Se había olvidado de Annie, desesperado como estaba por no haberme visto? ¿Había tomado conciencia de su error? ¿Había recuperado a mi marido? O, por el contrario, ¿le había hecho alguna señal sin necesidad de pasar por mí? ¿Le había escrito una carta a ella?

De ser así, habría reflexionado mucho sobre dónde esconderla. Primero la habría ocultado debajo de una tabla del parquet. Pero en cuanto hubiera

devuelto a su sitio la tabla, se habría preocupado. ¿Y si Annie no buscaba tanto? Aunque la dejara un poco holgada, quizá no bastara como indicio. No, era demasiado arriesgado. Más valía depositar aquella carta en algún sitio donde Annie la encontrara seguro, en un gesto cotidiano. Entonces la habría pegado debajo de su paleta. Y después se habría preocupado de nuevo. ¿Y si ya no pintaba?, o ya no todos los días, al fin y al cabo no sabía nada de sus nuevos hábitos. No, era demasiado arriesgado. ¿De qué íntimo gesto suyo estaba verdaderamente seguro?

Retiré las sábanas y allí estaba la carta, donde sabía que estaría. El ardor de Paul porque ella la leyera le había hecho temerario, inconsciente.

Escondida en ese lugar, cualquiera podía encontrarla, incluso sin buscarla. Paul había corrido un riesgo increíble. Porque el riesgo, para él, no era que alguien más encontrara aquella carta, sino que Annie no la encontrara.

Pensaba en ella día y noche. No verla, no hablar con ella, no poder escribirle era una auténtica tortura. Había ansiado tantísimo aquel permiso... Para nada. Pero al menos le había permitido dejarle aquellas palabras. Esperaba que leyéramos sus cartas juntas porque también iban dirigidas a ella, esperaba que ella lo hubiera comprendido. También a ella le contaba lo que hacía. Para que pudiera imaginárselo allá, si quería. Para que tuviera un poco la impresión de estar con él, si quería. Se preocupaba por ella. ¿Era feliz? Sentía mucho lo de su padre. Se había enterado cuando fue a buscarnos al pueblo. Pero todo iba a salir bien, aquello era cuestión de semanas, no podían retenerlo en prisión eternamente por tan poca cosa. ¿Seguía pintando tanto? ¿Pintaba cosas que le gustaban? Él se había pasado las horas muertas en su habitación durante aquellos seis días, mirando sus lienzos. Sus colores eran más bonitos, más precisos o intensos, no encontraba la palabra. Había tocado cada objeto, se había sentado en la silla, acostado en la cama para sentirla más cerca. Para dar con nosotras, había recorrido todas las tiendas del barrio, por si en alguna sabían dónde estábamos, y la idea de que la conocieran le reconfortó, hasta se había sentido henchido de orgullo pensando que sin duda la habían encontrado guapa. Vivía deseándola, hacía a menudo lo que se habían susurrado antes de su partida. ¿Y ella? ¿Lo hacía ella? ¿Se atrevía? Él la amaba. La amaba. Ella no debía dudarle nunca. Pasara lo que pasase. Acababa de escuchar en la radio el discurso de investidura de Reynaud: «Vencer es salvarlo todo, sucumbir es perderlo todo». No cuando uno sucumbía ante ella. La abrazaba con todo su cuerpo.

Tenía en mis manos dos sobres. En uno, Paul había escrito: «Elisabeth».

En el otro: «Amor mío». ¿Podían estar las cosas más claras?

Habría podido obviar lo del niño, pero no lo del amor adúltero. Estuve a punto de abandonar, hasta ahí habíamos llegado. Acababa de comprender a qué debía renunciar y contra qué podía luchar aún. Que se fueran al diablo. Aquel niño sería mío. Era todo cuanto me quedaba. Una mujer engañada es una madre en potencia.

El 9 de abril de 1940, cuando le anuncié que Hitler atacaba Dinamarca y Noruega, Annie se sintió mal. «Son solo contracciones», dijo con ánimo de tranquilizarme, «de pronto el vientre se encoge hacia arriba y se pone duro como una piedra», pero no era grave.

Quizá... Pero al ver a Annie desplomándose en el suelo de repente, con las manos en la tripa, la respiración alterada, pensé que iba a abortar y, por efecto del miedo, decidí no decirle nada más susceptible de alterarla, ni siquiera de preocuparla. Sabía que ella era consciente de que la guerra significaba auténticos combates en los que la vida de Paul correría verdadero peligro. Si llegaba a desaparecer —aparte de su pena de amor, que me importaba poco—, Annie ya no tendría a nadie que me impidiera arrebatarse su bebé, y ella lo sabía. Y esa perspectiva le resultaba insoportable, aunque hiciera como que no pasaba nada.

Dar a su hijo después de haberlo llevado dentro debía de ser desgarrador, y si se trataba del bebé del hombre al que una ama... ese matiz lo cambiaba todo, hacía tiempo que yo lo había entendido. Es cierto que carecía de las cualidades físicas para procrear, pero no de instinto maternal. Las mujeres deberían estar siempre desposeídas de ambas cosas a la vez; eso evitaría muchísimos disgustos y dramas.

Como una santa Anastasia con sus tijeras, censura de la censura, solo le hablaba de los instrumentos de música que se enviaban a los soldados, los juegos de cartas, los libros, los cien mil balones que habían recibido y el crédito de tres millones de francos desbloqueados para comprar camisetas, pues los aficionados al fútbol eran numerosos en el frente... Si Annie se guiaba por lo que le contaba, la guerra no era más que una gran fiesta de caridad.

Soñaba con hacerle daño, pero quería que siguiera siendo un vientre feliz para mi hijo. Siempre había oído decir que cuanto más feliz era un embarazo, más lo sería el niño, así que trataba de tranquilizarla. Me deshacía en promesas en las que yo misma no creía: que nada cambiaría después del parto, que ella se quedaría con nosotros, que podría ver a su bebé en todo momento, cuidarlo y más tarde, cuando tuviera edad de comprenderlo, ya se vería, quizá

trataríamos de explicárselo.

Eso es lo que le dije, con mucha calma, el 10 de mayo, cuando los alemanes nos atacaron. Una mentira a la altura del drama que se estaba fraguando. Una cataplasma a la altura de la herida que nos infligíamos. Hice como que le llevaba un ramo de flores a su habitación y, en una torpeza, derramé el agua del jarrón sobre la radio. Sobre todo no exponer la a los sobresaltos de esas tristes semanas, la censura seguía sin contárnoslo todo, pero lo que nos decía habría bastado para abatirla. Yo quería que aquel bebé naciera, solo pensaba en eso.

Vi pasar a tantos refugiados... Los suntuosos descapotables que se largaban a toda velocidad, con sus chóferes de librea inclinados sobre un mapa de carreteras. Y luego coches menos bonitos, menos nuevos, llenos de familias. Después les llegó el turno a las bicicletas y los peatones, a las mujeres con sombrero y el traje de los domingos, sudando bajo las abundantes capas de ropa que habían acumulado para llevarse lo máximo posible con ellas.

A pesar del pánico, ni por un solo instante me planteé la idea de marcharnos: Annie podía ponerse de parto en cualquier momento.

La noche del 15 empezaron las primeras contracciones. Al cabo de unas horas, la cosa degeneró y Sophie me pidió que fuera en busca de un médico. Annie chillaba, se retorció de dolor, su respiración era entrecortada y silbante, ronca, no podía soportar permanecer tumbada, estaba por los suelos, a cuatro patas, como un animal. Pero yo no podía. Al volante de mi coche, no cesaba de repetírmelo, no podía ir a buscar a un médico: nadie debía saber que era su bebé. Había luna llena e iluminaba las calles con su luz blanca. Yo circulaba con las luces apagadas, sin las cortas ni las de posición. Pero hice bien en marcharme: la esperanza de verme regresar con un médico la ayudaría más que si me hubiera quedado allí, inútil y resabiada, hipnotizada ante su dolor. Habría visto que yo no mostraba las emociones propias de la situación. Yo no experimentaba ni miedo ni pena al verla sufrir; así son las cosas: la empatía acaba donde empieza la rivalidad.

No sé cuántas veces recorrí ese mismo camino, quizá cien. El numerito de la loca. De mi casa a mi casa pasando por la de Pasquin. Cuando llegaba a la altura de su inmueble, aminoraba la marcha y juraba por la memoria de mis padres que si aquel buen doctor salía o entraba, le llamaría, pero no había nadie. Entonces reemprendía mi camino hasta casa, donde no me detenía mucho más tiempo por miedo a que Sophie me informara, ¿de la liberación?,

¿del drama? Entonces volvía a poner rumbo a casa de Pasquin, segura esa vez de hallarlo a la puerta. No había ninguna razón para ello, pero como también yo había perdido la razón... Sophie dejaba el bebé en mis brazos, Annie había muerto al dar a luz. Dejé que aquella frase resonara en mi cabeza a porfía, como un vals, «muerta al dar a luz», «muerta al dar a luz»; aquello lo habría simplificado todo. Reía y lloraba al mismo tiempo porque sabía que esa muerte podía conllevar la de mi bebé. ¿Mata la Muerte siempre con la misma guadaña o tiene una para cada persona? Y Pasquin que seguía sin estar delante de su casa. Y esos coches que cargaban a toda prisa, esos camiones que llenaban de un sinfín de archivos, de ficheros, de papelotes de toda clase que no debían caer en manos del enemigo. La huida de la administración, una delitescencia silenciosa y nocturna. La luna me aterraba, tenía ese aspecto en el que fácilmente se puede reconocer una cara, tenía la impresión de que seguía mis acciones y mis gestos. Yo le explicaba que ella no podía comprenderme, que no sabía lo que era necesitar un hijo. Y luego me di cuenta de que habíamos hecho de ella una mujer: LA luna. Quizá porque su cuerpo también cambiaba de forma según los períodos. ¿Daba a luz una estrella cada luna llena? ¿Y si la luna fuera en realidad la madre de todas las estrellas? Seguí conduciendo hasta mucho después de que hubiera desaparecido. Y Pasquin que seguía sin aparecer a la puerta de su casa. Y luego hubo aquellas altas llamaradas que se vieron en el jardín del Quai d'Orsay: debo a ese fuego violento y desconcertante el haber salido de mi embotamiento. ¿Había sido yo la cerilla que, a fuerza de pasar y volver a pasar siempre por el mismo sitio, había terminado prendiendo aquel fuego? Los camiones ya no bastaban, ahora había que quemar los documentos comprometedores. El humo negro ascendía al cielo, y las cenizas de papel. Recuerdo haber pensado que no me gustaban las cerillas planas. Era el momento de volver a casa.

Sophie me puso el bebé en los brazos. Annie se había dormido. Tomando prestada la frase de todas las recién paridas de la tierra: «Recordaré ese instante toda mi vida». Me sumergí en los ojos de Camille, abiertos, vidriosos. No se podía decir que aquello fuera una mirada, pero a partir de entonces sería mi vida. Me quedé así sentada durante mucho rato, con Camille contra mi pecho. Lo que tanto había temido no se había cumplido: no se parecía a Annie, gracias, Dios mío.

Los días se sucedieron mansa y dulcemente. Por supuesto que me agobié cuando la capitulación de Holanda y Bélgica, por supuesto que me estremecí ante el avance de los alemanes, pero el olor de mi hijita hacía que me olvidara

de todo. Era más fuerte que yo, y todo lo que pasaba a mi alrededor me afectaba sin afectarme. El milagro de ese nacimiento encubría todo y me convencía de que también aquella guerra se resolvería por medio de algún milagro. De hecho, ¿no lo era ya el regreso del mariscal De Gaulle?

El otro milagro es que ya no miraba a Annie con los mismos ojos. El ataque de los alemanes había alterado mi círculo de adversarios: Annie continuaba siéndolo, pero ya no tanto. Los alemanes le habían sustraído una parte de mi odio. Es matemático: cuantos más enemigos tienes —o al menos, cuanto más enemigo de ellos te consideras—, menos virulentamente los detestas. Pese a todo lo que quiera decirse, el odio, al igual que el amor, no es inextinguible.

Y además vi cómo Annie miraba a Camille, vi cómo la madre tomaba posesión de su hijo. ¿Cómo se me había podido ocurrir quitárselo? ¿Cómo se le había podido ocurrir a ella dármele? Lo que habíamos dispuesto la una para la otra —y cada una para sí— nos resultaba ahora ajeno. Su ambición por pintar y mi desesperación de mujer estéril se habían diluido en la novísima existencia de Camille. Nuestra vida se había detenido para hacer hueco a la suya, esa época del nacimiento en que no se toman más decisiones que la de alimentar, cambiar o arrullar al recién nacido. Era el tiempo de lo inconcebible. Annie amamantaba a Camille, yo no podía hacerlo. Yo la cambiaba, la acunaba, Annie no podía hacerlo. Y todo me parecía que formaba parte del orden de las cosas.

Si Annie me hubiera confesado todo durante esos pocos días, si me hubiera pedido perdón, si me hubiera pedido a su hija, las habría dejado marchar a ambas, por mucho que me hubiera costado. Hoy me resulta fácil decir todo esto, pero juro que con la distancia que el tiempo me ofrece lo sigo creyendo. En cualquier conflicto, hay siempre, como mínimo, unos segundos en que los rivales están de acuerdo, y si, en ese momento oportuno, se sinceraran el uno con el otro en lugar de seguir olisqueándose mutuamente, podría surgir un acuerdo inesperado.

En lugar de eso, Annie me preguntó si le había enviado los patucos a Paul.

Yo había tejido dos pares —unos azules y otros de color rosa— y convinimos que «le enviaría a Paul los del color que naciera». A Annie le gustaba utilizar esa expresión, seguramente porque un color parecía más suyo que su propio hijo.

Yo asentí, no me atreví a confesarle que acababan de anunciar que ya no

iban a enviarse más paquetes a los soldados del frente. La situación se degradaba día a día, pero yo seguía manteniendo a Annie en una nebulosa de plenitud. Me había acostumbrado a ello y, ante todo, no quería que se le secara la leche: el parto había sido difícil, Camille debía aprovechar.

Sin embargo, Paul se habría puesto contento al descubrir ese color: deseaba tanto que fuera niña..., «para que nunca tuviera que ir a la guerra», me repetía frecuentemente en sus cartas. Yo soñaba con un niño porque tendría menos oportunidades de parecerse a Annie, pensaba... Y sobre todo porque un niño nunca se da cuenta, un buen día, de que no puede tener hijos. Uno siempre quiere evitar lo peor a su hijo.

Pero el 3 de junio, cuando los alemanes bombardearon a unas pocas manzanas de nuestra casa, tuve que anunciarle a Annie que la guerra había estallado.

«Se trataba de un ataque suicida» que «ponía de manifiesto la desesperación de los alemanes» y «como prueba de lo inane de aquella ofensiva, el gobierno continuaba en París y no había previsto marcharse».

Las estoicas columnas de los periódicos resultaron ser más eficaces que las mejores mentiras que yo hubiera podido inventar. No le daba a Annie más detalles: ella no me los pedía, absorbida por entero también ella por Camille.

Decidí que no me iría de París pasara lo que pasase; nunca cambié de opinión. Ni siquiera cuando Reynaud, el gobierno y todos los ministerios huyeron cobardemente; ni cuando, abierta la espita de la capital, centenares de miles de parisinos se lanzaron a las calles presas del pánico en pos de ellos.

Era el 10 de junio. Se decía que los alemanes estaban a menos de quince kilómetros y los italianos acababan de entrar en la guerra de su lado. Casi todos mis amigos y conocidos se habían ido; algunos me propusieron que me fuera con ellos, suplicándome que no me quedara sola con mi bebé. A mí me aterraba justo lo contrario: me parecía peligrosísimo arrastrar a una criatura a aquel sálvese quien pueda.

Las únicas salidas que le imponía eran nuestros paseos diarios. Nada me gustaba más que aquellos momentos en que grababa nuestra pareja en las calles, los parques, bajo los árboles y en el pico de las palomas. Los comerciantes —aquellos que no se habían ido— se inclinaban sobre el cochecito con ánimo de extraer de ahí un poco de optimismo: no podíamos perder la guerra si continuaban naciendo bebés. Después de anunciarme, según

el día, «que Estados Unidos había declarado la guerra a Alemania», «que se había puesto en marcha un gran contraataque francés gracias a un ejército de reserva excepcional», o «que Hitler, muy enfermo, quizá renunciara en favor de Göring», alzaban su rostro del cochecito y me decían con toda amabilidad: «Es increíble lo mucho que se parece a usted». Una sarta de aberraciones que nos tranquilizaban a unos y a otros, y en las que todos queríamos creer.

La gente, en las calles, por todas partes, me recordaba a animales en fuga, decididos pero perdidos. No podía evitar despreciarlos, me parecían cobardes.

Y entonces un día, lo vi también a él.

Lo reconocí de inmediato, a pesar de la barba y su pelo desgreñado, reconocí su aire arrogante. Su rostro era tan duro como el día en que lo conocí; su cabeza, igual de orgullosa. «¡Cabrones!», «¡Granujas!», «¡Rufianes!», primero fueron los insultos de los viandantes los que atrajeron mi atención, se estaban despachando a gusto contra un grupo de prisioneros apiñados al otro lado de la calle, delante del café Piémont. Tres vigilantes acababan de aplacar su sed en ellos más de lo debido y desairaban a los presos que les pedían un vaso de agua.

—¡Si tenéis sed, meáis y os lo bebéis!

—¡Venga, moveos, carroña!

También ellos tenían su éxodo, había que trasladarlos a otra cárcel. Esperé a que el grupo llegase hasta donde yo estaba y llamé al guardián que cerraba la marcha. Le pregunté si necesitaba dinero. Hubo un destello en su mirada, pero me contempló en silencio a la espera de comprender de qué se trataba. Yo llevaba encima doscientos francos; serían suyos si lo liberaba. Me arrancó los billetes de las manos; al fin y al cabo, en vista de cómo iban las cosas, si no lo liberaba él, lo harían los teutones, así que ya que estaba... Se aclaró la garganta ruidosamente antes de escupir al suelo.

—¿Por qué él?

—Porque es viejo.

—Hay otros que también son viejos.

—Porque se parece al abuelo de mi hija.

Le señalé el cochecito, que seguía acunando con la mano, un gesto que nada parecía poder interrumpir. Me respondió «entiendo», encogiéndose de hombros, y se marchó mientras se embolsaba el dinero. No esperé a ver si lo liberaba, hice lo que me parecía que estaba bien, el resto no me incumbía. Estábamos a 6 de junio. Tuve la sensación de haberme redimido.

Me habría gustado decirle a Annie que su padre estaba libre, pero nunca había podido decidirme a anunciarle que lo habían detenido. Ella habría querido volver junto a su madre, yo no habría podido retenerla y habría tenido que despedirme de mi bebé. No obstante, le pedí a Jacques que procurara a la anciana que nunca le faltase nada. Me dijo que un joven pasaba a visitarla casi a diario. Me sentí menos culpable, no estaba completamente sola.

Actué mal, lo admito. Pero esa mujer, por su parte, no debía de querer demasiado a su hija: no le escribió ni una carta durante todo ese período. Al mismo tiempo, tampoco me sorprende demasiado; por nada del mundo habría querido interrumpir la relación de su hija con una «rica»..., seguramente esperaba que sacara partido de ello de una manera u otra. Nada hay más abyecto que un pariente pobre cuando hay dinero de por medio.

Fue Sophie quien vino a avisarme de que París era una «ciudad abierta», habían pegado carteles por todas partes, nadie sabía exactamente qué quería decir aquello, pero todo el mundo entendía que era una mala señal. Sentimos que algo terrible se estaba fraguando. Estábamos a 12 de junio de 1940. El rumor de que llegaban los alemanes crecía.

Al día siguiente por la noche, un corte de electricidad me sumió en la más completa oscuridad; estaba dándome un baño. Fui a tientas hasta la habitación de Annie para asegurarme de que todo iba bien. Estaba adormilada y Camille gorjeaba en su cunita. Abrí uno a uno los cajones de la cómoda buscando una vela, era casi la hora de la siguiente toma, Annie necesitaría ver algo. Rebuscaba como podía cuando creí encontrarla: debajo de los pañuelos. Pero estaba más fría que una vela y era de metal. No más grande que el juguete de un niño. Recuerdo que lancé un grito de cansancio, casi de incredulidad, al sacarla de debajo del montón de tela.

He ahí que su historia resurgía nuevamente. ¿Es que aquello no iba a terminar nunca?

«Dejarte este revólver es la promesa de que volveré a ti...»

«Ofrezco a la mujer que más me importa el objeto que más me importa...»

Me pasé la noche imaginando todas las promesas que Paul había podido hacer al dejar «la pequeña Deringer» a Annie antes de irse a la guerra. Quizá se había entre gado en silencio, antes de hacer el amor con fogosidad. Seguramente.

Al despertarme me sobresalté: el revólver estaba sobre mi almohada, el cañón me apuntaba. Me sentía tan débil... más cansada que antes de acostarme. Estaba peinándome cuando Sophie irrumpió en el cuarto de baño. «¡Están

aquí!» Los habían visto. La envié de inmediato a la bodega a preparar una reserva de provisiones y a montar las camas que ya habíamos bajado previendo el momento, así como la cuna de Camille, por si nos saqueaban, por si teníamos que escondernos. Y yo empecé a peinarme de nuevo maquinalmente. Estaba angustiada. Los alemanes estaban ahí. Los habían visto. Notaba la Deringer en el bolsillo de mi bata, que golpeaba contra mi cadera cada vez que me pasaba el cepillo. Cuando de pronto oí un ruido, me di la vuelta de golpe, rígida, presa del pánico. Alto acababa de entrar y saltar al borde de la bañera, deambulaba con sus andares felinos. Entonces no sé qué me sucedió, no me lo puedo explicar, no conseguía quitarle la vista de encima. Lentamente, dejé el cepillo, busqué el revólver en el bolsillo, apunté y apreté el gatillo.

«¡Marchaos todos al carajo!»

Cuando el disparo sonó, pensé que se me descoyuntaba el brazo. No sé si grité. El cuerpo de Alto cayó a la bañera y el agua se llenó de sangre en pocos segundos, y en mi boca un regusto áspero. No hice nada. Miré cómo se debatía sin reaccionar. Me vi a mí misma en la bañera el día en que le conté todo a Annie. Alto se ahogaba como un humano, sin un sonido. Si no le hubiera contado nada, nada de todo esto habría sucedido. Cuando dejó de moverse, ya no reconocía su cuerpo con el pelo mojado.

Aún oía el disparo resonando en mi cabeza. El cuerpo de Alto flotando. No entendía cómo era posible. Paul jamás había dejado cargada un arma de su colección, y la Deringer no era una excepción. Las municiones dormían desde siempre en un cajón de su escritorio, todas mezcladas. «Como buscar una aguja en un pajar...», decía Sophie.

Paul tampoco la habría cargado antes de dársela, eso no cuadraba con su carácter: para él esas armas no eran más que recuerdos. Les tenía cariño porque habían pertenecido a su padre, pero ya no las veía en su función de armas.

Pero si no había sido él, ¿quién habría podido cargar esa pistola?

La respuesta se impuso por sí misma, fulgurante. Annie probando todas las balas, una tras otra, con paciencia y determinación, hasta encontrar la que cabía perfectamente en el cañón. Y luego habría echado la pólvora. Todo estaba preparado.

Como mi deseo de venganza me cegaba, nunca me había planteado su propio odio hacia mí. Sin embargo, había pensado matarme: uno no carga un revólver para pasar el rato. ¿Qué la habría hecho contenerse? ¿Me había

librado de lo peor o es que ella no había tenido, como yo, coraje para matar?

Sentí como una descarga. Todo debía parar. Ahora. Nuestra extraña compañía no podía durar mucho más. Camille tenía un mes. Pasaba de mano en mano con indiferencia, pero pronto sonreiría de un modo especial a la una o a la otra y le llamaría «mamá», y yo quería que fuera a mí.

Es misterioso el nacimiento de un hijo, aparta a una mujer de la sociedad durante un tiempo y un día se la devuelve así, brutalmente. Tras unas semanas de embobamiento, de beatitud, una entra nuevamente en acción y vuelve a ser lo que era antes, pero de manera más concentrada, más densa, peor, pues a partir de entonces ya no lucha por sí misma sino también por su hijo. Con ese disparo, la vida acababa de recobrar su protagonismo frente a la era protectora de la maternidad reciente.

Me dirigí a la habitación de Annie, le arranqué a Camille de las manos, y me fui con ella a encerrarme en mi habitación. Camille lloraba, pero me dio igual, ya no se me podía encoger el corazón, ni siquiera por ella: tan solo notaba una pesada masa en mi pecho. La impresión había sido muy violenta, respiraba con dificultad, por la nariz. No entendía qué había pasado. Nunca habría pensado que la Deringer estuviera cargada. Era su primer biberón, al principio no lo quería, pero terminó por aceptarlo. Yo oía a Annie golpeando la puerta, corriendo por todas partes, pidiendo ayuda. Dejé a Camille en el suelo, encima de la alfombra, la encerré en la habitación y bajé. Annie me preguntó qué le había hecho a su bebé. Con tanta frialdad como agitación mostraba ella, le respondí que no sabía de qué estaba hablando pues ella no tenía ningún bebé, antes de espetarle, cruel:

—Paul me lo confesó todo; sé todo lo vuestro, lo de vuestras citas.

Entonces le describí sus retozos, con las palabras más íntimas, las más crudas, insoportables hasta para una impúdica. Me escuchaba, meneaba la cabeza de izquierda a derecha como si dijera «no», «no» en su cabeza. Se tapaba las orejas de vergüenza, de humillación. Supuse que se vendría abajo sollozando, pero sus ojos seguían secos. Las lágrimas desconcentran, y ella debía permanecer al acecho, a la escucha. La atención podía más que la desesperación.

«Y la tarde cuando te enseñó lo que tenías que hacer para esperarle, cuando te pidió que te tumbaras en la cama y cuando te dijo que te levantarás la falda, cuando te cogió los dedos, los de la mano izquierda, y, tras besarlos, te los puso en ese preciso lugar, entre los dos labios en la parte superior de tu sexo. Mientras llevaba tu otra mano a tus senos. Él estaba sentado, desnudo, a

tu lado. Su sexo estaba duro y te pidió que lo miraras. No te tocaba. Se contentaba con susurrarte lo que debías hacer. Y tú obedecías, sucia y dócil. Te frotaste el lugar donde tenías los dedos, primero con cuidado, luego cada vez más rápido, cada vez más fuerte, con la mirada clavada en su sexo. Y luego te tensaste gimiendo antes de que tu cuerpo terminara cediendo, trémula, y Paul te acogiera en sus brazos y te acunara como a una niña. “¿Te atreverás a hacerlo cuando yo no esté aquí?”»

Le di tales detalles que no pudo no creer que procedieran de mi marido. No podía sospechar la verdad: que yo me emboscaba a pocos metros de ellos, agarrotada y llena de odio, entre los pliegues de los pesados cortinajes. Quería ensuciar para siempre esa intimidad, desacreditar el placer que había experimentado con mi marido, incluso en sus recuerdos. Ya nunca podría pensar en sus abrazos sin imaginar a Paul confesándomelos y diciéndome que aquello no había significado nada para él, que se había perdido durante esos meses con ella y que me imploraba que le perdonase.

Hacía tanto tiempo que había planeado esa confrontación... Había meditado sobre ella, preparando hasta la última frase, escogiendo siempre la más pérfida. Ahuyentar a Annie, sumirla en la desesperación. Impedir que aireara su desgracia exhibiendo como prueba su cuerpo aún tumefacto por el parto. Un médico no habría vacilado ni un segundo a la hora de dictaminar cuál de nuestros dos cuerpos acababa de dar la vida y cuál había sido siempre un cascarón vacío. Tenía que humillarla hasta tal extremo que le privara incluso de la energía necesaria para dar ese paso, debía aniquilarla para siempre, hacer que perdiera toda credibilidad.

Le mentí. Ante mis palabras, Annie se irguió, interrogativa, esperando que de pronto yo retirara todo lo que acababa de decirle y le ofreciera una nueva versión, menos monstruosa.

«Sí, te he mentado. Paul nunca te ha mandado besos en ninguna de sus cartas. Te he dicho lo que querías escuchar, por el bien de mi bebé. ¡Ah, sí! Se me olvidaba, Paul se puso tan contento al enterarse de que estaba embarazada... No dejaba de repetirme que por fin íbamos a formar una familia. Nos lo merecíamos tanto después de lo que habíamos pasado... Entérate, cuando un hombre pierde a su familia en un drama de la existencia, como le sucedió a Paul, solo piensa en volver a formar una nueva; hasta el individuo menos gregario necesita el anclaje de una familia. Las queridas, grábate esto para tus próximas puterías, están bien para los hombres que miren a donde miren ven a un miembro de su familia; los demás necesitan construir una, así

son las cosas... El sexo es más fuerte que los hombres, es cierto, pero la familia es más fuerte que todo eso.»

La puerta se cerró con un golpe detrás de ella. Por fin. Todo había terminado.

El asesinato es una alianza de circunstancias y temperamentos: ambas teníamos las circunstancias, pero no el temperamento. Yo también había pensado mil veces en matarla, pero me contenté simplemente con echarla a la calle. El odio más consistente, si no va armado de un temperamento asesino, no matará nunca a nadie.

En cuanto la puerta se cerró de golpe tras ella, empecé a lamentar que mi voluntad de no volver a verla hubiera sido más fuerte que la prudencia, que habría exigido que la mantuviera bajo control.

En las semanas que siguieron, el miedo se instaló, paranoico. Su ausencia resultó ser mucho más amenazadora que su presencia. ¿Qué haría ahora? ¿Se habría creído mis mentiras? ¿Seguiría esperando a Paul? ¿Y Camille? ¿Renunciaría a ella aun así? No estaba segura de nada.

Le pedí a Jacques que se quedara en L'Escalier, oficialmente para mantener la finca, pero en realidad para vigilar a Annie, que había regresado a Nuisement. Pero el hecho de saber dónde estaba no me tranquilizaba del todo. Cuando Jacques me informó de la muerte de su madre, me alegré, indecente. Pensé que Annie ya no se movería de allí, que se ocuparía de su padre.

Sophie me echó el sermón: en la vida había cosas que se hacían y cosas que no se hacían, ¿qué pensaría yo si un día le hacían algo parecido a mi hija? El encanto de Annie no era eficaz solo con los hombres, yo estaba en buena posición para saberlo, pues también sucumbí a él en su día, y creo que Sophie la quería mucho. Pero me guardaba entera fidelidad. Nunca entendí cómo pudo apoyarme en esa empresa, era todo lo que ella más odiaba: la mentira, la traición, el robo.

Le aconsejé que se fuera, aquello empezaba a entrañar demasiados riesgos para ella. Le hablé de los judíos que engrosaban las filas de quienes huían. A ellos no los despreciaba, había leído artículos en los periódicos que les auguraban lo peor. Los que dicen que no sabíamos nada de los campos de concentración por aquel entonces mienten. Pero Sophie no quería ni oír hablar. No me abandonaría mientras el señor no hubiera vuelto, le prometió que velaría por mí, ¡y era mujer de palabra! Y además era francesa antes que otra cosa, y si los franceses necesitaban que se lo pusiera difícil a los alemanes, ¡allí estaría ella! Lo único que tenía que hacer yo era llamarla «Marie», como

todas las otras criadas de París, y mirándola bien, ¿acaso su nariz no parecía una bonita naricilla bretona? Los alemanes no se enterarían de nada. Nunca debí permitirle que me arrancara una risa y me convenciera, debí ordenarle que se marchara en el acto. Al final resultó que era ella la que no se enteraba de nada.

Se presentaron una mañana, a primera hora, dos policías alemanes de paisano. Y su triste es cena habitual se desarrolló ante mis propios ojos. No se trataba de una detención, sino de una simple «declaración» tras la cual, muy probablemente, ella podría volver a su domicilio; con todo, la invitaban a que cogiera un bolso con sus cosas. La vigilaron durante sus preparativos: cuando fue a su cuarto de aseo, uno de los dos policías puso el pie para impedir que la puerta se cerrara. Nunca entendí cómo logra ron dar con ella. Con bonita naricilla bretona o sin ella, hacía varios meses que le prohibía salir, yo hacía la compra y ella se quedaba en casa para ocuparse de las tareas domésticas y de Camille. Ni siquiera abría la puerta cuando llamaban. Alguien debió de denunciarla por judía, algún conocido quizá.

La de besos que pudo darle a Camille antes de irse... Le susurró palabras dulces al oído, sus ojos brillaban por las lágrimas y la rabia, pero se contuvo. La estrechaba con tanta fuerza contra su corazón que uno de los policías me llevó aparte bruscamente.

—¿Seguro que esa niña es suya, señora?

Aquella pregunta que yo tanto temía, planteada de modo tan inoportuno y en un instante tan doloroso, hizo que estallara en una risa nerviosa. Sophie se volvió hacia mí sin comprender.

—Me río, Marie, porque este señor me pide que le garantice que Camille no es su hija.

Una sonrisa condescendiente cruzó el rostro de Sophie; es la última imagen que conservo de ella.

Pasaron los meses, un poco más sosegados, hasta aquel día de diciembre en que llamaron a la puerta. Reconocí al joven que visitaba a diario a la madre de Annie durante nuestra ausencia. Jacques me lo había descrito perfectamente. Annie se había ido de Nuisement el día anterior y él pensaba que estaría aquí. Al principio creí que se trataba de una argucia para arrebatarme a Camille por la fuerza. El desconcierto que leí en sus ojos cuando le dije que Annie ya no estaba allí me tranquilizó. No era una trampa, realmente la estaba buscando. Yo no había preparado nada, fue su aspecto de enamorado transido lo que me inspiró aquella historia, lo que me sugirió los

hechos que él no soportaría escuchar. Le conté que Annie se había enamorado de un soldado. Hasta llegué a decirle que se había casado. Ojalá me perdone.

Al despedirse de mí, se mostró abatido. Y yo, aliviada. Annie no le había dicho nada de lo de ella y mi marido. Pensé que el peligro había pasado hasta que él adoptó la voz con la que uno habla a los bebés.

—Adiós, Louise.

Annie era la única que conocía aquel nombre: acababa de descubrirse. Conocía la verdad, al menos la verdad acerca de Camille.

Cuando Annie me propuso ponerle al bebé «Louise», fingí aceptar; por aquel entonces yo fingía aceptarlo todo. Pero en lo más hondo de mí misma siempre quise que esa niña llevara el nombre de mi madre: Camille. Era necesario que tuviera algo de mí, en algún sitio. No dudé ni un instante en la oficina del registro.

—Camille Marguerite Werner.

Ni ante la pregunta siguiente.

—¿Fecha de nacimiento?

—Hace cinco días: el 28 de junio.

Camille tenía un poco más de un mes, pero yo dije que tenía «cinco días», como casi todas las otras madres recientes que estaban delante de mí en la cola. Por lo general, en esa ventanilla, eran los hombres quienes decían «ayer». Desde la guerra eran las mujeres las que decían «cinco días», «una semana», en función del tiempo que les había llevado reponerse del parto.

No era nada expuesto: así, rápidamente, a esa edad, un mes arriba o abajo no se aprecia. Annie no debía poseer ninguna verdad oficial acerca de Camille. Que mi hija se convirtiera en una extraña para ella, y que ella siguiera siéndolo para siempre. También Paul creyó siempre que su hija tenía un mes menos de su edad real. Yo era la única, en lo hondo de mi corazón, que felicitaba a Camille en su auténtico cumpleaños, a la vez que año tras año, con la edad corriendo a la par que la culpabilidad, celebraba la miseria de mis mentiras pasadas.

«Adiós, Louise.»

Miré cómo aquel joven se marchaba con una extraña benevolencia. Él y yo éramos un poco los mismos en esta historia: los traicionados, los ultrajados, los marginados.

Pero él sabía que Camille era la hija de Annie, y en ese sentido constituía una amenaza. Debía vigilarlo, necesitaba aislar el peligro. También me parecía el mejor medio de reencontrar la pista de Annie. Si volvía a mostrarse

a alguien, sería a él, de eso estaba segura. Existía entre ellos una relación especial. Esa forma de amor que incita a una mujer a escoger un hombre para que sea el nombre de su hijo, ya que no su padre. Nunca he dejado de seguirle la pista para protegerme de él.

Annie se había ido de Nuisement, podía aparecer en cualquier momento. ¿Y si Paul y ella volvían, juntos de la mano, para arrebatarme a Camille? ¿Existieron esas amantes enloquecidas que se fueron a Alemania en busca de su amante prisionero?

Llegamos con retraso al teatrillo de marionetas. Senté a Camille en el banco de la primera fila y la dejé sola el tiempo de ir a comprar un billete. Camille acababa de cumplir un año. El quiosco estaba a unos pocos pasos. Al volver reconocí la silueta de Annie, oculta detrás del árbol. Su perfil se animaba al ritmo del de Camille, su risa coincidía con la suya. Los niños ríen con el pecho, como un grito; los adultos con la garganta, como un suspiro, y cuando se les ocurre reírse como niños, los miramos fríamente para que se calmen. Odioso espejo para mí aquellos perfiles. Sonreían de la misma manera. Afortunadamente, nadie establecería el parentesco de una persona a partir de su sonrisa. Volví a sentarme junto a Camille, con la mayor tranquilidad que me fue posible, fingiendo reírme con las desventuras del pobre guiñol. No sé si Camille sintió cómo mi mano, que reclamaba su propiedad, se posaba en su brazo, tan pequeño, en ese preciso instante.

Al finalizar el espectáculo, puse a Camille en su cochecito y conté hasta diez. Sabía que cuando levantara la vista, Annie estaría alejándose, no iba a permanecer allí eternamente ahora que el objeto de su amor ya no estaba al alcance de su mirada.

Intuí bien; aquella no era la primera vez que se escondía así para ver a Camille; su actitud tenía la neutralidad, la calma de la costumbre.

Seguirla. Como el cazador cazado, espiar a nuestra espía. Ver adónde iba. Con un poco de suerte, descubrir dónde vivía, dónde trabajaba. Localizarla, igual que se da finalmente con alivio con una perniciosa enfermedad cuyo origen hace tiempo que veníamos buscando.

Pero conforme íbamos recorriendo las calles, iba yo perdiendo mi aplomo; Annie enfilaba el camino a casa, sin lugar a dudas. No me esperaba aquello, traté de hallar el modo de defenderme, no quería ningún altercado delante de Camille. Cuando de pronto, en el cruce de la calle que llevaba a la nuestra, dejé de verla. Al principio creí que se había dado cuenta de mi maniobra y había escapado. Y luego, como un boquete en la linealidad de las

fachadas, mi mirada se detuvo en el gran farol que colgaba ante L'Étoile du Berger, trémulo, hipnótico.

Unos metros delante de mí, en la misma acera: a primera vista una galería de cuadros; en realidad, un burdel.

Pasé de largo. Si todo hubiera explotado en ese momento, no me habría sorprendido. Annie se prostituía, acababa de tomar conciencia de ello. Todas las miradas de los transeúntes me señalaban. Todos los dedos me apuntaban. Y las bocas se deformaban. Los ruidos a mi alrededor se alteraron. ¡Parad, no soy yo! Es ella quien lo ha escogido. Habría podido decidir otra cosa. No soy yo. Es la vida. Yo no tengo la culpa. Ella quiso prostituirse, es su elección. Quizá lo lleve en la sangre... No, en la sangre no, Camille, Dios mío... En el cuerpo.

Pero ese abatimiento, esa culpabilidad no duró una hora. Tan repentinamente como había empezado a flagelarme, me entró la euforia, furiosamente, aliviada como nunca. ¡Ahora sí que se había acabado todo!... acabado de verdad. Ya no estaba en condiciones de hacerme daño. Ya nunca más podría arrebatarme a Camille. Comerciando con su orgullo de mujer, había perdido su orgullo de madre. Que se atreva a venir un día pidiéndome a mi hija, que ya sabré yo cómo recibirla, le diré que no se puede ser madre y puta a la vez.

Y Paul tal vez se habría ido con la hija de un obrero, pero no se iría con una fulana. Peor aún: una fulana de los alemanes. *Nur für Offiziere*. L'Étoile du Berger había sido confiscado.

¿Cómo había podido rebajarse a entrar en ese lugar? ¿A fuerza de rondar la casa? ¿Por los cuadros del escaparate, que la habrían atraído? ¿Sabía dónde estaba poniendo los pies? ¿Que una dependienta en déshabillé descorrería la cortina? ¿Y por qué no?, se diría al verla. Resignarse. Permanecer cerca de Camille, Louise, no lejos, y refugiarse. El invierno había sido tan terrible... Poder comer. No tener necesidad de vestirse. Y disfrutar del carbón, que no debía faltar para sus clientes.

Cada día escudriñaba el horizonte con la mirada y cada día la veía, apostada en alguna parte. Detrás de un árbol, en un banco alejado, con los ojos siempre clavados en Camille. Dudé en si volver al jardín de los Campos Elíseos, pero ¿de qué serviría? En cualquier otro parque al que fuera a jugar con Camille, nos encontraría, lo sabía. Allá donde fuera, nos seguiría. Abandonar París tampoco cambiaría nada. Su mirada nunca abandonaría a Camille. Y ninguna ciudad, ningún pueblo me protegería tan bien como París.

Algunas cosas solo pueden existir en las capitales: diluyen los problemas, los paralizan, asfixian los nidos de víboras. Seguir como hasta entonces, no cambiar nada. Annie se había encerrado en la prostitución. Ante todo, no ayudarla a salir de ella marchándome. Terminé por acostumbrarme a ver su silueta rondando el espacio de mi vida. Igual que la ronda de los aviones alemanes me recordaba, día y noche, que ni el cielo nos pertenecía ya, la ronda de Annie me recordaba que mi hija no me pertenecía enteramente. Pero ya no me daba miedo, no podía intentar nada en su situación. Éramos como dos enemigas que buscaban, sin hallarlo, el talón de Aquiles de la otra. En realidad teníamos el mismo, y no podíamos utilizarlo, salvo para nuestra propia desgracia: era Camille.

Antes de descubrir que Annie se prostituía, no prestaba la menor atención a los alemanes. Cruzaba delante de ellos, altanera; los había visto abrir nuestros baúles, llevárselo todo, impasible, orgullosa; seleccionaba cuidadosamente mis salidas y mis amigos anteponiendo siempre el honor, la dignidad. No es que fuera una patriota resistente, no, pero sí reticente, hasta el extremo.

Después de descubrir que Annie se prostituía, acepté acudir a sus fiestas, una exposición de Arno Breker, un concierto en el palacio de Chaillot, hasta organicé algunas cenas en casa. Entiendo que resulte inaceptable, pero tenía miedo, miedo de que Annie aprovechara sus encantos para ganarse a algún oficial y arrebatarme así a Camille. Llegados a ese punto, debía poder defenderme. Yo también necesitaba protectores, conocidos. Para poder replicar llegado el caso, tuve que capitular. Por Camille me pasé al enemigo. Pero por Camille yo habría hecho cualquier cosa. ¿Cuántas noches me desperté, con el amor por esa niña agarrado a la garganta, tan vivo, tan tenaz, que no pude volver a dormirme?

Paul nunca lo entendió y yo nunca pude justificarme. Al menos le di una buena razón para excusarle de que ya no me amara. Su mujer, una traidora. Una colaboracionista. ¿Cómo había sido capaz de hacerle eso? A él. Mientras estaba prisionero. ¿Es que no me daba cuenta? Pactar de ese modo con el enemigo. Con los mismos que habían detenido a Sophie. ¿Tampoco eso me incomodaba? ¿Nunca me había pasado por la cabeza la idea de la traición?

¡Esa pregunta no!

Le miré directamente a los ojos, con frialdad, dispuesta, en ese instante, a que nos lo dijéramos todo. ¿Quería hablar de traiciones? Pues hablaríamos de traiciones. Pero él daba vueltas alrededor de mí, ebrio de ira, perseverando en

su idea.

«¿Y con cuál de ellos te has acostado? ¿O quizá es con cuáles?»

¿Cómo podía atreverse? Estaba a mi espalda, me di la vuelta y con el mismo impulso, motor inalterable, le di una bofetada tan fuerte, tan bien dada, con tanta precisión, sin un roce, que mi mano alcanzó su objetivo como si mi cuerpo hubiera calculado después de todos esos años la latitud de ese gesto para que alcanzara su blanco, con seguridad y violencia.

Paul había regresado el 20 de agosto de 1942. Camille tenía poco más de dos años. No me lo esperaba. El teléfono sonó. Estaba en Compiègne, su tren acababa de llegar. Su voz, de pronto, tan inconcebible como las ganas de retomar mi vida a su lado. La *Relève*, el retorno de los prisioneros de guerra. Esa iniciativa promovida por Laval no había servido de nada, pero había traído de vuelta a Paul. Una oportunidad entre mil. Yo no la temía: la mayoría de los que regresaban eran campesinos. Me había acostumbrado a la idea de amarlo aun en la ausencia; a menudo le hablaba de él a Camille. Figura tu telar que creaba el equilibrio, tercer ángulo de nuestro triángulo, el ausente, el perfecto, el perdonable. Pero presente, imperfecto, imperdonable. Después de su regreso, todo se complicó. Ambas lloramos mucho: yo al verlo volver a mi vida, Camille por verlo surgir en la suya.

—¿Por qué está aquí papá?

—Así son las cosas, cariño: un papá vive con su hija, como la mamá.

—No. La cama de mamá mía. Papá vuelve a su cama de la guerra.

Es tan agradable dormir con tu hijo, los cuerpos se relajan tanto al saber que no tienen nada más que hacer que dormir y que no se arriesgan a sufrir los embates de un hombre. Ante los embates de un hombre fiel una accede y a veces llega a pensar que ha estado bien, pero ante los de un hombre infiel, una cierra los ojos y piensa que le gustaría tanto dormir o vomitar..., no se sabe bien.

Camille, por su parte, nunca le dejaba acercarse, bajo ningún concepto. Se precipitaba a mis brazos en cuanto lo veía aparecer. Paul sufrió mucho a causa de ello. No quería salir a pasear con él y cuando se iba de casa, su manita tiraba de mi falda, tan esperanzada:

—¿Papa a la guerra?

—No, mi amor, volverá esta noche.

—Yo prefería a Sophie.

Estaba preocupada. El peligro se había restaurado. De momento, el rechazo de Camille jugaba a mi favor, pero tarde o temprano se ablandaría y

todo terminaría por despejarse entre esos dos seres. Algún día aceptaría ir a jugar a los columpios con él. ¿Y qué pasará entonces cuando Annie, oculta en algún lugar, los vea a ambos? Se precipitará hacia Paul, se lanzará a sus rodillas, le implorará que la crea, Louise es hija suya, Paul dirá «¿qué Louise?» y Annie señalará con el dedo a Camille, que estará evolucionando por el aire, piernas encogidas, piernas estiradas, mientras piensa que su papá empieza a parecerle majo, la empuja más alto hacia el cielo que mamá, su papá. Y entonces Paul encontrará a Annie tan hermosa..., no querrá oír una palabra cuando ella trate de decirle que trabaja en L'Étoi le du Berger, no tendrá ojos más que para su sonrisa, la misma que la de Camille, ¿cómo no se había dado cuenta antes? Era tan evidente... Y se irán los tres, cogidos de la mano.

Y luego sucedió lo de aquella tarde siniestra. Algunas semanas después de su regreso, Paul me anunció, a su manera, que el pasado no había muerto.

—Hoy he ido a L'Escalier. Jacques la cuida bien, fue una buena idea pedirle que se quedara allí.

Entonces supe la pregunta que vendría a continuación. Habría podido formularla antes de escucharla. Casi palabra por palabra.

—¿Has tenido noticias de Annie?

Así que había ido a buscarla. Aquel nombre en su boca... La retomaría, no la había olvidado. Que el cuerpo de esa muchacha hubiera sido mancillado por cientos de cuerpos alemanes no cambiaría nada. Las imágenes volvían a mí desde detrás de la cortina, el hechizo se produciría de nuevo. Y entonces, como uno extrae un vestido de niño de un viejo baúl:

—Se ha casado.

Le solté mi historia de la madrina de guerra. Ya había disuadido a un enamorado, era necesario que disuadiera a este; no tenía nada más que ofrecerle, y hacerle creer que amaba a otro me parecía la mejor manera de distanciarlo de ella. Solo los menos orgullosos se aferran a un corazón que ya está ocupado; los demás renuncian, y Paul tenía su orgullo. Luego me puse en pie y me dirigí a nuestra habitación.

—Ahora que hablamos de Annie, me pidió que te diera esto cuando regresaras. Lo había olvidado por completo.

Le tendí la pistola. Por primera vez, sentí que estaba incómodo, por primera vez debía justificarse.

—Mi Deringer, la había perdido... ¡qué alegría! Me preguntaba dónde podía estar. Así que seguramente debía de estar en la sala sin paredes.

—Sí, seguramente.

No dejaba de darle vueltas a la pistolita entre los dedos, sopesando la prueba de la ruptura de Annie. Le dolía, trataba de comprender, yo lo veía. A mí también me dolía: después de todos esos años, nada había terminado, todavía tenía que seguir luchando. Podían cruzarse uno con otro en cualquier lugar, yo no podía controlarlo todo, y el azar mucho menos que lo demás. Tenía miedo, a todos los niveles. Lamenté no haber matado a Annie.

Tanto más cuanto que el veredicto estaba dictado. Durante el éxodo, hubo enfermeras que mataron a los enfermos a los que no habían podido trasladar. Seguí aquel caso desde los inicios. Sus abogados habían invocado el «delirio colectivo» que se había adueñado de Francia; delirio capaz, en su opinión, si no de excusar, al menos de explicar actos insanos y criminales. Y los magistrados hicieron caso de sus conclusiones apreciando la existencia de atenuantes y no condenando a las enfermeras —asesinas— más que apenas de prisión con suspensión de la ejecución de la pena. A ese precio, también yo debería haberle inyectado una sobredosis de morfina a Annie: no me habría costado nada y hoy yo viviría en paz. Dios mío, la paz, no la paz de Cristo, la paz del espíritu, era a cuanto aspiraba, aun a riesgo de no tener la conciencia tranquila.

El cerco se había cerrado a una velocidad demencial y alarmante. Unos días después de aquella cena, recibí la llamada del tipo a quien pagaba para que vigilara a Louis. Su colega. Un tal Maurice, un muchacho sin maldad, pero que necesitaba dinero y que no veía qué mal había en decirme que hoy Annie había reaparecido inusitadamente en la oficina de correos y que Louis tenía pinta de estar «turbado».

—Gracias, encontrará su sobre en su apartado de correos. Manténgame informada si vuelven a verse.

Aquello no podía ser casualidad. Annie tenía algo en mente, nadie reaparece de esa manera por nada. Louis iba a descubrir que yo le había mentado, que ella no estaba casada. Llegarían y me arrebatarían a Camille.

Al día siguiente recibí una nueva llamada.

—Buenos días, señora.

—¿Sí?

—Louis ha roto con su novia, supuse que podría interesarle.

—Le pago para saber si su amigo se ve con Annie, no para que me informe de todo lo que hace. No trate de aprovecharse de mí.

Y le colgué dejándolo con la palabra en la boca.

¿Conque era eso? En cuanto esa chica aparecía donde fuese, todas las demás eran desechadas. ¿Era eso lo que me esperaba a mí también si Paul la volvía a ver?

Aguardé. Pese a la calma aparente, sabía que el último acto estaba urdiéndose, ineludible. No me dejé engañar, era la calma que precede a la tormenta, la ola que todo lo arrastra. Debía encontrar una salida. Toda historia necesita un desenlace, así son las cosas. Me daba la sensación de ser la centinela de un alcázar; sobrepasada, corría de una torre a otra, norte, sur, este, oeste, no quería que el enemigo me pillara por sorpresa. Debía ir siempre un paso por delante.

—¿Diga?

—Louis y su Annie cenaron juntos anoche, les pilló el toque de queda, pero los han soltado esta mañana. Acaban de salir de casa, después de desayunar juntos. ¿Oiga? ¿Oiga?

—Sí, estoy aquí, pero dese prisa, no puedo pasarme horas al teléfono.

—Annie vive en el número 17 de la rue de Turenne. Es dependienta en una galería de pintura, hay que ver lo guapa que es esa chica.

—Eso es su gusto, no una información. En vez de eso, mejor dígame qué han hecho esta noche...

—Ya se lo he dicho, no se dieron cuenta de la hora que era y los sorprendió el toque de queda.

Falso. Me los imaginé declarando contra mí, contándoselo todo a la policía. Llegarían y me arrebatarían a Camille. Colgué. Quizá dejé demasiado rato la mano sobre el auricular, miraba la Deringer, que se había reunido en la pared con las otras armas de la colección.

—¿Quién llamaba?

Paul estaba en el quicio de la puerta; me di la vuelta retirando bruscamente mi mano del teléfono.

—Nadie.

Ví que no me creía. Daba igual. Ya no me quedaba tiempo. Tenía que defenderme, llegarían y me arrebatarían a Camille. Corrí a buscar mi abrigo.

—¿Adónde vas?

—De compras.

—Pero tenemos que comer con los Pasteau.

—Estaré de vuelta para entonces.

Y me fui con Camille. Sobre todo, no separarme de ella.

No lo entendía, Annie no vivía en el 17 de la rue de Turenne. Vivía en

L'Étoile du Berger. Lo sabía a ciencia cierta. Daba igual si así me ponía al descubierto. Me daba igual si con la descripción que le dieran de mí me reconocía: una señora con una niñita en brazos había preguntado por ella. Me daba igual encontrarme cara a cara con ella. El peligro no estaba allí, lo presentía. No me quedaba mucho tiempo para actuar, también lo presentía.

—Buenos días, quería ver a Annie.

Una mujer rubia decolorada envuelta en pieles había retirado la cortina.

—¡No conozco a ninguna Annie!

—Sí, sí, una chica que trabaja aquí.

—Aquí no hay más que chicas trabajando, tendrá usted que ser un poco más precisa. Qué guapa es su cría, si mi madre hubiera sabido en que me convertiría cuando tenía su edad, puede que me hubiera...

La interrumpí bruscamente.

—Sé que Annie trabaja aquí; me ha robado dinero, así que o la llama inmediatamente o la denuncio al capitán Schiller, que es amigo mío, y no estoy segura de que eso convenga a la reputación de su casa, si es que puede hablarse de reputación tratándose de un burdel.

—Está bien, está bien, no nos pongamos nerviosos, señora. En cuanto a su dinero, no creo que pueda hacer nada... Annie, no sé dónde está. Me crea o no, se fue ayer sin avisarme, sin darme tiempo a encontrarle una sustituta. ¿Se da usted cuenta del aprieto en que me veo por ella? ¿Cómo me las voy a apañar con los parroquianos? Son tan susceptibles que en cuanto algo se tuerce, se lo toman como si fuera contra ellos. Ya anoche, cuando les dije que ella no estaba, me miraron con la suspicacia del ocupante que duda de la buena voluntad del ocupado. Esa me va a montar un escándalo, ya lo veo yo venir... Siempre lo mismo: la que menos te lo esperas es la que al final...

No escuché lo que seguía. La partida había empezado, Annie movía los peones. ¿De dónde habría sacado el valor para dejarlo? ¿Por qué? ¿Por quién? En todo caso, no por ella: nunca se encuentra ese valor por uno mismo. ¿Por Louis? Seguramente. ¿Por Camille? Estaba segura. Llegarían y me arrebatrían a Camille.

Fui a la dirección indicada por mi informador. 17, rue de Turenne. Había un chiquillo vendiendo periódicos en la esquina de la calle. Estaba desocupado, lo mandé a que llamara a cada una de las puertas del edificio. Mi misión lo dejó sin aliento. Había una pareja de ancianos. El hombre fue quien le abrió, la anciana estaba en un sillón, en un rincón de la habitación, un conejo en una jaula, tenía aspecto de ser tan viejo como ellos, como si nunca

hubieran podido decidirse a comérselo. En el otro piso había una madre con tres hijos, solo había visto a dos, que dibujaban, pero el tercero la llamaba, quería que fuera a limpiarlo. En el otro no había nadie, o al menos, nadie había abierto la puerta. Luego había un tipo no muy simpático que, al parecer, estaba esperando a alguien. Eso en el tercero. Arriba había una chica guapa sola...

—¿De qué edad?

—Un poco mayor que yo. En todo caso, con más pecho que las chicas de mi edad. Muy maja además, me ha comprado un periódico, así no me habría equivocado de puerta en balde, me ha dicho dulcemente, y a ella le entretendría mientras esperaba hasta el momento de ir al parque...

—Está bien, gracias, esto es para ti.

—En el último piso había también un...

—Ya, ya está bien así, ya me has dicho lo que quería saber. Gracias, pequeño.

Volví a ocupar su puesto en la esquina de la calle cuando me dirigí a él nuevamente.

—Venga, dame un periódico a mí también.

¿Cómo hacerlo? Necesitaba tijeras, pegamento. Un poco más allá, en la misma calle, encontré el puesto de un zapatero, se prestó a dejármelas, pero debía tener mucho cuidado con el bebé, eran tijeras de las de cortar cuero, estaban muy afiladas. Gracias, señor, es usted muy amable...

Pero sobre todo tenía que actuar deprisa. Annie no tardaría en salir hacia el parque.

Mientras esperaba el informe del muchacho de los periódicos, me había escondido en la bodega del edificio, la puerta estaba abierta, desde la época de las alarmas era habitual; volví allí. En el zapatero había comprado un patito con ruedas para mantener entretenida a Camille, pero, claro está, lo que le interesaba era lo que yo hacía y me impedía ir tan rápido como pretendía. Pero con todo, logré terminar a tiempo.

Permanecí al acecho para ver salir a Annie. Cuando su silueta hubo desaparecido, subí, al cuarto, al piso a la izquierda del rellano, me había dicho el chiquillo. Mientras introducía la hoja por debajo de la puerta, recé para que aquel muchacho no fuera de los que confunden la derecha con la izquierda: mi plan pendía de un hilo. Como todos los planes.

Cogí un taxi. Tenía el tiempo justo de volver a casa. En media hora teníamos una cita en el parque, pero ella no lo sabía todavía, una verdadera

cita esta vez.

—Ve a enseñarle tu nuevo patito a papá, cariño.

—No.

—Sí, ve. ¿Sabías que papá sabe hacer hablar a los patitos?

—No, no sabe hacer hablar a nadie. Ni él tampoco habla.

En casa me cambié de blusa y me puse un sombrero negro. Paul trabajaba en su despacho, senté a Camille con su pato en el sofá delante de él. Yo miraba la Deringer, que había vuelto a la pared junto a las otras armas de la colección.

—Por cierto, no voy a estar a la hora de comer. Me voy al cementerio. No puedo llevarme a Camille, no es sitio para ella.

—Pero ¿qué se te ha perdido a ti en el cementerio ahora? ¿No puede esperar?

—No, no puede esperar.

—Pero ¿cómo me las voy a arreglar con ella? Se va a echar a llorar.

—Si no cierras el periódico para jugar un poco con ella, casi seguro que sí.

En ese momento, Camille nos interrumpió.

—Mamá corta el periódico.

Me sentí incómoda.

—Papá también puede cortar el periódico, ¿quieres?

—No.

Los dejé a los dos, la una gritando, el otro mudo y desconcertado. «Mamá corta el periódico», afortunadamente, aún le faltan ciertas palabras para denunciarme. Es corto ese período en que se les puede ocultar todo a los niños. ¡Ay! Había olvidado coger un pañuelo.

Me senté en un banco y esperé a Annie. Iba a acudir, estaba segura de ello, se plantaría delante de mí, pálida y preocupada al verme sola y vestida de negro. Todo sucedió como lo había imaginado. Se acercó con precipitación, con la voz velada.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Louise?

Yo la miré —¿sería capaz de hacerlo?— y me lancé, fría y desabrida. La partida se decidía ahora.

—Anoche la dejé en el despacho de Paul, sola, pero no mucho rato, lo justo para ir a buscar una chaqueta...

—¿Dónde está?

—... me pareció que tenía las manos frías, las manos de un niño a esas

edades se enfrían enseguida, mucho además. Bajando la escalera la llamé, pero no me respondió. No me preocupé realmente, a veces pasa eso con los niños, no siempre responden cuando te oyen, de hecho sucede lo mismo con los adultos...

—Pare ya y dígame dónde está Louise.

—... estaba en el suelo, la pequeña Deringer a su lado. Debió de descolgarla de la pared para jugar con ella. Le salía sangre del estómago... Está muerta, Annie; Louise está muerta. Debió de apretar el gatillo y recibió la bala justo en el estómago. No entiendo cómo ha sido posible, ningún arma de la colección ha estado cargada nunca. Nunca.

En ese momento alcé la mirada hacia Annie, vi que temía comprender. Su rostro se parecía a mi mentira, se había quedado sin sangre en el cuerpo. No sé cuántos eternos segundos permaneció allí paralizada ante mí. Y luego chilló, un aullido de animal herido de muerte y se fue corriendo.

No tuve miedo de traerle mala suerte a Camille: era Louise la que había muerto.

El resto solo puedo imaginármelo, pero los acontecimientos debieron de desarrollarse tal y como había previsto.

Volvió a su casa. Algunas penas se pasan en la calle, en un bar, pero no la de un hijo muerto. Tirarse en la cama, en el suelo, agazaparse en un rincón, pero volver a su casa.

17, rue de Turenne. Cuarto piso, izquierda.

Al cruzar el umbral, pisó una hoja. Bajó la mirada por reflejo, y también por reflejo leyó. No había metido la hoja en un sobre, ella no habría tenido el valor de abrirlo. Tampoco la doblé, no habría tenido el valor de desplegarla.

No le dejé más opción que leer mis letras pegadas.

ESTÁN MUY FEOS LOS SECRETITOS  
QUIÉN VA A DECIRLE  
A SU NUEVO NOVIO  
QUE SE ACUESTA CON  
UNA PUTA

No se lo había confesado a Louis, yo estaba segura. Decimos toda la verdad cuando estamos seguros de que la persona en cuestión no volverá nunca, y ella no quería perderlo. El riesgo de la mancha, el asco que puede provocar la prostitución, no se corre con un joven como Louis. No entendería

que hubiera estado metida en eso aquellos dos últimos años. Solo un hombre «hecho» puede plantearse salir con una joven en esa situación, incluso con cierto placer, ese desolador gozo de cobrarles un precio a los demás hombres. Un chico joven tiene tantas mujeres frescas y puras a su disposición que no mantendría una relación con ella durante mucho tiempo.

Esa carta sumiría a Annie en una profunda angustia. No pensaría en mí: ahora hacía años que yo ya no intervenía en su vida. Los anónimos de denuncia estaban tan extendidos en esa época que cualquiera habría podido ser el autor. Un antiguo cliente. Una colega rival. Una antigua novia de Louis a la que este hubiera dejado. La venganza no me pertenecía.

Quizá una única disputa habría bastado para aclararlo todo con Louis. Quizá ni siquiera una disputa: una simple explicación. Pero acababa de enterarse de un drama, pensaría como en un drama. Louise estaba muerta, y si Louis se enteraba de que se prostituía, ya no querría oír hablar de ella: eso es lo que pensaría.

Quería asaltarla por todos los flancos, asfixiarla. Por las personas a las que amaba. Aniquilar su radiante porvenir justo cuando nunca se había sentido tan cerca de alcanzarlo. Yo sabía que esa circunstancia propiciaría que se desencadenara una tragedia, propiciaría que cometiera una locura. Como un niño al que le quitamos de repente el coche o la muñeca que fingíamos querer darle. La cólera. Los gritos. El fin del mundo. Louise. Louis. Todo se desmoronaría a la vez.

Del resto se encargó ella sola. Salió de la habitación, cogió la bicicleta, pedaleó hasta Nuisement y se tiró al estanque.

No lo supe hasta la mañana siguiente, cuando Jacques me llamó desde L'Escalier para decirme que Annie se había ahogado, que habían encontrado su cadáver.

No sé quién le dijo tal cosa: nunca encontraron su cadáver. Los rumores de los pueblos son impenetrables, como jugar al teléfono al que Camille me pedía que jugáramos de pequeña: nunca se sabe a partir de qué persona se deforma la verdad.

Realmente no premedité ese asesinato. Necesitaba encontrar el medio de alejarla definitivamente, rapidísimamente. Me jugué el todo por el todo. La conocía muy bien. Acorralarla hasta sus últimas trincheras. Intuir hasta el último sobresalto de su alma, que acabaría por hacerle perder pie y caer. Hacer encajar todos los acontecimientos, acumularlos para acabar con ella. Abrumarla, abrumarla con lo peor, para que no vislumbrara más salida que la

muerte. La manipulación psicológica es un arma como otra cualquiera, ni más ni menos falible; en todo caso, la única que permite el crimen perfecto. Tan perfecto que hasta yo estaba casi convencida de no haber sido la responsable de su muerte. Y puede que tuviera razón, después de todo.

Los estados anímicos vinieron después, como en la guerra, como si la sensación de urgencia acallara todas las demás, para dejar sitio solo al razonamiento frío y eficaz, a la acción. Los estados anímicos vinieron con el tiempo, la distancia, la calma y los espejos, en los que me miro como cualquier otra mujer, pero no por las mismas razones. A menudo me examino, aún sorprendida ante mis actos pasados, yo que nunca fui capaz ni aun de una mentirijilla doméstica. Quizá sea como esos reincidentes de los que todo el mundo habla bien, hasta que se ven de nuevo confrontados a la misma situación y perpetran un nuevo asesinato. En determinadas circunstancias bien precisas, se despierta una faceta del yo que vuelve a adormecerse de inmediato, en cuanto las circunstancias cambian.

Pero cuando hablo de «estados anímicos», la cosa se detiene ahí: nunca he sentido remordimiento ni culpabilidad. Sigo pensando que fueron ellos quienes me impulsaron a cometer lo que cometí, Paul y Annie. Siempre he considerado que la traición confiere todos los derechos.

Nunca le dije a Paul que Annie se había suicidado. Le habría gustado creer que era por él y su historia habría que dado como algo eterno, maravilloso, novelesco. Su dolor también. Yo la quería trivial, vulgar, común. Annie se había ido con otro; eso era cuanto él debía creer. Y yo no me impondría la peor enemiga que existe —la muerte—, a la que siempre se puede reemplazar pero nunca igualar.

Paul jamás sospechó nada de la verdad.

Ni de lo de Camille tampoco, o al menos no me lo contó. Y conforme los años pasaban, debió de vivir con esa terrible sensación de volver a ver en su hija a la mujer que amó, perceptiblemente, imperceptiblemente, como un fantasma lacerante que se hubiera instalado donde nunca debería haberlo hecho. Su amante en su hija, insoportable combinación.

No hay que pensar que no hubiera días en que formáramos una bonita familia, porque los hubo. Muchos, de hecho. También nosotros tuvimos nuestras alegrías, profundas, sinceras, nuestras carcajadas, contagiosas, festivas.

Y luego llegó el nacimiento de Pierre, maravillosa luz de nuestra vida. Pierre es mi hijo. Nuestro hijo, de Paul y mío.

Cuando supe que estaba embarazada, estreché a Camille en mis brazos como si hubiera sido ella quien me hubiera hecho el amor y ese hijo. Su existencia era la causa de todo, lo sabía. Sin ella, Pierre no existiría, estoy segura, tuve aquel hijo por no esperarlo, como muchas mujeres «estériles».

Pero también estuvieron los esfuerzos de Paul y luego sus recaídas.

Bebía.

Nunca quise reconocer que todo estaba conectado, pero lo estaba. Nunca llegó a olvidar a Annie. Lo mataron en la guerra de Indochina. Los niños sufrieron mucho. Yo, infinitamente más de lo que nunca pensé. Hoy Camille se ha convertido en una joven encantadora, viva y apasionada. No siempre de la vida, pero innegablemente sí de su trabajo. Es editora. Cuando me dijo que estaba esperando un bebé, quise creer que me hablaba de un nuevo libro.

Pero de repente, después de todos esos años vagamente agrietados de estados anímicos, todos mis demonios se despertaron, instantáneamente, violentamente los mismos.

Cometí la estupidez de creer que uno podía sustraerse a un acto como el mío.

El tremendo miedo al nacimiento reapareció, intacto y furioso.

No quiero revivir lo que viví. Ya no tengo edad para eso y mi mentira adquiere de pronto un nuevo rostro. Hasta ahora, solo atañía a una persona: Camille.

Nunca me planteé que mi mentira me sobreviviera. Lo propio de una mentira es ser descubierta, desenmascarada, no convertirse en verdad definitiva, inquebrantable, libre de toda sospecha. La verdad de seres humanos que existirán y que nunca tendrán manera de saber. No puedo desarraigar a todas esas personas que están por nacer. Para vivir de verdad, las personas deben saber de dónde vienen: cuando veo en qué punto se encuentra Camille, estoy segura de ello.

Así que si me sucede algo —y ese día usted se enterará—, le pido que le cuente todo a Camille, usted es el único que puede hacerlo. Sé lo difícil que puede resultar, considere lo mi última voluntad. Se lo ruego. Dígaselo todo. Sea honesto. Incluso con lo peor, incluso con lo peor de mí. Háblele de su madre, de sus madres. Y sobre todo, no se tome la molestia de decirle palabras bonitas, palabras de consuelo. No se disculpe, ni por mí, ni por usted; usted no tiene nada que reprocharse, y de todos modos, no estaría a la altura de su disgusto, puede que ni siquiera de su odio. Pero no se preocupe, estoy segura de que saldrá adelante: mi hija es fuerte. Insumergible. Como su

madre. Y si vacila, ese hijo que espera le impedirá zozobrar, confíe en mí. Dígale lo mucho que la quiero, se lo ruego. Hasta siempre, señor. Hasta siempre, joven. Y perdóneme.

Todo era nítido; sucio, pero nítido. Cuando terminó su relato, su madre se levantó y se fue. Vi cómo se alejaba, tenía ese caminar lento de los seres abrumados, pero también el caminar recto de quienes saben adónde van. Sabía lo que iba a hacer, estoy seguro. Esa historia era el punto final de su vida. No habría podido hacer nada para impedirselo.

No me levanté de mi mesa en toda la noche, llenando las páginas de este cuaderno escolar para transcribir fielmente cuanto acababa de contarme. Tuve la sensación de retroceder en el tiempo, cuando, ante mi mesa de clasificación postal, aprendía de memoria las cartas comprometedoras antes de destruirlas, y cuando por la noche, con mis suelas de fieltro, iba a casa de aquellos a quienes iban destinadas para recitárselas.

LOUIS

Volví a doblar la hoja. Cerré de golpe la puerta del coche al salir y me dirigí hacia la iglesia.

Me la había imaginado más grande. Era larga, estrecha y baja. Toda de madera, como una cabaña, salvo el campanario, recubierto de pizarra. No era impresionante, pero sí bonita. Me acerqué.

Me llegaba una música desde el interior, habría preferido estar sola. En el umbral, lo sumamente tenue de la luminosidad me tranquilizó, las filas de bancos vacíos también. Entré. Un sencillo rectángulo de madera, una nave, un coro, sin naves laterales ni piso superior. Ahí estaba la estatua de san Roque, bajo una vidriera; buen compañero, el perro levantaba la capa del santo para mostrar sus llagas. Había agua en la pila. Fresca. Dejé los dedos un rato en mi frente, antes de trazar vagamente la señal de la cruz.

Ante mí, junto al altar, un hombre tocaba el órgano. Estaba de espaldas, un cura. No llevaba sotana, pero el alzacuellos no dejaba lugar a dudas, ni su manera de tocar, que me pareció pro fundamente religiosa. Avancé unos pasos hacia él antes de retroceder. Vi cómo aquel hombre hacía correr sus dedos por el teclado, su nuca ancha, su pelo cano, denso. De pronto lo reconocí.

Y aquel olor amaderado del incienso que desprendían las cartas sin que

lograra definirlo.

Y el «Horario de confesiones» escrito a mano en una hoja pegada a la pesada puerta de madera, aquella «R» mayúscula en medio de las minúsculas, aquella letra que había puesto mi vida patas arriba.

Era él. Louis.

Sus dos brazos se detuvieron súbitamente sobre el teclado, la música cesó. ¿Habría notado que alguien lo miraba? Salí. ¿Se habría dado la vuelta? Arranqué el coche.

Louis había puesto tanto cuidado en que no lo encontrara... no actuaría contra sus deseos, no ahora que lo sabía todo.

«Todo estaba en su sitio», había dicho años atrás al rendirse enamorado de Annie en esa misma iglesia, de espaldas también ella. Louis merecía que le dejaran en paz. Imponiéndole su confesión, mamá le había obligado a sumergirse de nuevo en sus recuerdos, yo no iba a reavivarlos presentándome ante él. No iba a imponerle, físicamente, un parecido —el que fuese— con esa mujer a la que tanto había amado.

Miraba la iglesia alejarse en mi retrovisor, esa iglesia a la que mamá había acudido para aliviar su conciencia, buscando un mensajero. El cuaderno estaba abierto en el asiento de al lado. La letra de Louis con las palabras de mamá. Despiadadas. Notaba cómo el volante rozaba mi vientre, mi bebé. Mi madre había matado por mí, se había matado por él. «Tenía ese caminar lento de los seres abrumados, pero también el caminar recto de quienes saben adónde van. Sabía lo que iba a hacer.» Mamá sabía que iba a acelerar en esa curva y que no frenaría. Seguramente la curva donde murieron sus padres, la carretera que tomó no era uno de sus trayectos habituales. Al final, mamá había hecho como papá. ¿Cuántas personas se suicidan así, en «accidentes», para evitarles la culpabilidad a sus allegados?

Tomé la carretera que bordeaba el lago, el agua se extendía hasta donde se perdía la vista. No dejaba de pensar en el cuerpo de Annie, que reposaba en algún lugar del fondo. Las lágrimas resbalaban por mis mejillas, detuve el coche. Releí el cuaderno, todas las frases me ahogaban. Pierre, hermano mío, seguirás diciendo que yo era la preferida de mamá: si supieras cuánto habría preferido ser su hija. El agua del lago brillaba con los reflejos del cielo. De pronto una nube oscura se desplazó por la superficie del agua. Alcé los ojos

del cuaderno. ¿Sería la Dama del Lago que traía a Annie del brazo para entregármela? No, una bandada de grullas. Miles quizá, como si todos los oráculos del universo se hubieran concentrado sobre mi cabeza. Evolucionaban por los aires, majestuosa coreografía sin coreógrafo de las aves. Yo también era un ave migratoria, me habían hecho emigrar de madre. Mamá, ¿por qué no te quedaste conmigo?

Un pequeño avión se acercaba al lugar donde había aparcado, aterrizaba. Yo ya no quería más tierra. El cielo, el cielo donde vivían ahora todos aquellos a quienes quería. Me dirigí al aeroclub. El piloto era atractivo. ¿Un cuarto de hora? ¿Media hora? Una hora. No podía haber soñado con un guía mejor: conocía el lago como la palma de su mano. «Genial», dije mientras me ayudaba a subir. De siete meses, casi nada, ¡a ver si me iba a poner de parto allá arriba! Seguro que sería niño. ¡Un futuro piloto! Quizá...

Ví cómo el agua retrocedía. Era magnífico, inmenso y magnífico. Me sentía tan sola... No lo conseguiría. El piloto hablaba por los cascos, me señalaba tal sitio estirando el brazo, tal otro: la iglesia de Nuisement, la superviviente de las iglesias con entramados de madera... Conocía la historia, gracias.

«¡Mire la luz!» El piloto me señalaba el cielo, con los colores ígneos de la puesta del sol. El avión ganaba altura. Me quité los cascos y los dejé sobre los hombros, ya no quería seguir oyéndolo, el cuaderno apretado contra mí. Mi bebé se movía mucho, me pasé la mano por el vientre para tranquilizarlo. El avión ganaba altura, las frases danzaban, confluían, y poco a poco todo se aclaraba. Mire la luz.

Nací de un padre  
que se fue a la guerra  
dejando tras él  
una pequeña pistola para mis bolsillos  
si yo era niño  
y dos mujeres a las que amaba  
cada una a su manera

dos mujeres

que todavía no sabían  
que yo existiría  
solo él lo sabía  
soy una prueba de amor  
soy una prueba de odio  
nacé de un padre que se fue a la guerra

Paul dijo  
*¡Está bien!*  
*si para ser un marido digno de ese nombre*  
*consideras que debo acostarme con esa chica*  
*lo haré*  
*pero una sola vez, ¿me oyes?*

Paul sabía lo que iba a hacer  
el día fijado, volvió más pronto de la redacción  
en el salón ni corto ni perezoso  
*¡vamos allá!*  
ni un momento para mirar a Elisabeth  
ni lugar a aplazamientos  
no miró atrás  
no dudando ni por un segundo de que Annie le seguía

entró en la sala sin paredes el primero  
no se trataba de andarse con galanterías  
ante él  
entre los caballetes y el fuerte olor a pintura,  
una cama  
se desvía, sus ojos parpadean rápidamente  
se dirige hacia la pesada cortina frente a él  
la descorre y abre la ventana de detrás  
para que corra el aire

se planta delante  
como tiene por costumbre plantarse  
ante la chimenea del salón  
está en su naturaleza preferir estar de pie  
es la de Paul

de pronto, la muselina blanca, la cortina doble  
se escapa por la ventana y flota blandamente  
sujeta por arriba  
los ojos de Paul permanecen fijos entonces  
y habla  
pero resulta agresivo  
esa situación lo saca de sus casillas  
y sobre todo esa muchacha,  
que ha metido semejante idea en la cabeza de Elisabeth

no sé qué esperas de esto  
pero no va a pasar nada entre nosotros  
nos quedaremos aquí unos minutos  
y luego yo saldré  
tú esperarás antes de seguirme  
como el tiempo de recomponerte un poco

un silencio de plomo se abatió entonces en la sala  
la única levedad provenía de la cortina  
que flotaba ante la mirada de Paul  
al cabo de unos minutos  
Paul se dirigió a la puerta para salir  
antes de darse la vuelta, malévolo  
profiriendo algunas amenazas  
para impedir que Annie se lo contara todo a Elisabeth

Paul cerró la puerta al salir  
y volvió al salón  
a ponerse ante la chimenea  
su sitio, en verano como en invierno  
Elisabeth lo miraba  
como se mira a un traidor fiel a sus costumbres

sin pensar ni por un solo instante  
que si había permanecido fiel a alguna costumbre  
era precisamente a ella  
era el 9 de abril  
los morillos de la chimenea estaban vacíos  
fuera el sol calentaba

el 9 de mayo, Paul, que contaba los días,  
anunció a Elisabeth que Annie no estaba embarazada  
pensaba detenerse ahí, no tener que añadir nada más  
no se esperaba ninguna pregunta

*¿cómo puedes saberlo?*

Paul se turbó por un momento  
justo el tiempo de verse a sí mismo en la sala sin paredes  
de pie delante de la cortina que flota, que flota,  
que flota

*si Annie no estaba embarazada  
engancharía la cortina de la habitación*

*en la ventana  
de esta manera, por la noche, cuando yo llegara por la alameda  
vería la cortina sobresaliendo  
y entonces lo sabría y podría decírtelo  
lo decidimos juntos  
después de que... bueno, ya sabes...  
una vez hubimos terminado*

Paul mentía  
acababa de inventarse aquel código,  
aquella complicidad  
para explicar cómo sabía  
que Annie no estaba embarazada

si aquella noticia no la hubiera alterado tanto  
Elisabeth se habría percatado aquella mañana  
de que Paul no se puso ante la chimenea  
como era su costumbre  
sino que estaba de pie junto a la ventana

Elisabeth habría comprendido que,  
desde ese lugar inhabitual  
Paul esperaba impaciente la llegada de Annie por la alameda  
para interceptarla en el vestíbulo  
y contarle lo de la cortina  
para que no desvelara su secreto

*le he dicho a Elisabeth que no estás embarazada  
le he dicho lo de la cortina  
que la enganxaste en la ventana  
para avisarme*

Paul quizá agarró a Annie del brazo para retenerla  
hizo algunos gestos para que comprendiera  
pero Annie se soltó  
sin entretenerse más en el vestíbulo  
que las demás mañanas  
siempre ese despreciable tuteo suyo  
esa fea altanería  
Annie no soportaba a aquel hombre  
ella ya sabía que Elisabeth no abandonaría  
conocía a su mujer mejor que él  
así que, en el tono más tranquilo posible

*yo estoy de acuerdo  
estoy de acuerdo en continuar  
hasta que lo consigamos*

llevarle la contraria a ese patán  
y que tuviera lugar ese nuevo *tête-à-tête*  
poner en su sitio a ese arrogante  
tutearle ella también  
Paul no salía de su asombro ante esa afrenta  
sus ojos parpadeaban rápidamente  
salió  
si Paul sabía que Annie no estaba embarazada  
no era gracias a una cortina  
era simplemente que no había pasado nada  
la primera vez entre él y Annie  
en la sala sin paredes  
pero el amor y la perspicacia nunca van de la mano  
y Elisabeth siempre pensó lo contrario

¿por medio de qué gesto?  
¿de qué palabra?  
¿de qué silencio?  
Paul y Annie se han gustado  
solo ellos lo saben  
ese momento en que empezaron a amarse  
en que la mentira de Paul terminó por convertirse en realidad  
y la cortina de muselina blanca, su código  
su complicidad

mientras espiaba a aquellos amantes  
de posturas infecundas  
Elisabeth nunca pudo captar lo que se decían en voz baja  
su rabia por no poder enterarse  
le ocultó lo esencial  
sus murmullos, en la soledad  
turbadores, sospechosos  
¿qué necesitaban decirse en voz baja?  
ellos, que en principio estaban solos

Elisabeth debería haber escuchado  
esa prueba invisible  
de la cita que no sospechaba  
esa costumbre  
que los amantes conservaban de sus otras citas  
de las citas de los otros días de la semana  
porque los sábados no les bastaban  
de las citas en que no estaban solos  
cuando Elisabeth también estaba en L'Escalier

cuando, por la noche, al llegar por la alameda,  
la cortina de la sala sin paredes estaba enganchada

en la ventana  
y flotaba un poco  
en el exterior  
era la señal de que esa noche  
la amante esperaba a su amante  
  
mirar la luz

*Louis pedaleaba de pura rabia  
el estanque solo quedaba a cientos de metros  
al pasar ante L'Escalier  
aminoró la marcha, por reflejo  
buscando la bicicleta de Annie en algún lado  
apoyada contra un muro  
pero no había señales de vida  
aparte de la cortina de una habitación  
que volaba  
engullida por la puerta vidriera  
como un fantasma*

aparte de la cortina de una habitación  
que volaba  
engullida por la puerta vidriera  
señal de que la amante esperaba a su amante

Annie no estaba muerta

piedra-papel-tijera

AGUA  
el cuerpo de Annie nunca subió a la superficie

Annie no estaba muerta

Jacques, sin embargo, le dijo a Elisabeth  
que habían recuperado el cadáver

los rumores de los pueblos son impenetrables  
nunca se sabe a partir de qué persona se deforma la verdad  
Elisabeth debió imaginarlo

Jacques, quizá ocupado poniendo  
alguna trampa para liebres, cortando leña  
vio a Annie llegar cerca del estanque  
arrojar su bicicleta al suelo  
llenarse los bolsillos de piedras  
y tirarse al agua  
en el sitio más peligroso  
corrió todo lo deprisa  
que su pierna inútil le permitía  
saltó en el agua fangosa  
ya no la veía  
al fin, tras unos minutos eternos,  
palpó el cuerpo de Annie con las manos  
pesado con las piedras  
lo sacó  
y lo llevó a L'Escalier  
Annie deliraba  
lo repetía sin cesar  
así que Jacques terminó haciéndolo  
pese al frío  
abrir la ventana

abrir la ventana  
abrir la ventana  
y la cortina retomó su flotar del tiempo del amor  
en que la amante esperaba a su amante

Annie no estaba muerta  
y Elisabeth lo descubrió de pronto, un día  
abajo en la escalera de mi casa  
palideció súbitamente  
esa silueta en el patio,  
entre mil la habría reconocido  
al subir me estrechó fuertemente el brazo  
no era así de pequeño desde los tiempos del guiñol  
*insumergible como su madre*  
Elisabeth tenía razón  
de nada habría servido cambiar de parque  
Annie nunca había perdido de vista a su hija

había cedido su puesto de madre  
reclamaría el de abuela  
el nacimiento de ese bebé haría que todo reventara  
Elisabeth lo sabía  
y ya no le quedaban fuerzas para luchar  
desaparecer y hacerle sitio  
era todo lo que le quedaba

Annie nunca había perdido de vista a su hija  
desde detrás de la ventanilla  
me dijo adiós  
al ver la cortina flotando  
se me ocurrió  
que el último superviviente de una familia

nunca será objeto de cartas de pésame  
Annie nunca había perdido de vista a su hija  
desde detrás de la ventanilla de su portería  
me dijo adiós  
mi madre no estaba muerta  
me devolvería el jersey esta noche

mirar la luz

*Fin*

# Agradecimientos

Este libro nunca habría existido sin mi amor ni sin mi hijo. Sin mi amor, que me ha visto trabajar en silencio antes de convertirse, en su momento, en lector de excepción. Sin mi hijo, que llegó a mi vida cuando lo necesitaba.

Este libro nunca habría existido sin mis padres, que me han apoyado en todo momento, máxime teniendo en cuenta que para ellos el oficio de escritor puede que no tuviera tal consideración.

Sin mi hermano, por una conversación especial en la terraza.

Sin mis amigos que año tras año no han dejado de preguntarme: «Y tu novela, ¿qué? ¿Avanza?».

Sin Barnabé, que una noche quiso que le contara esta historia.

Sin Vanille, siempre tan atenta.

Sin Ludy, sin Elsie, que me permiten trabajar con total tranquilidad.

Gracias a Laurent Theis, François George y Bruno Gaudichon por saber contar la Historia tan bien.

Gracias también a Olivier Orban y a Isabelle Laffont por haberme acogido en su editorial. Gracias a Muriel Beyer por sus consejos.

Pero sobre todo esta libro nunca habría existido sin Charlotte Liebert-Hellman, que fue la primera en confiar antes de acompañarme, tan sagaz, por este camino.

**Hélène Grémillon** ha cursado estudios superiores de Lingüística y de Ciencias Políticas. Hasta consagrarse como escritora con la publicación de esta primera novela, ha trabajado en la prestigiosa editorial francesa Gallimard y en Publicis. *El confidente* se ha convertido en un rotundo éxito en Francia incluso antes de su publicación y se está traduciendo a más de veinte lenguas en todo el mundo. Además, la novela ha sido finalista del Premio de los Libreros en Francia.

## Notas a pie de página

<sup>1</sup> *La drôle de guerre*. La «guerra de broma» o «guerra de mentira» es el nombre que recibió en Francia el período inicial de la Segunda Guerra Mundial, caracterizado por su carácter atípico con relación a los anteriores conflictos bélicos, sin un frente real y prácticamente sin combates. (*N. del T.*)

<sup>2</sup> \* Del 29 de julio de 1939 al 21 de marzo de 1940, Jean Giraudoux estuvo al cargo de la censura en los medios de comunicación de Francia. (*N. del T.*)

<sup>3</sup> A causa de los disturbios que se narran en el párrafo, Eugen Weidmann fue la última persona guillotizada en público en Francia. (*N. del T.*)